Mundo a... tino



"Todo entre ellos se mantenía dentro de los limpios límites del más estricto flirt. Y cuando Ugalde, avezado profesional en tales lances, intentaba, con medida oportunidad, hacerlo avanzar un poco, ella desbarataba sus propósitos con imprevistas ironías, o con alguna juiciosa reflexión, pronunciada en un tono seco y reconcentrado.
"—No me hable usted de amor —le había pedido.— Se lo agradezco, pero le relevo de la obligada cortesía. He resuelto no volver a amar en mucho tiempo. Alguna vez le diré por qué. Pero sin que usted me lo pregunte."

De la novela corta

La MUJER que se EMBORRACHABA de RISA

De

AGUSTÍN REMON

En este número:

¿HA PERDIDO LA CASA DE GOBIERNO SU VALOR COMO ESPERANZA?

20 centavos en toda la República

El espejo de la OPINION PUBLICA en el PAIS y en el EXTRANJERO



REPUBLICA ARGENTINA

1 Martínez de Hoz. — Ya ve, amigo Naón: tanto discutir en el Concejo Deliberante acerca de los subterráneos que hacen falta en la capital federal, y yo puedo resolver eso en poco tiempo y con poco gasto. ¡Estos hombres en sólo quince días le construyen cincuenta metros de subterráneo!



MUSICA MACABRA

2 He aquí quién encabeza la banda en el mundo.

(De "El Socialista", Madrid)

EL BALANCE DE LA POLITICA MUNDIAL

La reciente evasión de presos de la cárcel de La Plata (1) vuelve a poner sobre el tapete la discusión acerca de la inseguridad de nuestras prisiones. Pero **¿no hay siempre en estas evasiones, que se han venido preparando desde largo tiempo, mucho de negligencia de parte de los encargados de la vigilancia de los presos?**

Al frente de la banda patriótica (léase fascismo) que llena de marchas marciales el mundo (2), **la que aparece siempre es la imagen de la muerte, del exterminio entre hermanos.** ¿Hasta cuándo los pueblos se dejarán embriagar por esa música macabra?

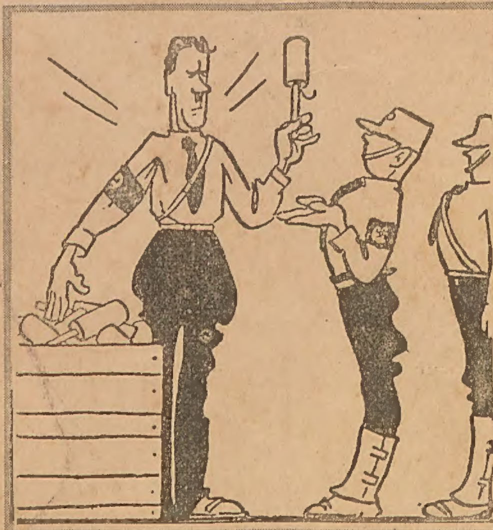
Hitler, no obstante sus manifestaciones (3) de que él vive dentro de la más estricta legalidad, continúa provocando luchas intestinas en Alemania. Su partido no es más que un conjunto de hombres militarizados que le obedecen como si fuera el jefe de la tropa.

Mussolini no sabe qué hacer para inspirar miedo en la península italiana (4). **Bagaría, el caricaturista español, lo pinta como al dictador que, llevado del exceso de terror, se está infundiendo miedo a sí mismo.**

El dios Marte se está prestando a la toilette que le hacen los países de Europa (5), **y contra todo lo que suponen los pacifistas, está adquiriendo una apostura tan imponente como la que desdichadamente tenía hace diez y ocho años...**

A pesar de todas las manifestaciones de patriotismo que hagan tanto el Paraguay como Bolivia (6), **la verdad es que lo que está en juego es el petróleo del Chaco.** Casi todas las guerras se disfrazan de cruzadas redentoras y desinteresadas.

Alemania está cansada de sus luchas fratricidas (7). Los choques sangrientos entre comunistas y fascistas han llegado al colmo. **Mientras tanto, todavía no tiene el gobierno enérgico y capaz que desea cuanto antes.**



ALEMANIA

3 Hitler. — Mis queridos hijos, tomen estas granadas de mano; pero no se olviden que nosotros todo lo hacemos dentro de la más estricta legalidad.

(De "Der Goetz Von Berlinchingen", Berlín)



ITALIA

4 Mussolini. — Yo soy un dictador tan terrible, que a mí mismo me causo miedo.

(De "Luz", Madrid)



LA TOILETTE DE MARTE

5 — ¡Ah, mi señor! Estáis quedando tan buen mozo como en 1914.

(De "New Clarion", Londres)



LA GUERRA "PATRIOTICA"

6 La causa de la guerra de hecho en el Chaco paraguayo.

(De "Izvestia", Moscú)



EL PUEBLO CANSADO

7 Alemania. — (A Hindenburg y Von Papen.) Denme el gobierno que ustedes quieran, pero quiero rápidamente un gobierno

(De "Punch", Londres)



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCION Y REDACCION: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029



FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXII — BUENOS AIRES, OCTUBRE 5 DE 1932 — NÚM. 1133.

EL MOMENTO

OTRA VEZ SIN PRESUPUESTO

Uno de nuestros más graves vicios administrativos, tanto nacionales como provinciales, lo constituye el poco empeño que demuestran los gobiernos en la preparación de los respectivos presupuestos. Existen disposiciones que rigen el caso y que establecen en forma perentoria que el cálculo de recursos financieros debe ser remitido a las cámaras con el suficiente margen de tiempo para su estudio detenido y correspondiente aprobación.

Casi resulta incurrir en redundancia señalar los efectos desastrosos de esa mora inexplicable sobre las finanzas. Mal hilvanado, con todo apresuramiento, el presupuesto se envía al parlamento ya bien avanzado el período para el cual debe regir. Generalmente lo acompaña un mensaje en el cual se solicita su pronto despacho.

Las cámaras, en su explicable anhelo de evitar acusaciones de obstruccionismo, despachan esos presupuestos tan deficientes sin someterlos al necesario estudio crítico y los votan casi a libro cerrado. Si alguna voz honrada se alza contra tan funesta práctica, cae en el vacío y queda vibrando en el aire sofocada por el voto mayoritario.

El actual gobierno nacional se ha mantenido fiel a ese mal precedente administrativo. En su iniciación hubo formal promesa de cumplir estrictamente los términos para la remisión de las leyes financieras al parlamento. Se habló de la confección inmediata de un "presupuesto científico" en el cual se subsanarían las deficiencias graves de todos los años y se introducirían economías que respondieran al grave estado de crisis que aqueja a la economía nacional. Pero como siempre, el presupuesto llegó tarde y mal. Ha terminado el período legislativo. Ya debía hallarse aprobado el correspondiente al ejercicio de 1933, pero el Poder Ejecutivo no sólo no lo ha enviado, sino que ni siquiera se tiene conocimiento en la Cámara de Diputados de la fecha en que pueda llegar. Vale decir, que la mala práctica continúa.

MAESTROS PRIVILEGIADOS

A propósito de nuestra nota titulada "11.042 maestros para 300 vacantes", hemos recibido una carta en que se nos recuerda algo que se nos pasó por alto cuando encargamos esa nota, y que, indudablemente, entraña una injusticia.

Dice así un párrafo de esa carta:

"Lo que acontece no es extraño, señor director, pues mientras centenares de familias que han hecho estudiar a sus hijas para maestras hoy no tienen para comer porque esas hijas carecen de ubicación, hay centenares de maestras que disfrutan de dos puestos. Averigüe, si no, lo que acontece en la Escuela de Sordomudos de plaza Italia. Conozco allí maestras que dictan clase de tarde, y de mañana atienden colegios primarios. Perciben así más de quinientos pesos por mes... ¿Es esto justo?"

Naturalmente que no, y, por cierto, que resulta imperioso ocuparse del asunto haciendo un llamamiento a las autoridades escolares para que vean de resolver esta grave faz del complejo problema de nuestra instrucción primaria.

No hay razón valedera para que entre los docentes argentinos haya hijos y entenados. La aguda crisis por que atraviesan los maestros tendría, seguramente, un respiro, a poco de que en el Consejo Nacional de Educación se encarara con energía esta cuestión de las maestras con dos o más puestos. A cientos de hogares llegaría así el alivio del pan de cada día, y nadie se perjudicaría en forma irreparable, pues las docentes privilegiadas hoy, quedarían siempre con el puesto único a que también tienen derecho. Pero nada más.

Sabemos que las actuales autoridades de nuestra instrucción primaria están animadas de la mejor intención y de la más amplia buena voluntad. A ellas encomendamos, pues, está delicada denuncia, y estamos seguros de que antes de mucho se empezarán a dejar sentir las acertadas medidas que, al respecto, requiere la opinión.

LA POLITICA EN LOS TERRITORIOS NACIONALES

En tiempos lejanos los gobiernos nacionales desarrollaron una política decididamente pobladora de las vastas extensiones que encierran dentro de sus límites los territorios nacionales. Esa orientación tenía una finalidad altamente patriótica, pues es sabido que, con la excepción del Chaco, todas las gobernaciones se hallan ubicadas sobre límites internacionales y resultaba urgente afianzar y acentuar su argentinidad, por razones de fácil comprensión. De ahí que se diera toda suerte de facilidades a los hombres suficientemente abnegados para establecerse en campos desiertos y afrontar la ruda lucha por la existencia que tal acto significaba.

En paz la república con sus vecinos, y lo suficientemente poblados los territorios para el logro del objetivo indicado, el Poder Ejecutivo nacional pareció perder todo interés en el progreso de aquellas regiones, que desde entonces sólo sirvieron para dar ubicación, por compromisos políticos a funcionarios de toda categoría, desde la de gobernador hasta la de agente de policía. La distancia y la falta de representación parlamentaria de los territorios apagó toda voz de protesta que se alzó contra la plaga de empleados ineptos o francamente malos que tuvieron que soportar.

Posteriormente y después de entrar en vigencia la ley Sáenz Peña, tres y hasta podría afirmarse que cuatro de las gobernaciones se convirtieron en feudos del caudillaje político: La Pampa, Río Negro, Chaco y Misiones.

Limita la Pampa con los partidos bonaerenses de Patagones, Villarino, Puán, Adolfo Alsina, Pellegrini, Trenque Lauquen y Rivadavia; con el departamento cordobés de General Roca y con el sur de la provincia de San Luis.

El Chaco tiene por el sur a Santa Fe, y por el oeste a Corrientes; Río Negro linda con la provincia de Buenos Aires, y Misiones por el sur con Corrientes.

Pronto comprendieron los políticos avezados las ventajas de tal situación limítrofe y se apresuraron a aprovecharlas haciendo inscribir a los ciudadanos argentinos establecidos en los territorios y cerca de las fronteras, dentro de los partidos y departamentos ennumerados, lo que permitía disponer de un grueso contingente de votos para los actos eleccionarios.

Explicablemente, los gobernadores de las cuatro gobernaciones fueron caudillos políticos, especialmente en La Pampa y el Chaco. Desde hace años el mandatario pampeano es cordobés, y, recientemente, desempeñó el cargo cierto político de arrastre en el departamento General Roca. Por lo que hace al Chaco, su gobernador es invariablemente correntino.

Los seis territorios restantes no tienen parecida gravitación sobre las urnas y se los trata como a "ajenos", sin mayor interés en su bienestar, nombrándose gobernadores para saldar compromisos partidarios o para ubicar a personas que disponen de la necesaria influencia para conseguirse semejante granjería. Cuando por rara excepción se confía el cargo a hombres de los mismos territorios, la elección no recae en los vecinos de arraigo y verdaderos conocedores de los problemas que allí se presentan, sino en funcionarios de más o menos largos años de servicios en las capitales de las gobernaciones. Ese es el criterio que ha inspirado los recientes nombramientos de gobernadores, como se patentiza en el caso de La Pampa, que vuelve a ser regida por un político cordobés y en las demás, en las cuales no se ha procurado quebrar la nefaria tradición.

NUEVA SERIE DE AVENTURAS DEL GRAN CAZADOR FRANK BUCK

Lucha ENTRE un LEOPARDO NEGRO y dos TIBURONES

RECORDARÁ el lector que en un capítulo anterior narré la cacería de dos leopardos negros, uno de los cuales, el que yo bauticé con el nombre de "Lanzafuego", resultó ser de una ferocidad inigualable, siendo necesarias todas las extremadas precauciones que tomamos para evitar que escapara de la jaula en que se hallaba prisionero. Luego de haber efectuado otras cacerías y compras de animales decidí regresar a Singapore. Llegué, pues, con mi cargamento de fieras al puerto de Swettenham donde debía embarcar. Difícil me fué encontrar allí changadores que quisieran cargar la jaula en que estaba encerrado "Lanzafuego". Todos parecían allí conocer de sobra el grado de malignidad de este negro animal. Empero, ayudado por marineros chinos del buque (el capitán del mismo era el único blanco de la tripulación) y por Alí, mi fiel sirviente, coloqué la jaula en la escotilla número cuatro, situada en la popa. Una vez acomodada la inspeccioné para comprobar si, debido a los inconvenientes del transporte, había sufrido algún desperfecto.

"Lanzafuego" se hallaba tranquilo en apariencia; fijos sus llameantes ojos en algunos distantes árboles de la costa, que sin duda le traían el recuerdo de días de feliz libertad. Ya en movimiento el vapor, me dediqué con Alí a la tarea de reforzar las ligaduras de la jaula. Mientras esto hacíamos, el leve, pero continuo balanceo de la nave comenzó a inquietar a "Lanzafuego", que se revolvía profiriendo bramidos nada prometedores. Até las ligaduras lo mejor que me fué posible y, aunque no muy conforme con mi trabajo, pues de sobra conocía el valor de los afilados colmillos del prisionero, me fuí a almorzar. Hecho esto, volví a visitarlo. La fiera estaba acostada en un rincón de su celda, contemplando con ojos llenos de disconformidad el paisaje selvático. Atravesábamos en aquellos momentos un pintoresco canal que unía el puerto de Swettenham con el estrecho de Malaca, que, como se sabe, está plagado de tiburones.

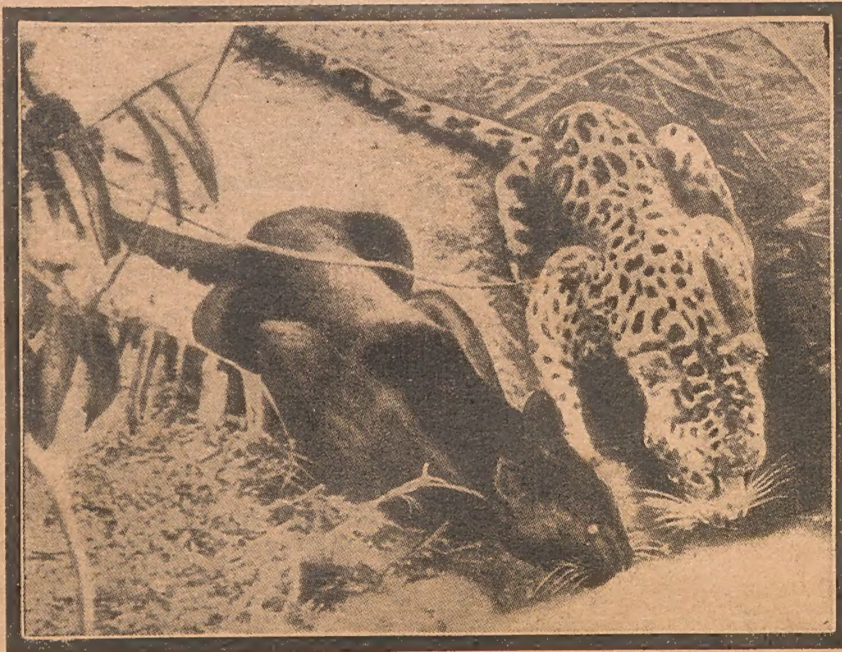
Fuí a mi cabina y allí me recosté en una hamaca, contento de no tener nada que hacer hasta la tarde del día siguiente en que llegaríamos a Singapore. Me sentía realmente cansado de tan penosos viajes hechos entre la espesura de las selvas. Es muy grande, por cierto, la serie de inconvenientes que un cazador debe afrontar en aquellos lugares, temiendo a cada instante que por cualquier motivo se escape la caza que tantas tribulaciones ha costado para ser obtenida. Mi primera visita en Singapore sería para Hin Mong, un carpintero chino, cuyos excelentes servicios utilizara yo durante muchos años, y hacer que me fabricara una jaula fortísima para poder encerrar definitivamente a "Lanzafuego", sin temor a que me diera imprevistos dolores de cabeza. Las que fabrican los nativos malayos, si bien son consistentes, ofrecen, empero, algunos puntos débiles que hacían posible la evasión de la fiera, cosa que yo deseaba evitar. Adormecido oía desde mi cabina el ir y venir de la tripulación. El cocinero debía estar matando un cerdo para la comida, pues podía escuchar el prolongado chillido de la víctima, cuya larga agonía era provocada por la costumbre que tienen los cocineros chinos de matar esta clase de animales produciéndoles sólo una pequeña herida en la garganta, y por la cual, despaciosamente, se desangran. Pasaron varios minutos más, y estaba a punto de llamar a Alí para decirle que fuera a visitar la jaula y comprobara que sus ligaduras estaban en perfectas condiciones, cuando de improviso un fuerte grito partió de la popa, seguido por varias exclamaciones más. Me puse de pie y pude entonces ver a varios marineros que corrían en todas direcciones. La sospecha de que algo anormal había ocurrido con mi leopardo negro me asaltó. Rápido llegué a cubierta y contemplé allí el cuadro que tanto había temido. "Lanzafuego", el terrible y gigantesco gato negro estaba parado al lado de su jaula. La puerta por la que había pasado estaba destrozada. Durante algunos instantes no pude moverme, fijos los ojos en aquella fiera. Cuando me vió abrió las fauces, pero en seguida movió la cabeza en otra dirección. Vió a los chinos, que aterrados corrían a esconderse; vió al cerdo que se desangraba colgado de un clavo, y vió la obscura franja selvática que estábamos costeando. Vió también al cocinero, que con un cuchillo en la mano apenas podía moverse del susto. Pocos segundos duró esta contemplación. Rápido "Lanzafuego" tomó una determinación. Cobró impulso y dando un salto tan formidable como gracioso y elegante, atravesó gran parte de la cubierta y cayó al mar. Todo esto que narro fué algo rapidísimo y que no me dió tiempo siquiera a darme verdadera cuenta de la situación en que me encontraba.

A pesar de que los leopardos, al igual que la mayor parte de este tipo de fieras, no son afectos al agua, resultan, empero, poderosos nadadores cuando las circunstancias lo requieren. Comprendí, entonces, que "Lanzafuego" podría fácilmente alcanzar a nado la costa relativamente cercana, y traté de imaginar un plan para recapturarlo. ¡En verdad que no me causaba mucha gracia tener que separarme de él! Además, sólo por propia negligencia mía había ocurrido tal cosa. De haber puesto un guardián permanente en la jaula, "Lanzafuego" no habría podido debilitar las ligaduras a fuerza de mordiscos como, seguramente, lo hiciera. Pero no tuve tiempo para tomar decisión alguna. Alí llegó hasta mí, y con ojos en los que se retrataba más asombro que pavor, exclamó:

—¡Jerong, tuan, jerong! (¡Un tiburón, jefe, un tiburón!)

Miré a "Lanzafuego", que rápidamente avanzaba en dirección a la costa. Estaba ya a unos quince metros del buque. Pero al mismo tiempo que

CARGAMENTO DE FIERAS



Conducido a Singapore en un buque de carga, un leopardo negro contempla desde su jaula la costa selvática. Contempla su libertad, de la que se aleja. Llamean sus ojos en arranques de ira y odio impotentes. Pero al fin se ve libre. Sus dientes y garras han sabido romper las ligaduras de la prisión. Ya en cubierta contempla por breves instantes los extraños elementos que lo rodean. Luego torna a mirar la obscura cinta de la costa no muy lejana. Y con un salto formidable atraviesa el espacio como si con ello quisiera caer en tierra firme. El agua lo recibe. Buen nadador, el leopardo se dirige a la costa. Pero aquellas aguas están infestadas de tiburones, dos de los cuales pronto se hacen presentes para aniquilar a tan extraño habitante. Y la lucha comienza, desigual y fiera. Lucha de tres bestias ansiosas de destrozar. "Lanzafuego", el terrible leopardo negro, vende cara su vida. Pelea con denuedo, pero al fin sucumbe. El aire que le falta, el agua que lo ahoga y los dos rivales parecen complotarse en su extirpación.



comprendí el verdadero significado de las palabras de mi ayudante, vi algo obscuro que veloz surcaba el agua enfilando hacia el leopardo. Me causó la impresión de que se trataba de un submarino en miniatura. Y me aresté entonces a contemplar una lucha extraña, tan extraña como desigual. Aun en terreno tan poco grato para él y en evidente inferioridad de condiciones, el valor no abandonó a la bestia selvática. Presintiendo la proximidad de un enemigo, se dió vuelta para hacerle frente. Yo permanecí inmóvil en mi sitio, sintiendo al mismo tiempo piadosa lástima por "Lanzafuego", tan pequeño al lado de aquel tiburón que se le aproximaba por debajo de la superficie. Sabía que aquella fiera del mar mediría de seis a siete metros de largo y tendría un peso igual al de doce leopardos juntos. Pero el leopardo no se amilanó por el aspecto de su rival. Estoy seguro qué aunque tuviese que luchar con diez tiburones juntos, "Lanzafuego" les habría hecho frente sin vacilar. Naturalmente, el primer intento que hizo para eludir la embestida que venía desde abajo fué inútil. Vi que por la fuerza del golpe "Lanzafuego" era levantado dos metros en el aire, hundiéndose al caer. El tiburón, debido a la posición de su boca, y que ya los lectores conocen, tenía que volverse para poder morder. Pude ver el blanco vientre del gigante marino brillando al sol por un instante. Y en seguida volvió "Lanzafuego" a la superficie. Debió también ver a su extraño adversario, pues le lanzó un poderoso zarpazo que causó gran daño en su cabeza, a tiempo que con un rápido brinco mordía su vientre.

Evidentemente, la poca visual del leopardo era su peor enemigo, ya que el otro se sumergía y volvía a aparecer, sorprendiendo a la fiera. Otra vez veía a "Lanzafuego" subir y caer. Pero en esta segunda oportunidad cuando volvió a la superficie el tiburón había logrado apresar una de sus patas, de la cual tironeaba violentamente. Al hundirse dió dos o tres sacudidas, características en los animales de su clase y muy similares a las que da un perro cuando tiene entre sus dientes a una rata. Abajo debió soltarlo, pues solo "Lanzafuego", volvió a la superficie. Sin duda alguna el tiburón intentaría volver al ataque por sorpresa. Pero antes de que esto tuviese lugar, otro tiburón apareció en escena. Fué instantáneo. Alcancé a distinguir un bulto, casi al mismo tiempo que el leopardo era elevado por tercera vez. Al caer poco tardó el marítimo adversario en apresar en su boca las patas traseras de la fiera. "Lanzafuego", al que la respiración cada vez faltaba más, levantó su cuerpo en un esfuerzo desesperado por tomar aire. Con un fuerte tirón se volvió y con las fauces prodigiosamente abiertas se sumergió junto con el enorme cuerpo que lo arrastraba implacablemente hacia el fondo. El buque avanzaba, entonces, muy lentamente, tanto que corriendo hacia la popa pude ser testigo del final de tan desigual como breve lucha. Lo último que vi fué el retorno del primer tiburón. Sin duda alguna, al ser arrastrado "Lanzafuego" se habría resistido peleando fieramente, en cuyas circunstancias había aparecido su primer rival, que tan mal herido saliera de la contienda. Se precipitó sobre el leopardo, y pude ver tres cuerpos combatiendo violentamente. "Lanzafuego" estaba colocado en el medio y poco o nada podía hacer. Los dos gigantes del mar habían atenaceado sus patas y tironeaban cada cual para un lado distinto, tratando, evidentemente, de romper a la fiera en pedazos. ¡Y pensar que era aquél el más fino ejemplar de leopardo negro que he visto en mi vida!

"Lanzafuego", moviéndose furiosamente, era arrastrado hacia abajo. Ahogándose luchaba aún. No pude ver más. El trozo de superficie semienrojecido era el único detalle delator de aquel fantástico combate entre dos fieras del mar y una de la tierra, desigual por el terreno en que se produjera, por el número de combatientes, pero no por la valentía. No pocas veces discutí este dramático episodio con expertos cazadores de fieras. Algunos de ellos opinaban, lo mismo que Alí, que el leopardo al saltar lo hizo creyendo que recobraría con eso la libertad. Yo, por mi parte, dudo que así fuese. A esta clase de gatos gigantescos no les agrada nadar. Opino que "Lanzafuego" al saltar no tenía la menor idea de lo que en realidad hacía. Sólo el pánico, el terror de encontrarse en un ambiente completamente extraño le indujo a saltar. Nada anula tanto la imaginación de un animal, sea cual fuere el grado de su ferocidad, como la visión de unos alrededores nuevos para él. Más de una bestia salvaje ha demostrado una cobardía extremada en tales casos. Por otra parte, el aspecto del cerdo muerto, colgando de un clavo, así como el olor de la sangre, muy posiblemente habían provocado en "Lanzafuego" ese tan fuerte como repentino deseo de escapar. Sea como fuere, el hecho es que yo perdí mi leopardo negro.



He aquí la magnífica estampa de un leopardo negro.

¿Ha PERDIDO la su VALOR como



Entrevistado por el autor de esta nota, el secretario de la presidencia, doctor Alberto Figueroa, aseguró que el general Justo se ha mostrado firme en el propósito de mantener desierta toda vacante que se produzca en la Administración Nacional.

Una nota de **Benigno Herrero Almada**

ANTES EL DESIERTO, AHORA LA BUROCRACIA.

"El mal que aqueja a nuestro país es la extensión", decía Sarmiento.

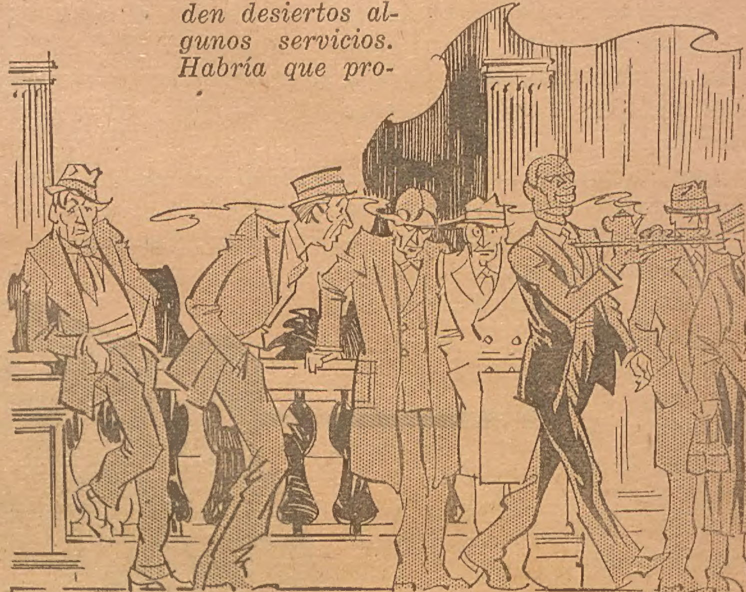
Se explica. Sarmiento fué presidente en el 68. Entonces un viaje a San José de Flores tenía la trascendencia de uno a Córdoba en la actualidad. Hacía apenas ocho años que llegaba el ferrocarril. Nadie podía prever entonces el tiempo que tardaría en llegar el tranvía...

Sarmiento vivía torturado por la obsesión de achicar el vasto territorio argentino. Por eso propendió al incremento de las comunicaciones. ¡Ferrocarriles!, clamaba con su voz de trueno. Dejó en obra o en proyecto ramales al Norte, penetrando en el corazón del país, y en el litoral, horadando la selva de Montiel. Por eso, impacientemente, "la zaina" — como decían los paisanos del Norte de la república, refiriéndose a la locomotora — ha ido encogiendo el país.

El mal tenía remedio. Males más graves aparecerían con el correr del tiempo.

Un legislador que se parece a Sarmiento, en ese intrépido afán de proclamar a cualquier precio las grandes verdades de este momento histórico, me decía:

— El mal que aqueja a nuestro país es la burocracia. En las épocas prósperas podían inventarse servicios para crear empleos. ¡Ahora, no!... Ahora es necesario suprimir empleos, aunque queden desiertos algunos servicios. Habría que proceder sin blandura y sin miedo.



¡Sin blandura y sin miedo!... ¡El ejemplo de Avellaneda!...

EL PRESIDENTE Y LOS EMPLEOS

El artículo 86 de la Constitución establece que el presidente de la república "nombra y remueve a los empleados de la administración nacional".

Hasta hace quince años puede decirse que todos los presidentes argentinos ejercieron esta atribución con espíritu parco, sin verdadero entusiasmo electoral. Delegaban en los

El Dr. ALBERTO FIGUEROA,

SECRETARIO DE LA PRESIDENCIA.

NOS DIJO:

— La demanda de empleos no es, ciertamente, uno de los problemas que más aflijan al gobierno en estos momentos.

"El presidente, que se ha mostrado firme en el propósito enunciado cuando asumió el poder de mantener desierta toda vacante que se produjera en la administración nacional, no ha firmado un solo nombramiento en este sentido. Los aspirantes a empleos públicos han respetado las razones fundamentales y patrióticas en que se inspira esta actitud, alejándose de las antesalas.

"No se justificaría, por lo demás, este afán en un país como el nuestro donde el comercio y las industrias ofrecen, en épocas normales, tantas posibilidades de prosperar.

"Que se mire el empleo público como una ganga en países económicamente pobres, se explica. Pero aquí, donde las actividades individuales tienen extraordinarias ocasiones de inversión, ya no es lo mismo."



He aquí uno de los cuadros que jamás dejaron de presentarse a la vista en los pasillos y salas de espera de la Casa de Gobierno, cuando la esperanza del puesto público movía los ánimos y era acariciada en todas partes como el único recurso para resolver el problema económico de cada hogar.



Una vez dos atrevidos postulantes se cruzaron ante letrero en que pedían trabajo. Su actitud provocó dencial, pero averiguado el móvil de los audaces la escena que prueba nuestra

Casa de GOBIERNO ESPERANZA?



—Será un dique contra esta vocación burocrática la organización legal de la carrera docente en la enseñanza secundaria — dice el subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública, doctor Rafael Bielsa.

ministros, y a menudo los ministros delegaban en los secretarios, la facultad de proveer las vacantes de la administración. No tenían interés. No existía "el plebiscito". El presidente saliente "plebiscitaba" al sucesor. Las elecciones se ganaban o se perdían en el Jockey. Unicamente los políticos vivían de la política. Los empleados eran empleados. Nada más. Por eso los respetaban...

Pero vino la ley electoral, el cuarto obscuro y el voto obligatario y secreto. El pueblo eligió al presidente, y el presidente se acordó que la Constitución lo facultaba para "nombrar y remover a los empleados de la administración nacional". *Entonces la Casa de Gobierno adquirió, como esperanza, un valor que no tenía.* El primer magistrado empezó a ejercer aquella atribución con criterio omnímodo, con espíritu patriarcal.

—No quiere que nadie nombre. Quiere conceder personalmente los empleos. Hay que llegar hasta él.

LA GRUTA DE LA ESPERANZA

Los argentinos empezaron a acercarse a la Casa de Gobierno como los procesantes a una gruta milagrosa. *Los sueldos del Estado eran los mejores sueldos. El horario del Estado era el mejor horario. Las licencias del Estado eran las licencias más largas. Y a los veinticinco años, el premio, ¡la jubilación!... Una renta segura y definitiva para toda la vida.*

Los ciudadanos que cantaban el himno en las manifestaciones electorales, se pusieron en campaña. Había empleos para todos. Un campeón Shorthorn se pagaba en la Rural hasta ciento cincuenta mil pesos. El presidente nombraba. La familia burocrática crecía de una semana para otra. Cuando se concluía una partida de sueldos, se buscaba el modo de imputar los demás a algún ítem remoto. O se votaban nuevas partidas.

La Casa Rosada parecía el santuario de Lourdes. Detrás de los hombres acudieron las mujeres. El primer magistrado concurría a su despacho hasta los domingos. Frente a la puerta de la calle Rivadavia — semioculta y

(Continúa en la página 50)

El DOCTOR RAFAEL BIELSA,
SUBSECRETARIO DE INSTRUCCION PUBLICA, NOS DIJO:

—Durante muchos años se ha considerado la cátedra de la enseñanza secundaria como un refugio genérico para incorporarse al presupuesto del Estado. Se explica. En la enseñanza primaria exigen el título de maestro, y en la universitaria título y capacidad probada (esto en principio). Los postulantes de cátedras en los Colegios Nacionales se consideran exentos de estos requisitos esenciales. La organización legal de la carrera docente en la segunda enseñanza, será un dique contra esta acentuada vocación burocrática-docente. En eso se está: establecer como requisito indispensable la idoneidad técnica y moral para el desempeño de cátedras.



el automóvil del presidente Irigoyen, con un gran alarma entre los componentes de la custodia presipostulantes renació la calma. La foto ha sorprendido vocación burocrática.



El Congreso tampoco escapó a la invasión de los postulantes, y aquí tenemos, en la fotografía, una prueba terminante. La amansadora está funcionando. Y en todos los rostros parece insinuarse la esperanza del puesto nacional hecha certeza por la cuña o la magnífica recomendación.

La mujer que se em

UNA PASAJERA INTERESANTE

SUBIO al "Cap Arcona", al tocar el buque en Boulogne-Sur-Mer.

—¡Vaya, hombre! — le dijo a Ugalde su amigo, médico alemán del barco. — Usted que se quejaba de lo antiestético del pasaje femenino... Esa no es fea, ni mal vestida...

Acompañada por una mujer de edad, sirvienta distinguida, de seguro, pasó ante ellos la pasajera. A pesar de que era bonita de veras y realzaba la finura de sus líneas un traje de sencilla y auténtica elegancia, Ugalde la miró con displicencia. El médico, en cambio, fijó en ella los ojos con ostensible delectación.

— Preciosa, ¿verdad?

— ¿Usted cree, doctor?

El alemán — cráneo cuadriculado, rojizo cabello, cutis sanguinolento — estalló en una de sus habituales carcajadas infantiles.

— ¡Es usted demasiado exigente con las mujeres! — le reprochó, cordial.

— Es mi costumbre — arguyó Ugalde. Y conviene mostrarse muy exigente con ellas, al valorar sus encantos, sobre todo con las que no se van a conseguir. Es lo más cómodo...

La gracia de la "boutade" no fué captada por el médico. Cruzaba en ese instante por el puente el segundo oficial. Recordó el hombre, sin duda, que estando el buque en puerto, debía permanecer en su despacho, y el facultativo se despidió de Ugalde, dejándolo poco menos que con la palabra en la boca.

UN VIAJE ABURRIDO

Junio en Europa; pleno invierno en Sud América. Se justificaba la escasa cantidad de pasajeros, sobre todo de primera clase.

En ésta, además, los que viajaban no resultaban muy atrayentes para Ugalde. Al menos, en lo que se refería al contingente femenino, no había, por cierto, dónde elegir, ni siquiera dónde posar la vista. De alemanas, existía un tipo "standard", de mujeres rubicundas y en la frontera de la obesidad, llevando todas en la cabeza, como si se hubieran puesto de acuerdo, vinchas rojas o azules. Y en cuanto a las pocas pasajeras argentinas, tampoco podía mostrarse Ugalde demasiado satisfecho de la belleza de aquellas compatriotas...

"En fin, un viaje aburrido", pensaba el hombre. Pero ¿no influiría en su pesimista presentimiento el especial estado de su ánimo?

Valentín Ugalde había tomado el "Arcona" en Hamburgo. Hasta el formidable puerto alemán había llegado desde Viena, donde ocupaba el puesto de secretario de la legación argentina.

Volvía a Buenos Aires, después de siete años de Europa, en viaje con licencia. Era, pues, un viaje de placer, ¡y con cuánto habíalo organizado el hombre!

Desde hacía un año venía preparándolo. En todo ese tiempo, Ugalde fué limitando prudentemente sus gastos, a fin de llegar a su tierra con fondos abundantes y disfrutarlos alegremente en los cuatro meses del asueto.

PERO...

Era lo que todavía le soliviantaba, al pensar en ello mientras tomaba en el bar del transatlántico su acostumbrado "ginger-all".

¡No, no se lo perdonaba! ¿Cómo pudo haberle ocurrido, a él, a Valentín Ugalde, tan idiota contratiempo?

Antes de ingresar en la carrera diplomática, Ugalde habíase consagrado en Buenos Aires como uno de los escritores más agudos y mordaces. Además, su juventud — recién desembocaba en la cuarentena — unida a la simpatía de su presencia y a una situación económica más que cómoda, habían hecho de él un pequeño triunfador en la vida porteña.

Su indudable talento, por otra parte, lo había aplicado con igual celo y éxito a las letras y a las mujeres. No llegó, por eso, a la fatigosa situación de los conquistadores a destajo. En absoluto. Ugalde — él lo aseguraba — padecía de dispepsia amorosa, y no todos los alimentos le sentaban. Tenía que seleccionarlos. Él lo hacía así, y como sus surtidas cualidades las respaldaba una permanente buena suerte con las mujeres, muchas muy codiciadas le habían regalado esas horribles corbatas con que las enamoradas obsequian al hombre que adoran. Y, desde luego — aún permanecía soltero, — Ugalde nunca había encarado sus conquistas con un sentido vitalicio. Ya hemos hablado de su indudable talento...

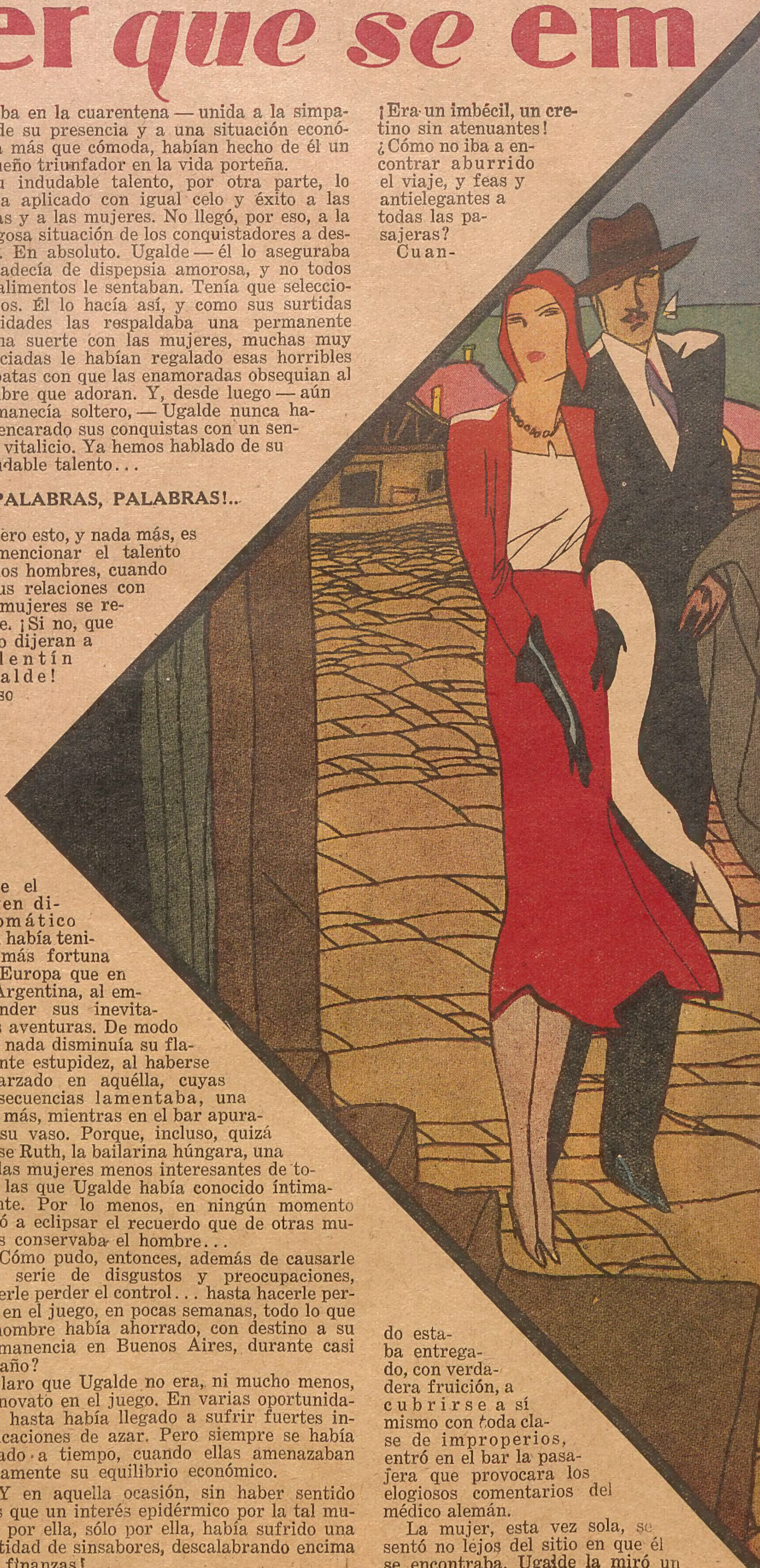
¡PALABRAS, PALABRAS!..

Pero esto, y nada más, es el mencionar el talento de los hombres, cuando a sus relaciones con las mujeres se refiere. ¡Si no, que se lo dijeran a Valentín Ugalde! Y eso que el joven diplomático aun había tenido más fortuna en Europa que en la Argentina, al emprender sus inevitables aventuras. De modo que nada disminuía su flagrante estupidez, al haberse enzarzado en aquélla, cuyas consecuencias lamentaba, una vez más, mientras en el bar apuraba su vaso. Porque, incluso, quizá fuese Ruth, la bailarina húngara, una de las mujeres menos interesantes de todas las que Ugalde había conocido íntimamente. Por lo menos, en ningún momento llegó a eclipsar el recuerdo que de otras muchas conservaba el hombre...

¿Cómo pudo, entonces, además de causarle una serie de disgustos y preocupaciones, hacerle perder el control... hasta hacerle perder en el juego, en pocas semanas, todo lo que el hombre había ahorrado, con destino a su permanencia en Buenos Aires, durante casi un año?

Claro que Ugalde no era, ni mucho menos, un novato en el juego. En varias oportunidades, hasta había llegado a sufrir fuertes intoxicaciones de azar. Pero siempre se había curado a tiempo, cuando ellas amenazaban seriamente su equilibrio económico.

¡Y en aquella ocasión, sin haber sentido más que un interés epidérmico por la tal mujer, por ella, sólo por ella, había sufrido una cantidad de sinsabores, descalabrando encima sus finanzas!...



¡Era un imbécil, un cretino sin atenuantes! ¿Cómo no iba a encontrar aburrido el viaje, y feas y antielegantes a todas las pasajeras? Cuando estaba entregado, con verdadera fruición, a cubrirse a sí mismo con toda clase de improperios, entró en el bar la pasajera que provocara los elogiosos comentarios del médico alemán.

La mujer, esta vez sola, se sentó no lejos del sitio en que él se encontraba. Ugalde la miró un

borrachaba de risa

momento, sin mayor atención.

En efecto, no dejaba de ser interesante. Muy morena, espigada, de sueltos ademanes, su rostro tenía una expresión de fresca juventud, casi de adolescencia, aunque fácilmente se adivinaba que ya debía estar más cerca de los treinta años que de los veinte.

Impulsado por la favorable impresión óptica, ya iba Ugalde a mirarla de nuevo, cuando torció de pronto la cabeza, en un movimiento adusto.

Ya en el muelle, desoyendo las cargosas solicitaciones de los cocheros y chauffeurs, decidieron hacer el camino a pie.

Novela corta de **AGUSTIN REMON**

El escarmentado diplomático había vuelto a acordarse de la bailarina húngara, culpable del reconcomio con que había subido al barco, aparte de su reciente desaguisado financiero.

Y sin mirarla salió del bar y se puso a pasearse por los puentes, mientras el buque abandonaba las aguas de Boulogne, rumbo a las costas gallegas.

UNA CAMARADA ENCANTADORA

Aquella noche, en cuanto entró en el comedor, Ugalde volvió a ver a la pasajera, y precisamente en la mesa del galeno teutón, donde él también comía. El médico, que ya se las había compuesto para entrar con ella en relación, se apresuró a hacer las presentaciones.

—La señora Susana Paul, que nos va a hacer el honor de acompañarnos en nuestra mesa. Así podrá practicar el castellano con usted y un poco conmigo...

Tras una mutua inclinación, ella le presentó a la señora con la que había subido al barco. Era su dama de compañía, como había previsto Ugalde.

Breve fué el obligado cambio de frases sobre el puerto a que se dirigía cada uno, las excelencias del barco y las probabilidades del tiempo que tendrían durante el viaje.

Por la banal charla, Ugalde dedujo que Susana era brasileña, descendiente directa de franceses. La conversación abarcó pronto otros temas, haciéndose bastante animada, pero aunque el médico, y lo mismo la dama de compañía, en las pocas palabras que ésta habló, le daban el tratamiento de "señora", ella no hizo la menor referencia a su marido durante toda la comida. Ugalde, por supuesto, si un poco extrañado, procedió en diplomático, y se cuidó de tocar un punto que podía resultar desagradable a tan interesante mujer.

Porque lo era, ostensiblemente.

Su rostro, contemplado de cerca, ganaba en atractivos. Y no porque en él sobresaliese, por su poderosa belleza, ninguna de sus facciones, sino porque todas ellas, a un tiempo, participaban de su risa pronta y luminosa. ¡Cuánto y qué bien reía! ¡Y qué graciosa resultaba aquella simultánea colaboración en el júbilo de sus ojos renegridos, de sus mejillas lozanas, decoradas por la evidencia regocijada de dos hoyuelos, de su nariz inquieta, de sus labios pulposos, de su dentadura deslumbrante, de su frente, de su barbilla, de sus movibles cejas,

Para muchas mujeres, su risa fácil no es más que la máscara de su tragedia. El destino se ensañó con ellas pisoteando sus más dulces ilusiones juveniles, y ambulan por el mundo, aun las más ricas y poderosas, con el fardo de su fracaso sentimental a cuestas, riendo siempre, emborrachándose de risa, engañando a los observadores superficiales de que son las mujeres más felices del mundo.

en fin, que con la risa se transformaban en dos acentos circunflejos!

Deleitado con el grato espectáculo de su semblante, riente en la magnanimidad de sus rasgos, Ugalde hizo derroche de ocurrencias, extrayéndolas de su nutrido repertorio de divertidas anécdotas. Susana, sin cesar de reír, lo miraba de vez en cuando con franca cordialidad.

A los postres, ya conversaban como si se conocieran de antiguo, ante la cómplice sonrisa del médico, que barruntando aquel caso de simpatía mutua y fulminante, se dedicó a hablar en portugués con la dama de compañía.

Después del café en el bar, la brasileña y el diplomático pasearon solos, hasta muy tarde, por los puentes. Se trataban con espontánea camaradería. Sobre los más variados asuntos hablaron sin afectación y sin reservas, utilizando alternativamente, y a veces en pintoresca mezcolanza, el francés, el portugués y el español. Ni ella adoptó en ningún momento actitudes de coquetería, resaltantes, ni veladas, ni él tuvo para su nueva amiga otras galanterías que las indispensables, expresándolas, además, de modo tan discreto, que no hubiera sido posible, procediendo serenamente, descubrir en ellas propósitos ulteriores.

—Mejor así — se dijo Ugalde, al despedirse de ella aquella noche, volviendo a pensar en Ruth.

("O peor", quizá piense alguno de los lectores.)

DANZA NAUTICA

Al día siguiente, dócil a la frecuente iracundia del golfo de Vizcaya, el "Cap Arcona" se movió sin tener en cuenta para nada su imponencia trasatlántica, ni mucho menos el elevado costo de sus pasajes.

A ninguna hora vió Ugalde a Susana, ni, por lo demás, a otras mujeres. Todas se quedaron en sus camarotes, dedicadas celosamente — es de suponer — a sus respectivas contracciones estomacales.

El movimiento del buque era tan intenso y tan variado, que el mismo Ugalde, de no ostentar su investidura diplomática, no hubiera tenido el menor inconveniente en marearse. Pero había que dar el ejemplo...

La inconstancia del barco en su equilibrio duró hasta la llegada a Vigo, y aun dentro de su maravillosa bahía se notaban los efectos de un temporal bastante bien imitado. Dispuesto a ir a tierra, Ugalde buscó a Susana infructuosamente.

Desembarcó solo, ansioso de atracarse de mariscos, deliciosos en Galicia como en ninguna otra parte. (¡Oh, exquisitos y múltiples mariscos de Vigo, comestibles bocanadas de océano!)

Como si Eolo, igual que Ugalde, se hubiera atiborrado también de percebes, centolla y vieiras, y en plena y laboriosa digestión, ya no pudiese soplar más, el temporal amainó al cruzar el "Cap Arcona" por las islas Cíes, siendo tranquila la travesía hasta Lisboa.

(Continúa en la página 11)

OCHO MIL *NIÑOS* HAMBRIENTOS se ALIMENTAN con los CINCO CENTAVOS que los CARRERISTAS no COBRAN



La favorita "Abeja", ganadora de la cuarta carrera en la reunión del domingo 11 de septiembre, y que produjo a los efectos del nuevo impuesto sólo a ganador, la bonita suma de 2.472 pesos.



¡El hambre de los niños!... No parece sino que brindaran con legítimo entusiasmo a la salud del bienhechor, que también corre para ellos. Más de un alumno de aritmética después de leer esta crónica, estará en condiciones de averiguar los lunes cuánto han producido los "cracks" en beneficio de los comedores escolares.

POR BRAULIO BUSTOS

EL FISCO Y LOS CONTRIBUYENTES

UNA de las aspiraciones más honestas, entre cuantas pueda perseguir un Estado moderno, es, a mi juicio, la de instituir un régimen impositivo tan racional, que ninguno de los contribuyentes tenga el derecho de dolerse por el tributo que en determinado momento se le exige.

El fisco reviste para la imaginación del pueblo la figura odiosa de un pulpo insaciable, cuando en su afán de procurarse recursos se olvida de algunos principios elementales de equidad. Nadie puede mirar con buenos ojos al Estado, si en el momento en que las circunstancias lo obligan a comprar un remedio, se entera que ese remedio "ha subido porque paga un nuevo impuesto".

Hace poco tiempo, en el despacho de un ministro de Hacienda de la Nación, ante una delegación de la cual yo formaba parte, y que iba a pedir la derogación de un gravamen injusto, recogí de labios del propio secretario de Estado, esta respuesta:

—*Ustedes tienen toda la razón del mundo, pero lo que yo necesito es plata...*

Hubiéramos podido observarle que, así como existen caminos vedados al hombre para conseguirla, existen los mismos caminos para la Nación, a pesar de su enorme poder coercitivo. Cuando el Estado necesita plata, hay que saber obtenerla por la vía más equitativa, instituyendo gravámenes racionales. La respuesta inusitada del señor ministro, anonadaba todas las conclusiones de la ciencia oficial, en materia de finanzas. Y puesto que voy a celebrar una "contribución modelo", no está de más el recuerdo que he traído a colación.

LA TÉCNICA DEL DIVIDENDO

Me refiero al nuevo impuesto sobre los dividendos del hipódromo.

Hasta hace tres semanas el Jockey Club abonaba esos dividendos computando las fracciones mayores de dos centavos y medio a favor de las apuestas, y las menores en contra.

Por ejemplo: el dividendo real de un vale-ganador, supongamos era de cuatro pesos con setenta y ocho centavos. En este caso el Jockey Club ponía de su bolsillo los dos centavos que faltaban, y pagaba cuatro pesos con ochenta. En cambio, cuando el dividendo real no pasaba de los setenta y siete centavos, pagaba cuatro pesos con setenta y cinco, y retenía en su poder el excedente de dos centavos sobre el vale ganador.

Se trataba de simplificar mediante un procedimiento equitativo, el pago del sport, adaptándolo a las exigencias de nuestro medio circulante, del cual se ha eliminado absolutamente, puede decirse, el cobre de uno y de dos centavos, indispensables para que aquellos dividendos hubieran podido hacerse efectivos con matemática exactitud.

Se daba el caso, mientras estuvo en vigencia la técnica que acabamos de explicar, de llegar a producirse desemblosos relativamente considerables en una sola carrera. Si el ganador tenía sesenta o setenta mil boletos, el Jockey Club, para completar el dividendo, debía resolverse a perder mil doscientos o mil cuatrocientos pesos. Otras veces una cifra análoga quedaba en sus cajas por el mismo concepto. Se pagaba, un suponer, seis veinticinco, cuando el dividendo real hubiera sido seis veintisiete. Y está de más decir, que sobre cada diez mil ganadores, dos centavos de excedente significan doscientos pesos.

UN IMPUESTO MODELO

Ahora bien: la ley llamada del "impuesto a los dividendos del hipódromo", sancionada últimamente por el Congreso Nacional y que acaba de entrar en vigencia, modifica fundamentalmente aquel estado de cosas.

Establece que el Jockey Club al efectuar la liquidación de los dividendos de carreras que se

(Continúa en la página 50)

HE AQUI LA NUEVA LEY QUE HA FACILITADO LA INSTITUCION DE COMEDORES INFANTILES EN LAS ESCUELAS:

Art. 1º — Las fracciones centesimales de los dividendos de carreras que se paguen en el Hipódromo Argentino de la ciudad de Buenos Aires se destinarán a los fines que se determinan en esta ley.

Art. 2º — El Jockey Club, al efectuar la liquidación de los dividendos de carreras, sólo abonará "cero" como segunda cifra decimal o de los centavos, debiendo depositar en el Banco de la Nación, a la orden del Consejo Nacional de Educación el 80 o|o de la fracción excedente y aplicando el 20 o|o de la misma para cubrir los gastos que demanden el jardín de infantes, las escuelas y obras de beneficencia de la institución.

Art. 3º — Las sumas que por este concepto reciba el Consejo Nacional de Educación se aplicarán exclusivamente en subvenir los gastos de alimentación de los niños que asisten a las escuelas dependientes del Consejo Nacional de Educación.

Art. 4º — El Jockey Club, dentro de las 24 horas, hará los depósitos de las sumas que recaude, de acuerdo con esta ley.

LA MUJER QUE SE...

(Continuación de la página 9)

A la vista, al otro día, de la ciudad, Ugalde encontró a Susana en cubierta. Estaba algo pálida, echada en su sillón hamaca, leyendo un libro.

Se saludaron con recíproca efusión, hablando en broma del temporal pasado.

—¿No piensa desembarcar?

— No. ¿Para qué? — le respondió Susana. — He estado en Lisboa en otras ocasiones...

—¿Y no le gusta Lisboa? Esa es una falla, la primera, pero grave, que descubro en usted. ¡Lisboa es una ciudad simpatiquísima!...

Ante la sonrisa burlona de Susana, Ugalde hizo un vehemente elogio de la capital portuguesa.

Ésta, para el diplomático, era una de las ciudades más tibias y acogedoras, la última gran ciudad romántica, por otra parte, que quedaba en el mundo. Y los lisboetas — ellas y ellos — eran una gente afabilísima, a la que no había más remedio que apreciar, a poco que se la conociera...

— Pero si es que yo conozco ya demasiado a la gente y la ciudad — le replicó Susana. — Nada me queda por conocer en Lisboa. ¿Adónde podría ir? — agregó con una amplia sonrisa.

Mientras ella hablaba, Ugalde se fijó en el libro que estaba leyendo: "La ilustre casa de los Ramires". Y a su interrogación, él contestó con otra:

—¿Por qué no ir a llevar unas flores al gran Eça de Queiroz?

ANTE LA ESTATUA DEL AUTOR DE "LA RELIQUIA"

Susana, ferviente admiradora del novelista lusitano — insigne entre los insignes, — acogió la idea con entusiasmo, aceptando sin remilgos la sola compañía de Ugalde para la proyectada visita. Y un rato después estaban juntos en el vaporcito que había de conducirlos a tierra.

Ugalde contemplaba a la brasileña a hurtadillas, indudablemente complacido. ¡Qué bien y con qué sencillez estaba vestida! Llevaba un trajecito de estilo sastre, recto y sin adornos, que imprimía a su esbeltez una cautivante donosura, vagamente varonil.

Ya en el muelle, desoyendo las cargosas solicitaciones de los cocheros y chauffeurs, decidieron hacer el camino a pie.

— ¡Qué curioso! — exclamó Ugalde, risueño. — Siento unos deseos incontenibles de tomarla del brazo...

— Pues haga usted en vida su felicidad — le instó ella, ofreciéndoselo.

Pronunció aquellas palabras con un tonillo zumbón. Al tiempo que el diplomático oprimía ligeramente uno de sus brazos, dijo imitando su sorna, sin mirarla de ex profeso:

— Hoy me va a parecer Lisboa más hospitalaria que nunca...

— Y espero que más "romántica"... Lo subrayó S u s a n a tenuemente. Ugalde, un momento, quedó perplejo. ¿Envolvía aquello un prudente aviso a sus posibles intenciones? Para disiparlas, indicó:

— Y ahora, dediquémonos de lleno a evocar al creador de "El primo Basilio".

Rieron. Y riendo por todo, y ante todo, los improvisados peregrinos intelectuales llegaron pronto a la magnífica plaza del Rocío, corazón de la grata ciudad. Al pasar ante una modesta cigarrería y ver en su interior a varios hombres sentados, conversando apaciblemente, observó el diplomático:

— Vea, Susana. Son esas tertulias políticas, que tan admirablemente ha descripto Queiroz.—Hasta había uno de los interlocutores en mangas de camisa, como él decía que le entraban ganas de ponerse cada vez que del extranjero llegaba a Lisboa...

— ¡Todavía no le han perdonado sus compatriotas aquellas ocurrencias! — completó ella, evidenciando un amplio conocimiento del tema, que procuró disimular con una sonrisa.

Atravesando la plaza, se internaron en unas calles angostas e inclinadas, desembocando a poco en una plazoleta. Era el "largo" Barón de Quintella. Allí, en un breve espacio que cierran tres macizos de casas vulgares, se alzaba la estatua del Voltaire portugués.

Embargados por una suave emoción, ambos se detuvieron unos instantes, en silencio antes de depositar su ofrenda. Nadie transitaba por la pequeña plaza, y la quietud hubiese sido completa si no la turbara la tranquila conversación de unos cuantos hombres, sentados a la entrada de un edificio contiguo, que debía ser un cuartel de bomberos, o algo por el estilo.

Susana y Ugalde contemplaban la estatua, de blanco mármol, que está como empotrada en un grupo de altas palmeras que la cubren de sombra. Representa al novelista, del que no se ve más que el busto, pues cúbrele el resto del cuerpo una espléndida figura de mujer, castamente desnuda, que desgarrando sutiles cendales, se le brinda en un gesto de supremo ofrecimiento, los bellos brazos en cruz. Es la Verdad, y Eça la enfrenta sereno, mirándose en sus ojos, meditabundo. La honda significación que la actitud de las dos figuras entraña, está corroborada por la leyenda esculpida en breve pedestal, y que aparece como acápite de "El mandarín": "Sobre a mudez forte da Verdade, ô manto diaphano da phantasía." ("Sobre la cruda desnudez de la Verdad, el manto diáfano de la fantasía.")

— ¡Qué bien debe sentirse Eça en este riconcito! De seguro que si le hubieran dado a escoger el sitio donde había de perpetuarse su figura, tras la triste sonrisa con que recibiría la proposición, él se habría inclinado por este modesto lugar de su, a pesar de todo, amada Lisboa...

Había hablado Susana, esta vez en portugués, teniendo sus palabras un dejo cordial de novia. En seguida se adelantó unos pasos, e inclinándose sobre la pequeña verja que circunda la estatua, depositó en su base las flores. Saltó entonces de allí un gato negro, que, sin duda, dormía entre la yerba. Sonrieron ambos ante el inesperado encuentro. Ugalde murmuró:

—¿Será el único amigo que le queda a Queiroz en Lisboa?

Al iniciar el regreso, en dirección al barco, fué Susana quien se adelantó a enlazarse al brazo de Ugalde. Éste sintió la blanda caricia, pero prefirió apresurarse a sofocar sus turbadoras proyecciones, ahogándolas en una literaria evocación.

—¿Sabe usted en qué pienso, Susana?

— No...

— Pues recuerdo una visita que hace años realicé a la iglesia parroquial de Vila do Conde, a cuatro leguas de Oporto donde fué bautizado Eça. Veo de nuevo el minúsculo y vetusto templo, y me parece adivinar al sacerdote que administró el agua bautismal al niño Eça de Queiroz... Sería un cura bondadoso, quizá ya viejecito, y, probablemente, envuelto en raídos y ver-

(Continúa en la página 13)

Las peripecias de PANCHO



¡Es como yo decía!... Mis hijos son una monada.

LA MUJER QUE SE EMBORRACHABA DE RISA

(Continuación de la página 11)

dosos manteos. Y a buen seguro, que el pobre clérigo no imaginó entonces que aquel cuerpecito, de fijo estremecido por inconsciente llanto, y que la Iglesia, por sus manos, purificaba, habría de ser más tarde mi impugnador formidable le sus dogmas. Y formidable, porque no los atacaba, ciego, a rabiosos mandobles, sino con el arma terrible de su corrosiva ironía...

La parrafada causó en Susana un evidente buen efecto. No dijo nada, pero miró a Ugalde con sonriente admiración, apoyándose un poco más en su brazo.

¡"C'EST LA GUERRE"!

Susana y Ugalde pasaban juntos casi todo el día, y, sin prisa por acostarse, también solían quedarse conversando, en el salón o en el bar, hasta que se apagaban las luces o entraba a limpiar la brigada de tripulantes.

— Deben creer que somos novios — le dijo Ugalde una noche, ya el barco en pleno océano.

— ¿Novios? — le replicó la afrancesada brasileña. — No creo que sean tan bien pensados. Supondrán cualquier barbaridad...

Rubricó aquello con un encogimiento de hombros, como si le tuviera sin cuidado, en absoluto, lo que los demás pudieran pensar en ella.

¡Extraña mujer! Porque aquel desentendimiento de la opinión de la gente, aquella especie de manfichismo social, contrastaba fuertemente con su conducta, tan correcta como vigilante.

Todo entre ellos se mantenía dentro de los limpios límites del más estricto flirt. Y cuando Ugalde, avezado profesional en tales lances, intentaba, con medida oportunidad, hacerlo avanzar un poco, ella desbarataba sus propósitos con imprevistas ironías, o con alguna juiciosa reflexión, pronunciada en un tono seco y reconcentrado.

— No me hable usted de amor — le había pedido. — Se lo agradezco, pero le relevo de la obligada cortesía. He resuelto no volver a amar en mucho tiempo. Alguna vez le diré por qué. Pero sin que usted me lo pregunte. Posiblemente, yo misma se lo confesaré cualquier noche de luna...

— También usted — le había dicho en otra ocasión — parece haber sufrido algún desahucio sentimental. Pero nada de confidencias. Es muy pronto. Y si las forzamos, podemos desvirtuarlas. ¿O es que ya se aburre usted de que hablemos en amigos?

Aquella noche habían estado sentados en el puente superior, conversando hasta muy tarde y con más íntima confianza que de costumbre. Y hubieran seguido allí, pero tuvieron que dejar el sitio ante la proximidad de unos marineros, armados de las mangueras de limpieza. Ugalde la acompañó hasta cerca de su camarote.

— ¿Tiene usted sueño? — le preguntó Susana, mirándolo con afectuosa fijeza.

— Yo, no. Y si quiere usted que prosigamos la charla, aquí tenemos una escalera muy estratégica...

Se sentaron en sus peldaños, y después de hablar un rato sobre las cosas más diversas, ella de repente, se refirió a su vida, tocando por primera vez el punto de su matrimonio.

Hacía mucho tiempo que Ugalde no sabía de nada más atrozmente cruel.

Susana se había casado a los veinte años, recién salida de un colegio de París, donde su padre viudo, rico comerciante establecido en San Pablo, la había tenido internada.

Poco antes de terminar la guerra, su padre, fervoroso patriota, había realizado un viaje a su pueblito natal de la Normandía. Allí había conocido a un joven capitán aviador, hijo de un amigo de la infancia. El muchacho poseía las condecoraciones más preciadas. Había derribado más de treinta aparatos enemigos.

El padre de Susana y su viejo camarada recordaron que hacía muchos años, siguiendo una tradicional costumbre en las provincias francesas, habían hablado al casarse de lo dichosos que se verían si, andando el tiempo, hubiera un casamiento entre los hijos de ambos.

Deslumbrado por la gloriosa aureola del muchacho, el padre de Susana había sugerido a su amigo que pusieran en contacto a los dos jóvenes. Ella era una chiquilla impresionante; él, un militar buen mozo, famoso en Francia y en el mundo entero. Simpatizaron fácilmente y se casaron a los pocos meses...

Al llegar a esta altura de la narra-

(Continúa en la página 17)..

La sonrisa de la semana

POR JOHN B. KELVINATOR

(filósofo inglés educado en Pergamino, F. C. C. A.)

Hay un hombre público que viaja. Hay un hombre público que, cuando toma el tren, no sabe nunca cuál será su función real al descender en la estación de destino: es el general Ibáñez. Vivía entre nosotros como corredor de seguros, luego de haber sido dictador omnímodo de Chile. Una revolución, otra revolución. El general Ibáñez se embarcó para su patria casi convencido de que, al arribo, volvería a agarrar la sartén por el mango. Allá habló con sus amigos, se escondió en su fundo. Una revolución, otra revolución... El hombre público chileno quedaba otra vez desplazado y emprendía otra vez el regreso para Buenos Aires. Aquí llegó con el cargo de embajador. Estaba, sin duda, a punto de entregar sus credenciales, cuando... Una revolución, otra revolución... El general Ibáñez se quedó unos días silencioso. Poco después se largó nuevamente a su patria. ¿Irá a averiguar quién es efectivamente el presidente de la república? ¿Permanecerá allá mucho tiempo? ¿Regresará a nuestro país? En cualquier caso resulta difícil anticipar qué cargo desempeñará el general Ibáñez dentro de poco. ¿Qué cargo desempeña ahora? Una revolución, otra revolución... En Chile va a ser necesario establecer una ley de estabilidad para los presidentes de la república. Una ley que les permita, por lo menos, disponer del tiempo necesario para contestar las cartas de felicitación que reciben al asumir el mando...



HAMBRE

ME encuentro sin casa, sin dinero, a la ventura. El frío me corta las orejas como una navaja de afeitar. ¡Un poco de calor para los pobres, Señor!, exclamo desde el fondo de mi alma. Camino rápido, balbuceo palabras ininteligibles, juro y perjuro, y el viento se lleva piadosamente mis palabras. En el puerto suenan las bocinas de algunos vapores que se van. ¡Cómo desearía irme! Si a todos los vencidos de Nueva York se les preguntase si desean irse, ¡cuántos tomarían el primer vapor!... Pero no. La mayoría tiene aún esperanza de hacer dinero... ¡Los inocentes!...

Tomo una hoja de papel y leo lo siguiente: "¿Para quién existe la prosperidad? Es innegable que los Estados Unidos, desde hace años, y especialmente después de la guerra mundial, han alcanzado un muy alto nivel económico. Los recursos de esta nación son tremendos. Lo que no debe olvidarse cuando se leen las cifras de los adelantos de este país, es que toda la enorme riqueza está en manos de unas cuantas familias ricas. Un profesor americano hizo algunos años un estudio detenido de la propiedad en los Estados Unidos, por el cual vemos que el sesenta y cinco por ciento de la riqueza de este país es poseída por un dos por ciento de la población."

Arrojo el papel y cae sobre el pavimento lleno de nieve; el viento lo levanta en el aire y se pierde de vista. No sé adónde ir. La inmensidad de Nueva York me destroza como a un gusano. Tal vez mi camarada X podría hacer algo por mí. Le diré que he agotado mis recursos, que no tengo nada ni a nadie.

La nieve se extiende por las calles como un manto de albura. El sol de las cinco de la tarde asoma por encima de los rascacielos como un gemido dejando sus rayos tristes en las casas viejas. El tren de hierro serpea sobre las cabezas de los viandantes, embistiendo como toro enloquecido el espacio. El chirriar de las ruedas me evoca pretéritas torturas, quebrantamiento de de huesos, aullidos de perros, gritos de pueblos en éxodo trágico. Los durmientes extendidos a lo largo de la vía, resbaladizos y heridos a cada minuto por las locomotoras, arrojan chispas violáceas. Me imagino que son trenes hacia el infinito; tal vez a alguna laguna Estigia; trenes sonámbulos guiados por conductores lunáticos. Cabezas de negros emergen de las ventanillas. Estamos al Este en 125 Street. De repente, el tren se tiñe de negro, las ruedas echan llamaradas, la nieve se empurpura. Un borracho es tendido de un puñetazo.

— ¿Un borracho?

— No; ¡es un negro! — repiten todos.

— ¡Qué lo maten! ¡Qué lo maten! — gritan los blancos.

— ¿Qué ha pasado?

— ¡Un negro que se ha atrevido a mirar a una blanca!

— ¡Qué iniquidad! ¡Qué insolencia!

El que ha dado el puñetazo se limpia las narices y del bolsillo del pantalón arranca una botella plana con todo disimulo. Bebe varios tragos y continúa gesticulando:

— ¡Al diablo con los negros!

Un hombre que está junto a mí le dice al oído a una vieja flacucha:

— ¡Harlem es un infierno! Yo no sé por qué no se le pone petróleo y se le incendia. ¡Por el prestigio de América!...

El hombre me mira por encima de sus anteojos y escupe en su pañuelo. Me recomienda leer un folletito: "Por la especie", y entre dientes masculla:

— ¡Los negros, una mancha en Nueva York! ¡Yo soy del Sur!... Je, je...

— Y, ¿qué me dice de los judíos y portorriqueños? Habría que concluir de una vez con esta bazofía. ¡Por el prestigio de América!...

— No se preocupe. El gobierno dictará medidas...

— A mí me parece que a los judíos, portorriqueños y negros habría que enviarlos a los países tropicales. ¡De esta manera América daría una nueva prueba de filantropía al mundo!

— ¡Muy bien! ¡Muy bien!... Je, je...

— No se preocupe, no se preocupe. ¡Tonterías! Los negros, en Nueva York, constituyen la atracción de los ricos — me dice un negro con la cabeza platicéfala, vestido elegantemente de color marrón y con una perla falsa en la corbata. ¡El negrito ése... (se refería al que había sido agredido por el blanco), es natural que merezca castigo!... Estaba borracho... A las blancas se las debe mirar con respeto y cuando se tiene dinero...

— Pero dice él que lo miraron...

— Eso dice siempre la gente de color.

— Pero ¿usted no defiende su raza? —



y FRIO

Un cuento de **T. M.**

Con toda su opulencia, con todo el esplendor de su riqueza y de su formidable actividad, también la gran república del Norte tiene sus dramas de la miseria y el alma envenenada por pasiones y odios y por el furor de la especulación. En una visión rápida, cinematográfica, el autor de este emocionante relato hace desfilar al lector por un panorama sombrío y trágico en que vibra, bajo distintos aspectos, el complejo misterio de un laberinto de impresionantes sugestiones.





—¿Busca usted el hospital?
—No; el Centro Español.
—Es lo mismo, es lo mismo.

le digo.

Me mira sorprendido y se sonríe despreciativamente.

—¡Yo soy blanco! Yo... ¡Qué ocurrencia!... Es preciso no confundir a las personas, señor. — Y se despide saludándome con la cortesía más acabada.

Empiezo a caminar y sonrío de la petulancia del negro. El negro, el mejor servidor del blanco, aunque éste le dé de puntapiés y lo acribille de desprecio y lo cuelgue... Pregunto a un hombre dónde se encuentra la casa que busco, y éste me mira sorprendido:

—La calle 112, ya pasó usted. Tiene que volver muchas cuadras atrás.

Me detengo un instante en la puerta de una calle y veo a tres muchachos pegando a un negrito desarrapado, sucio, y con los ojos enormes.

—¿Por qué le pegan? — les digo.

Y los chicos me gritan y me responden furiosos:

—Porque ése es negro, y a usted también, si no se va.

Un hombre extraño me sigue, quiere hablarme. Me examina, y por fin se atreve a decirme:

—¿Busca usted el hospital?

—No; el Centro Español.

—Es lo mismo, es lo mismo. ¡Cuando usted necesite de los servicios de nuestra compañía, eh!

Y me extiende su tarjeta: "John Hopeless, representante de una casa de defunciones. Entierros baratos; flores artificiales y discursos a satisfacción del cliente."

Y agrega:

—Todo está previsto. ¡No hay quien pueda competir con nuestros servicios!...

Lo miro al señor, y éste me sonríe como un ave de presa, lista a devorarme. Me enseña su dentadura americana y espera una respuesta mía:

—Por supuesto — le digo — que esta profesión le debe dar a usted muchas ganancias.

—Sí — me dice. — Sobre todo en invierno. Los suicidios son por lo general en esta época del año. Pertenezco, por otra parte, a una sociedad filantrópica que ayuda a los suicidas. ¡En América todo está organizado! ¡Todo! Se cumplen sus últimas disposiciones. ¡Palabra de honor! Lo vi a usted tan pensativo y solo... Contemplaba la luna, y como en los Estados Unidos se piensa en el queso, supuse que con usted haría negocio...

—¿Y los discursos?

—Pues, los discursos los hago yo. Soy sacerdote de un nuevo credo y los diarios de mayor tirada han publicado mi fotografía.

Y convidándome un cigarrillo, agrega:

—¡Muy baratos los entierros! Se lo aseguro a usted. No se olvide de John Hopeless. Yo persigo al cliente. Yo lo despido de la tierra, y hasta dejo caer una lágrima en su honor. ¿Quiere usted mi tarjeta? Le dejo otras por si acaso necesitan sus amigos.

Cuando el hombre extraño se aleja de mi lado, me pregunto si está loco, y reflexiono al final que el que está loco soy yo. John Hopeless es una "businesman" como tantos otros que abundan en América. ¡Un ave de presa!...

Me detengo largo rato en el espejo de una tienda y contemplo mi fisonomía. Evidente. Sí. Tenía razón el agente de la funeraria. Mi cara está lívida; mis ojos se caen de las órbitas; apenas un colorcillo amarillento, desvaído, pinta mis mejillas. Mis labios violetas, casi cárdenos, se hallan secos. De todo mi ser se escapa un aliento largo, largo como un grito en las tinieblas y que no tiene eco, que sólo conocen los que no han comido muchos días: ¡Hambre!

Me avergüenzo de mí mismo. Tiemblo y tirito de frío. Me retiro de los hombres. Un viento horrible, como una guadaña, me corta la cara. ¿Dónde ir? A la biblioteca, a leer siempre, a calentarme gratuitamente... A llenarme la cabeza de ideas que me harán concebir paraísos. Pero mi aspecto no es el de un hombre culto... Mis cabellos crecidos, mis vestidos manchados... Todo mi exterior revela al vagabundo, al terrible vagabundo a quien temen las criadas y los porteros. Tengo frío en los pies y en el corazón. Uno de mis zapatos se ríe del mundo por un agujero, y mi sombrero envejecido y descolorido por el tiempo se llena de nieve como el gorro de un Saint Claus.

Entro en la biblioteca. ¡Aquí sí que se está bien! Un calorcito reconfortante me reanima. Comienzo a leer un libro que habla de la grandeza de los Estados Unidos; pero en el instante en que leo que es uno de los países más ricos del mundo, experimento un vahido, un mareo que me hace dejar el libro y apoyar la cabeza en los brazos, que caen vencidos sobre la mesa. Sin duda, he perdido el conocimiento. No escucho nada, aunque creo que hablan al lado mío.

Alguien me sacude fuertemente. Como a través de una niebla veo unos ojos duros, agresivos, que me miran con cólera.

—¿Es que usted viene a dormir aquí?

—¿Dormir? No, señor. He venido a leer...

El hombre sonríe con ironía. Me mira más despectivamente, y me dice brutalmente:

—¡Váyase inmediatamente! Usted es un perdido que viene aquí a calentarse. Apuesto que ni siquiera saber leer.

¡Ah! Me erguí, herido en lo más profundo de mi orgullo. ¡Que este semianalfabeto dijera que yo no sabía ni leer, era demasiado! Iba a gritarle mi indignación, cuando otro lacayo de la biblioteca, otro que porque tenía el pan seguro se creía superior a mí, me agarro del brazo, y entre los dos me arrojaron a la calle.

—¡Miserables! — rugí.

Heme aquí otra vez en la calle inhospitalaria. ¡Tengo hambre! La multitud pasa rozándome, indiferente como siempre. Estoy tentado de tender la mano; pero yo no soy un vulgar mendigo. ¡No puedo pedir! Prefiero morirme de hambre y de amargura en medio de la ciudad más fastuosa del mundo.



El peso y tamaño del cerebro de un individuo no son ya considerados como síntomas de su mayor o menor capacidad mental.

POR QUE *algunos* HOMBRES *son* *más* INTELIGENTES *que* OTROS

Por RICARDO CARRERE

LA ciencia ha descubierto un nuevo secreto de grandeza; ha encontrado por primera vez una diferencia notable en la estructura física del cerebro común con el del hombre de estudio.

Esta diferencia no tiene nada que ver con el tamaño o el peso del cerebro, sino con la circulación de la sangre. Esta diferencia explica muy bien por qué el cerebro de un hombre de talento o de acción funciona más brillantemente que el de un hermano, menos dotado, que tenga el mismo peso y el mismo tamaño.

La diferencia de la circulación de la sangre en el cerebro de un intelectual y en el del obrero, ha atraído prestamente la atención del profesor Henry H. Donaldson, del Wistar Institute de Anatomía y Biología de Filadelfia.

El profesor Donaldson ha examinado durante muchos años los cerebros de distinguidos científicos y de intelectuales, después de muertos, y también el cerebro de los pacientes muertos en el hospital.

Midiendo, pesando y disecando estos cerebros, el profesor Donaldson ha llegado a esta conclusión. Cree que ha encontrado, o por lo menos tiene la clave, de lo que los científicos llaman en latín "pia mater".



Conforme puede advertirse en la foto, Edward S. Moore tenía un cerebro muy grande.

Napoleón, el famoso guerrero y emperador, cuyo cerebro era, en cambio, de reducido tamaño

La palabra "pia mater" quiere decir literalmente "tierra madre"; es una membrana muy delicada que cubre el cerebro, mucho más fina que el más fino de los papeles y mucho más manuable. Cubre enteramente la superficie del cerebro y es la que lleva los vasos sanguíneos al cerebro.

Si alguna vez alguien ha observado a la cocinera cuando prepara los sesos, habrá notado que desprende de ellos una telita; esa telita es el resto de la "pia mater".

Durante el examen de los sesos en su laboratorio, el profesor Donaldson saca cuidadosamente esa membrana, dejándola separada para estudiarla luego, pues primero examina el cerebro. Hace esto porque estudios recientes han demostrado que el arreglo en los vasos sanguíneos en la "pia mater" varía considerablemente en cada ser, y estas variaciones son muy significativas.

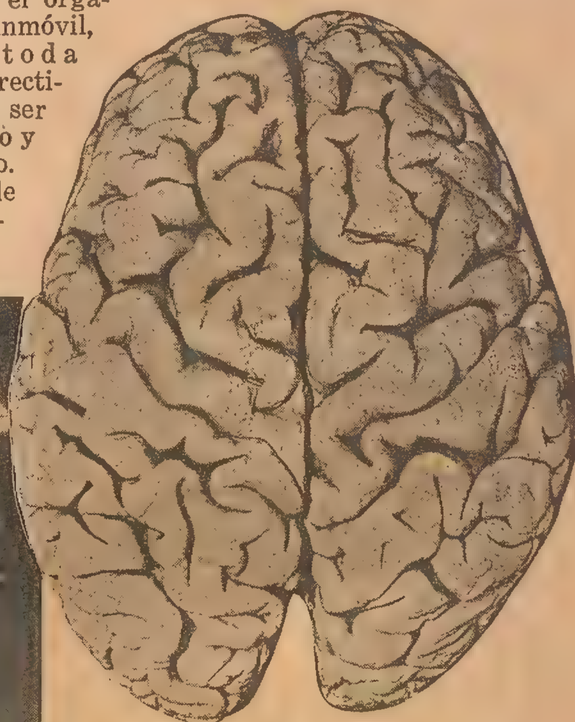


Lord Byron, el famoso poeta inglés, poseía un cerebro sumamente pesado.

El estudio de los vasos sanguíneos es para el profesor Donaldson de una importancia capital. Considera que sólo después de la muerte, cuando el órgano está inmóvil, libre de toda fuerza directiva, puede ser estudiado y considerado. Después de todo, es natural que esa fuerza directiva que guarda el cerebro en acción, sea más importante que su peso o su forma.



Sir William Osler, el famoso médico, cuyo cerebro llevó al doctor Donaldson al convencimiento de que el peso del cerebro no demuestra la inteligencia de una persona.



No hay duda alguna que el cerebro, como los músculos, trabaja mejor con una amplia circulación de sangre, y y esto nos da una razón parcial por qué algunos cerebros trabajan mejor que otros.

Si el funcionamiento del cerebro es una materia de nutrición, no solamente la calidad sino la composición de la sangre juega su parte. Un grupo de investigadores ha encontrado que por la circulación de la sangre las células nerviosas del cerebro pueden cambiar radicalmente, y con este cambio el proceso mental muestra también un cambio radical.

Sin embargo, estamos en los primeros pasos sobre esto. Aunque la ciencia no encuentre jamás la forma de aumentar el número de los vasos sanguíneos en su "pia mater", podrá algún día decir qué es lo que se puede comer para aumentar la habilidad mental, o para mejorar la calidad de sangre en las células cerebrales.

Desde hace siglos los científicos vienen tratando de encontrar lo que constituye la diferencia entre un cere

(Continúa en la página 55)

LA MUJER QUE SE...
(Continuación de la página 13)

ción, la brasileña sonrió con una sonrisa mala, amarga y dolorida. Ugalde, advirtiéndolo, guardó silencio. Ella continuó:

—Le haré a usted gracia de detalles nauseabundos. Pero sepa usted estos tres hechos, en su concreta ignominia: a la semana de casarnos, con un engaño, mi marido me hizo firmar en un papel, y — luego lo supe — extrajo de un banco toda mi crecida dote. A los dos meses, una noche, desapareció de casa con mis alhajas, y cuando regresó a los pocos días, en un estado de excitación lamentable, fué para exigirme que pidiera más dinero a mi padre, o que lo procurase del modo que fuese...

Aquello era tan brutal, tan inaudito, y, al mismo tiempo, tan incomprensible, que Ugalde no acertó con la frase que expresara su estupefacto horror. Por todo comentario, le tomó una mano y la retuvo entre las suyas, mirándola con emoción, al borde del anonadamiento.

—"¡C'est la guerre!" — murmuró ella con una mueca de sonrisa, mientras parpadeaba, nerviosa, para que no se le saltaran las lágrimas.

—¡Pero, Susana! ¡Eso es monstruoso! ¡Y, la verdad, no entiendo cómo!...

—"¡C'est la guerre!" — le interrumpió ella, la mirada abstraída, como hablando consigo misma. Y prosiguió la narración.

Su marido, si un real héroe de la guerra, había sido también una de sus verdaderas víctimas.

Como una gran parte de los aviadores de todos los países en lucha, él había caído bajo la garra de los estupefacientes. Tal aberración, por lo demás, fué casi inevitable entre los que peleaban en los aires. Tenían que volar, jugándose la vida a cada minuto, todos los días y todas las noches, durante meses enteros, haciendo terribles derroches de bravura y resistencia física. Pero ésta se agotaba inexorablemente a las pocas semanas de aquella existencia infernal. Entonces había que procurarse las fuerzas para seguir volando y luchando por cualquier medio. Muchos pilotos bebían; pero la mayoría, no encontrando en el alcohol el estimulante apetecido, se inyectaban drogas que mantuvieran artificialmente sus nervios, hasta lograr la feroz tensión requerida. El marido de Susana fué uno de los que retuvieron, a tal precio, el coraje y las energías más allá de la humana capacidad. E irremisiblemente dominado desde entonces por la morfina, ya fueron posibles en él todas las degeneraciones, todas las miserias...

—Hace unos meses, al fin, he podido obtener el divorcio. No ha sido empresa fácil. El que fué mi esposo es, con justicia, admirado en Francia por su heroico comportamiento en el campo de batalla. Los jueces franceses no podían menos que inclinarse a su favor, resistiéndose a reconocer culpable de tan feos delitos a un militar glorioso. Por otra parte, la evidencia material de sus espantosos vicios — la morfina trajo los demás, — era de muy dificultosa demostración... ¿Y sabe usted en qué consistió la prueba? En la anotación de nuestros nombres, hecho el mismo día de nuestro casamiento, en el libro registro de un hotel infamante.

—¿Es posible? ¡Qué horror!...

Antes de continuar, Susana hizo una pausa, abismándose en sus recuerdos. Ugalde, acariciándole suavemente una mano entre las suyas, callaba. Ella siguió diciendo:

—Yo acababa de dejar el colegio, y apenas sabía nada del mundo. Pero había viajado recientemente por Inglaterra con mi padre, y recordaba que al llegar a un hotel, lo primero que hacíamos era dar nuestros nombres, que los anotaban en los registros del establecimiento. Cuando la noche de nuestro enlace entramos en París, en el hotel elegido por mi esposo, observé que omitíamos aquella formalidad. "¿No hay que inscribir aquí los nombres?", pregunté ingenuamente. Él habló unas palabras en voz baja con un hombre que había detrás de un mostrador, y aquel individuo sacó un cuaderno grande, lleno de polvo, de un cajón. Allí firmamos los dos... ¡y aquello me salvó! Mi abogado esgrimió tal constancia. ¿Cómo no iba yo a condenarlo, por flagrante inmoralidad, al hombre capaz de llevar a tal sitio a su propia mujer una criatura en mi caso, — el mismo día de la boda?

—¡Qué infamia! ¡E innecesaria, que es lo más inicuo!...

—Innecesaria, en efecto. Pero la droga había envenenado el organismo y también la conciencia del pobre héroe...

Su tono de piadosa disculpa se transformó en un acento de sarcástica fatalidad al volver a repetir: — "¡C'est la guerre!"...

EL OLVIDO EN LA RISA

—Ahora ya conoce usted la historia de mi vida — dijo a Ugalde, Susana, — y ya comprenderá por qué, cuando me río, me río "con todo", como usted dice. Y es que yo también necesito aturdirme, olvidar, mantener mis fuerzas artificialmente. ¡Y me emborracho de risa, como el desventurado con quien me casé se embriagaba con morfina!...

Susana rompió en un sollozo. Fué una explosión histérica que duró breves segundos.

Ugalde la dejó llorar un buen rato. Comprendió que aquellas lágrimas le hacían bien, y no intentó consolarla con frases, todas banales y extemporáneas en tales circunstancias. El diplomático se limitó a tomarla por los hombros, apoyándola contra sí delicadamente. De vez en cuando le acariciaba el cabello, murmurándole alguna palabra afectuosa.

—¡Susanín!... ¡Pobre Susanín!...

El llorar, en efecto, debió calmarla, porque al cabo habló con total serenidad, ya rehecha de su crisis de nervios.

—Y bien, señor diplomático — le instó de pronto en tono jovial. — Ahora que yo se lo he dicho ya todo, ¿me contará usted lo suyo?

—¿Lo mío, Susanín?

—¡Claro! Usted también ha debido tener un descalabro sentimental, y muy reciente. Lo ha dejado usted traslucir, con sus actitudes y palabras, en varias ocasiones...

Ugalde habló brevemente, con sinceridad. "Lo suyo" había sido una estupidez, un necio incidente sin mayores consecuencias. No valía la pena referirse a él, y mucho menos después de haber escuchado una historia así.

Clareaba, y se despidieron, "hasta luego", con emocionada ternura.

"THE END"

Al llegar el "Cap Arcona" a Río de Janeiro, subió en seguida al buque un caballero de edad, en cuyos brazos se precipitó Susana.

—"¡Ma petite Susy!" — decía el anciano entre lágrimas de gozo, mientras cubría de besos sus mejillas.

Susana le dijo unas palabras al oído, y radiante y confusa, presentó Ugalde a su padre. Éste no se conformó con el apretón de manos, y abrazó al diplomático con alegría y efusión.

Sólo unas horas había estado el "Arcona" en Río, pero Susana y Ugalde tuvieron tiempo de comprar dos anillos, y hasta de hacer grabar en ellos unas iniciales y una fecha.

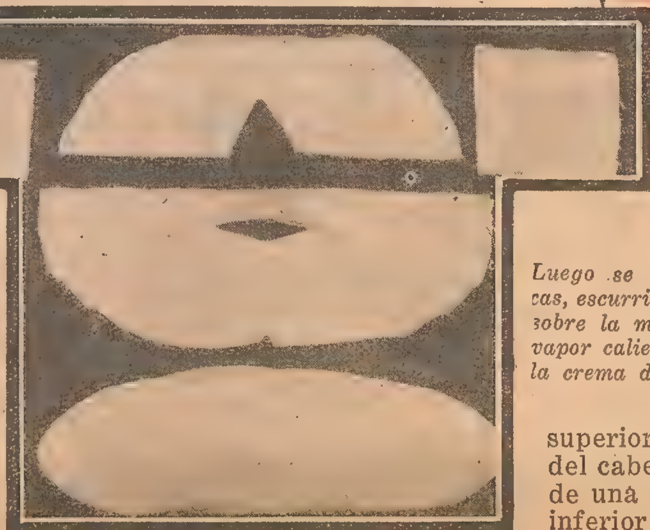
La misma, por supuesto, en ambos.

FIN

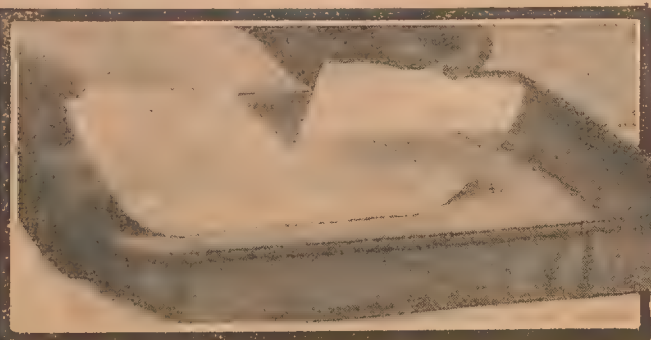
Un nuevo masaje facial
para las arrugas y el cutis seco
La máscara de miel protege y aclara el cutis

Se deben cortar juntas las dos capas de material, una de muselina cruda y la otra de batista, para conseguir una máscara más uniforme y que ajuste mejor.

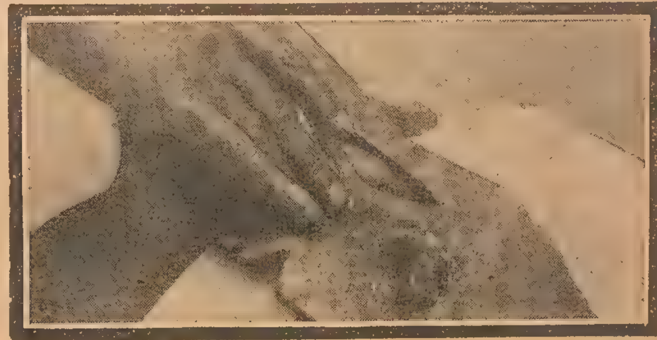
Luego se aplican toallas turcas, escurridas en agua caliente, sobre la máscara, para que el vapor caliente haga penetrar a la crema de miel en los poros.



Partes de la máscara, incluyendo los cuadrados para los ojos.



Los diferentes pedazos deben empaparse en cera de abeja derretida, como enseñamos en el grabado.



Después que los pedazos han sido empapados en cera de abeja, se les unta con una capa espesa de crema de miel antes de aplicarlos sobre el rostro.

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Por

Josefina HUDLESTON

LOS tratamientos a base de miel, se han estado popularizando durante los últimos años, pero, como muchos antiguos favoritos de los círculos de belleza que ahora fomentan algunos expertos inteligentes de la belleza moderna, no conquistaron la inmediata popularidad que merecían, porque la señorita moderna no se siente inclinada a favorecer tales tratamientos cuando sabe que son métodos conocidos y empleados hace años por su abuela.

Sin embargo, cada temporada los salones de belleza hacen masajes faciales de miel, en alguna u otra forma. Esta insistencia en un tratamiento tan antiguo no puede menos que revelar lo beneficioso que resulta para el cutis.

Sé que están ansiosas por aprender sobre el masaje facial que sugieren los grabados, que en este caso es con miel para corregir una sequedad excesiva de la piel, ya sea por causas naturales o por los estragos del sol, viento o agua, durante las actividades deportivas.

Primeramente debe comprar como medio metro de muselina cruda y medio metro de batista de calidad mediana. Los dos géneros se deben cortar juntos para que los pedazos se ajusten prólijamente.

Para cortar el material con mayor ventaja, se puede seguir el siguiente plan: Doble los dos pedazos de género en el medio. La sección que se debe cortar primero es la de la parte superior del rostro. Debe medir aproximadamente unos 18 centímetros de ancho y 13 de largo. La parte superior de este pedazo, que ajusta la línea del cabello, debe ser redondeada en la forma de una media luna. En el medio de la parte inferior se corta un triángulo para la nariz.

La sección para la parte inferior del rostro debe medir como unos 23 centímetros de ancho y 13 de largo. En el centro de este pedazo corte una pequeña abertura para la boca. Luego debe cortar un pedazo de forma ovalada, para el cuello, como de 23 centímetros de ancho y 8 de largo. Los dos pedazos cuadrados son para los ojos y deben medir alrededor de 7 centímetros cuadrados.



Después de la máscara de crema de miel, se debe aplicar una máscara astringente para cerrar los poros.

Es esencial limpiar perfectamente el cutis con una crema de limpieza antes de comenzar el tratamiento, para que todas las impurezas menores y aceite natural desaparezcan de la superficie de la piel.

Luego se endurecen estos pedazos. Para ello se emplea cera de abejas que se derrite en un recipiente chato. Se sumergen los pedazos de las dos clases de tela en la cera derretida hasta que estén bien saturados. Al terminar cada pedazo, se le debe extender en una hoja de papel encerado y dejar allí hasta que esté completamente seco. Esto es necesario porque si no, se pegarían a la mesa o lugar donde se coloquen para secar.

La máscara se puede hacer en cualquier momento y cuando los pedazos están secos se pueden guardar, listos para usarlos cuando los necesite.

Esta máscara se puede usar nuevamente, siempre que se limpie muy prólijamente después de cada tratamiento. Todo rastro de crema de miel (explicamos esto más adelante), debe ser raspado de la máscara y luego se la debe sumergir nuevamen-

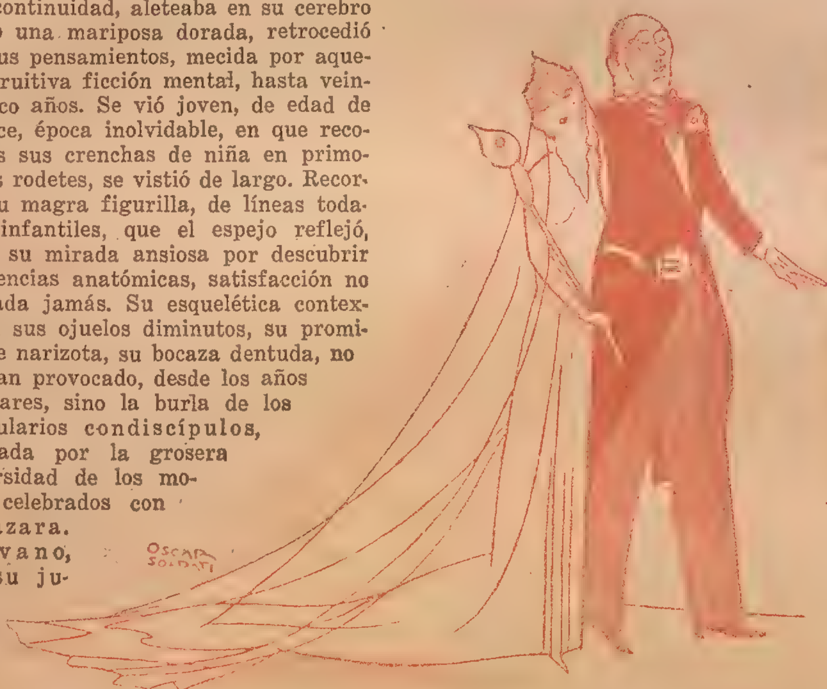
(Continúa en la página 61)

Despertar

Un cuento de EDUARDO O. ZAPIOLA

Al despertar Berta esta mañana, se sacudió, prestamente, del sueño hondo y deleitoso que la poseyera, abriendo sus ojos, curiosos, el mirar ávido, a la realidad de su alcoba de soltera. De súbito se sintió envuelta — cuerpo y espíritu — en el velo de una pesadumbre que, de tan liviana, fuése paulatinamente disipando, que tan cercana estaba la impresión del sueño experimentado. Recordándolo, con delicia, prosiguió gustándolo despierta.

De espaldas en el lecho, los ojos fijos en un trazo de tenue claridad albar, que se retrataba sobre el fondo del encalado muro, su vista descansaba allí, ajena en el trance, como sus oídos, a toda realidad exterior. Acicateada Berta, por la vehemencia del recuerdo que, sin continuidad, aleteaba en su cerebro como una mariposa dorada, retrocedió en sus pensamientos, mecida por aquella fruitiva ficción mental, hasta veinticinco años. Se vió joven, de edad de quince, época inolvidable, en que recogidas sus crenchas de niña en primorosos rodetes, se vistió de largo. Recordó su magra figurilla, de líneas todavía infantiles, que el espejo reflejó, ante su mirada ansiosa por descubrir turgencias anatómicas, satisfacción no lograda jamás. Su esquelética contextura, sus ojuelos diminutos, su prominente narizota, su bocaza dentuda, no habían provocado, desde los años escolares, sino la burla de los perdularios condiscípulos, colmada por la grosera diversidad de los motes, celebrados con algazara. En vano, en su juventud, osó aderezarse el rostro con afeites: la pomada para las pestañas, la pasta roja para los labios, el colorete para sus mejillas amarillentas y descarnadas, no pudieron, no ya enmendar, siquiera disimular aquella deplorable obra de la naturaleza, quien le había escatimado, con egoísmo excepcional, sus menores dones... Por supuesto que, por la calle, no oyó una lisonja jamás, sino despiadadas mofas, y hubo ocasión en que, herida por la sandez de un descarado que aludió a su fealdad, ella se detuvo para inquerirle, con dulcedumbre: "¿Por qué no es usted generoso?"



Por el cerebro de Berta cruzó, fugazmente, dejándole su lancinante resquemor, la procesión de los recuerdos descriptos. Sus ilusiones fracasadas y sus esperanzas fallidas... Pero, ¿qué sueño fué el suyo que llegó a remover las cenizas de sus pretéritas amarguras?

Comenzó de esta guisa: Habíase visto enfrentada, de pronto, a una espesa muchedumbre de gentes, que la observaban con exaltada curiosidad. Era ella quien constituía la atracción exclusiva del espectáculo, episodio que, en un principio, la amedrentó. ¿Qué acontecimiento era aquél?... La muchedumbre se revolvía, frenética, clavándole, como múltiples estiletes, sus ojos, con una avidez que la causaba sobresalto. Vióse duplicada su personalidad, contemplando, a distancia, su propia imagen, ataviada con albos arreos nupciales, y portando en su diestra un ramillete de azahares fraganciosos. Advertíase descendiendo con singular donaire de una lujosa carroza, cuya armazón despedía brillazones ígneas y cuya portezuela abría un lacayo galoneado, reverenciosamente, al punto que su inminente esposo hacía lo propio desde otro carruaje similar, detenido breve trecho tras del suyo.

Ella daba bracete al padrino, caballero a quien jamás había visto y que llevaba una escopeta en bandolera, mientras él, ¡él!, garboso y acicalado, daba, a su vez, el brazo a una dama de gallardo aspecto, la madrina, sin duda, a quien tampoco conocía, y que llegó, lo más ufana, jinete en descomunal avestruz.

Aparte los desatinos narrados, el acto tomó luego un cariz decididamente normal. Entre una doble fila de personas apeñuscadas, avanzó hacia el portalón de un templo de majestuosa fachada y cuyo interior de un lujo fastuoso, la deslumbró. Las lucernas y el altar mismo, donde la desposarían, eran una fiesta de luces esplendorosas. Sus dedos le pesaban, cuajados de sortijas y sus antebrazos lucían ajorcas consteladas de rubíes magníficos... Mientras, despaciosamente, dirigíase hacia el altar, por el alfombrado pasillo de la nave central, inclinaba con gesto grácil la cabeza, en saludos a derecha e izquierda, para agradecer a sus amistades, que se habían escalonado a lo largo a fin de cumplimentarla con sordas pero expresivas palabras de ensalzamiento: "¡Parece un ángel!... ¡Está bellísima!... ¡Es encantadora!...", oyó en medio de un murmullo apacible que la halagó hasta el frenesí... En seguida vióse de retorno hacia la calle, enardecida más aún de gozo, y dejando nuevamente tras sí una estela de frases de alabanza. Al pisar el atrio — siempre del brazo de su flamante compañero, que inclinaba su rostro sobre el de ella, amorosamente — unas amigas bulliciosas le quitaron, sin miramiento, su simbólico ramillete de boda, distribuyéndose las florecillas como preciado botín... Luego, la escena se desvaneció, como ante un ensalmo y fué entonces cuando abrió sus ojos curiosos, el mirar ávido, a la realidad de su alcoba de soltera...

La evocación de felicidad, tan breve, la había postrado en muelle laxitud. En vano exprimía su memoria para

(Continúa en la página 50)

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

No se publicarán las poesías enviadas por:
"J. Q.", de Rosario.
"Rosithé B. G.", de Tucumán.
"R. C."
"Antonieta", de Oliva.
"A. G. C.", de Tucumán.
"R. L. C.", de Mercedes.
"Penumbra", de Espartillar.
"M. S."
"Amor apasionado", de capital.
"P. B.", de Villa Larroque.
"I. P. B.", de Concordia.
"J. C. P.", de capital.

● ●

SI LA NATURALEZA fué pródiga con usted, dándole ese físico agraciado, tiene razón quien le pide que no use afeites. ¿Qué mejor que lucir las galas naturales de su radiante juventud? Ahora, pasando al otro punto: si no es usted la que con sus coqueterías provoca esas pruebas de admiración, no veo la causa de esos terribles celos; es peligroso eso de que se enoje hasta porque la miran. Yo no quiero presionar sus sentimientos, pero dada la edad y el temperamento de ese joven, le aconsejo piense bien si le conviene seguir adelante.

Cdo. a "Entrerriana que espera", de Villaguay.

¡Primavera, época propicia al [amor!
¡Primavera, juventud del año!
¡Juventud, primavera de la vida!
CARDUCCI.

¿QUE CAMINO DEBE TOMAR? Si él con ruda franqueza le manifestó que la felicidad a su lado era imposible y que no podia cumplir con su palabra por los compromisos que tenía con esa "señora", responda a sus nuevos requerimientos con el silencio y la indiferencia. No debe estar supeditada a los caprichos de ese hombre.

Cdo. a "Ignorante afligida", de Echenagucia.

● ●

DE LA LECTURA DE SU CARTA he llegado a la conclusión de que desilusionó a ese joven con su manera de ser. Cuando usted comprendió su error y quiso cambiar, fué tarde; sólo encontró en él la indiferencia, hasta el punto de que no titubeó en aceptar el rompimiento después de cinco años. No me parece acertado que ahora se humille para obligarlo a volver; déjelo que él obre de acuerdo a los dictados de su corazón. Si el desengaño no ha sido completo y algo queda del amor que un día le juró..., volverá. Que esta cruda enseñanza le sea de provecho en lo sucesivo.

Cdo a "Indecisa", de Coronda.

● ●

DESENGAÑESE, AMIGUITA; a mi parecer ese joven no está enamorado de usted. Como se trata de una persona tan educada, la atendió respondiendo a sus demostraciones y a los continuos requerimientos de parte suya. Por otra parte, ¿cómo cree que va a desperdiciar las ocasiones que usted le brinda? Convénzase: por rara que sea una persona cuando ama, deja las rarezas a un lado y se deja dominar por ese dulce sentimiento que todo lo avasalla.

Cdo. a "Alma que sufre", de Rosario

COBARDIA

Por AMADO NERVO

Pasó con su madre: ¡qué rara belleza!
¡Qué rubios cabellos de trigo garzul!
¡Qué ritmo en el paso! ¡Qué innata realeza
de porte! ¡Qué formas bajo el fino tul!...
Pasó con su madre; volvió la cabeza,
me clavó, ¡muy hondo!, su mirada azul...

Quedé como en éxtasis... Con febril premura:
— ¡Síguela! — gritaron cuerpo y alma al par...
Pero tuve miedo de amar con locura,
de abrir mis heridas, que suelen sangrar,
y no obstante toda mi sed de ternura,
¡cerrando los ojos la dejé pasar!

ELLA ES UNA MUJER seria, correcta, y dado el delicado puesto que desempeña, es natural que no quiera que usted se le acerque a hablarla en la calle, pues ello podría dar motivo a la murmuración. Sea discreto, no la comprometa, ya que Cupido lo ha herido tan hondamente esta vez; busque otros medios para que la hermosa viajera se entere de su ternura. Escríbale o trate de encontrarse con ella en algún sitio adonde concurra.

Cdo. a "Amor de corazón", de Tucumán.

EL ENLACE DE LA SEMANA



Josefina Quirno Lavalle, el día de sus nupcias con Hernán Ayerza.

● ●

NO LE CONVIENE ese candidato que no cumple con nada de lo que promete. Por otra parte, él parece estar queriendo provocar un rompimiento, pues no creo que a otra cosa conduzcan esos continuos arranques de mal humor y el afán de que no lo vean en su compañía, además de esas ridículas prohibiciones.

Cdo. a "Desdichada", de Chacabuco

● ●

PIDALE A ESA SEÑORITA que le explique la causa de manera de proceder; si le da una respuesta satisfactoria, sea indulgente esta vez, pero dele a entender que no es de su agrado que se repitan hechos de tal naturaleza.

Cdo. a "Lingueño agradecido", de capital.

EL AMOR, ESENCIA DE LO BELLO, EMANACION PURISIMA DEL EDEN, FUENTE DE CONSUELO, OBSEQUIO ARROBADOR DEL CIELO, EL AMOR ES LA VIDA DEL ALMA.

SU CARTA me causó profunda extrañeza. ¿Cómo se explica que viviendo en nuestra tierra sus padres puedan oponerse a que atienda a un joven lleno de méritos que seguramente honraría a su familia por el solo hecho de ser argentino? Si ellos son extranjeros que piensan con ese criterio egoísta, debieron haberse quedado en su país natal. Yo no puedo aconsejarla en su caso.

Cdo. a "Colegiala pretendida", de Rosario.

● ●

1º **ESTANDO DE LUTO** no debe enviar esa misiva amorosa dentro de un sobre floreado.

2º Si no está del todo enamorado de su sobrina y tiene esos temores respecto a la descendencia, ya que se le presenta la oportunidad de alejarse, haga el viajecito a Córdoba. Esa separación le servirá para poner a prueba su cariño.

3º Soy mujer.

Cdo a "¿Casarme o a Córdoba?", de Tucumán

● ●

EL QUE HAYA IDO a almorzar a casa de una familia amiga, no considero motivo suficiente para que su novio quiera romper su compromiso. Lo que seguramente lo habrá decidido a tomar tal medida es el conocimiento de la enfermedad contagiosa que padece su hermano. Pídale una explicación y que le hable con sinceridad. Por dolorosa que sea la verdad es preferible a la incertidumbre que hoy la domina.

Cdo. a "Rubia", de Junín

(Continúa en la página 61)

SOLO EL AMOR PUEDE REDIMIRNOS



Don Fermín por DANTE QUINTERNO





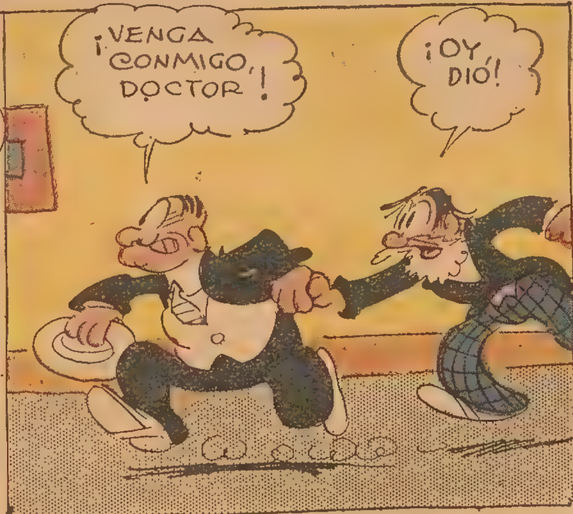




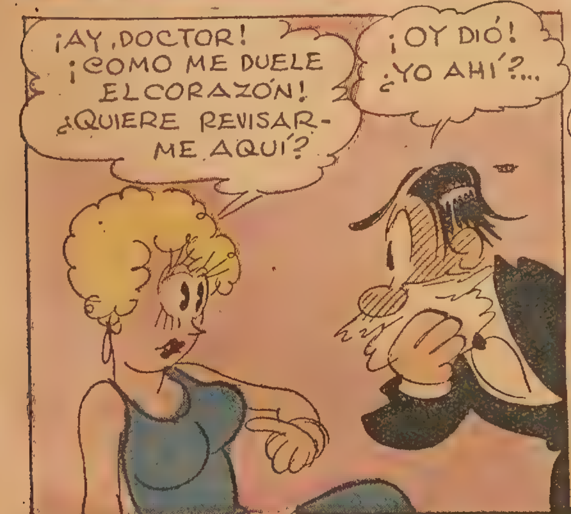




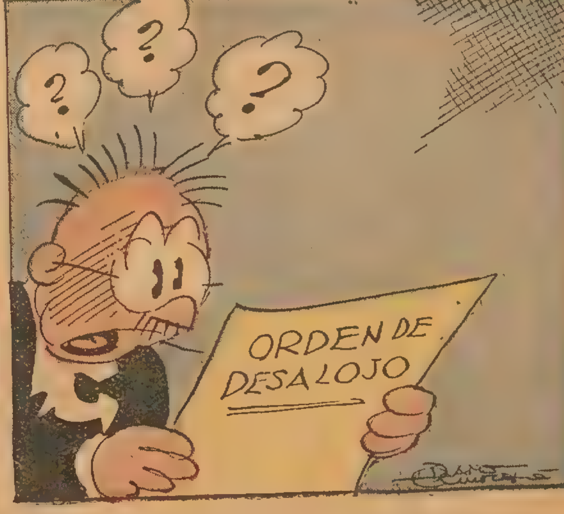












CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING




RICHARD DIX, visto por nuestro colaborador F. O. Marchino, en "Cimarrón".

JANNINGS son los astros que me pides.
a Búfalo joven.

★ Haz el favor de no complicarme la existencia. Si quieres algo con ese señor, averigua su dirección y mójale la oreja. En "Hablan los lectores" nada tengo que hacer. Especialmente cuando son las lectoras las que hablan...
a Melchor.

★ Tu dibujo es muy bonito y te lo publicaré si me envías tu nombre y dirección. De lo contrario irá a parar a mi álbum particular...
a Juvencia.

★ Esa RUTH HALL que de tal forma te ha flechado es novia de un cameraman del estudio donde actúa. ¡Pero no te aflijas! Esta carta, que puedes remitirle a METRO GOLDWYN MAYER STUDIOS, CULVER CITY, CALIFORNIA, es tan dulce, tan llena de amor y de esperanzas, que no creo que ella se resista... a enviarte su foto si le adjuntas veinte centavos oro en estampillas: **Dear Ruth; may I apply to you, the most attractive movie star I have seen in pictures, asking you to be so kind as to favour me with one of your photos? Will one of your greatest argentine admirers have the pleasure of getting it? If afirmative you can be sure I shall appreciate it same as much as your wonderful talent on the screen** (Firma.)
a Un corazón de estopa.

Una expresión característica de LAWRENCE TIBBETT, bien tomada por Ramón R. Rodríguez, de Los Nogales (Tucumán)

★ El halcón de Malta fué interpretado por RICARDO CORTEZ y BEBE DANIELS. En La casa de los cuatro crímenes, JEAN ARTHUR y FLORENCE ELDRIDGE (esposa de Fredric March) tenían los principales papeles femeninos. CORINNE GRIFFITH filmó ya Lily Christine en Inglaterra con Colin Clive, el héroe de Fin de jornada. PEGGY SHANNON se llama en realidad Winona Sammon.
a Honoria Tojo.

La sonrisa de JOAN BLONDELL, bien reflejada por Heldita, de capital.

★ Tu dibujo de NORMA SHEARER es muy bonito. Recibe mis felicitaciones y el deseo de que continúes colaborando en esta página.
a Hugo R. Nigro.

★ RAMON PEREDA no tiene dirección fija, pues anda haciendo jiras teatrales por Méjico y Estados Unidos. Tendrás, pues, que esperar a que consiga empleo.
a S. R. M.

★ ¡Así me gusta que sean mis lectoras! ¡Que recojan el guante cuando alguien se lo tira! ¡Precisamente para esto he hecho la sección "Hablan los lectores"! ¡Para que luchen intelectualmente entre ellos; para que sepan sostener un aserto cuando alguien se lo refuta; para que den opiniones con fundamento; para que no digan que Fulano es mejor que Mengano por el solo hecho de decirlo! Demasiado sabía yo que a poco de iniciada la sección habría estos debates. ¡Muy bien, Montielera! ¡Pero muy bien!
a Montielera.

★ Envíame tu nombre y dirección, o de lo contrario no podré publicarte tu colaboración.
a La Gioconda.

★ Prueba de pedir su foto a Mona Maris sin remitirle dinero alguno. Puede que como compatriota te haga una excepción. Escríbele a Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California.
a Enam. de M. Maris.

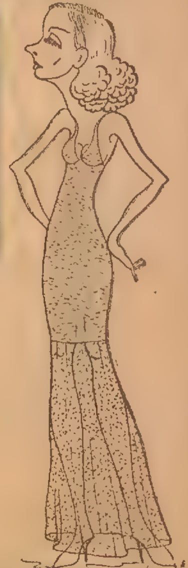
★ Hijo mío, si estás, como dices, tan terriblemente enamorado de JANET GAYNOR, vete a Hollywood y trata de conquistarla. Pero te aconsejo que tengas cuidado con Lydell Peck, su esposo, que es un grandote que mide m. 1.92...
a Loco por ella.

★ Algunos de tus dibujos han sido aceptados y otros no. Espero que me envíes más. No se sabe cuándo regresará Greta a Hollywood. Al irse dijo que si volvía lo haría pesando siete kilos más. Y como, al parecer, en Hollywood aumentaba catorce gramos por semana... Ella no tiene ahora direcciones en la Meca, aparte de que es inútil que le escribas, pues no te contestará. Aquí han sido filmadas muy pocas parlantes, entre ellas La vía de oro y La barra de Taponazo.
a Juan B. Prieto.

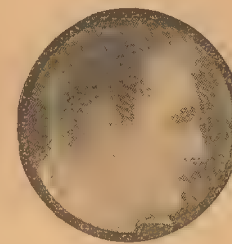
★ Si quieres que publique tu colaboración, haz el favor de pedirlo, sino encarecidamente, por lo menos demostrando un poquito de cultura. Ese "Publíquenlo pronto", así, a secas, hará que no se publique nunca, y que tu escrito vaya derechito al canasto. Estoy demasiado acostumbrado a que mis lectores intimen conmigo, me hagan bromas y me hagan notar los errores en que incurro, pero no puedo acostumbrarme a que me den órdenes con tal brusquedad.
a Marcelo Rix.



Una magnífica impresión del rostro de JOAN CRAWFORD, tomada por Armando Páez Torres, de Rosario de Santa Fe.

Así ve a GRETA GARBO nuestro colaborador Ramón R. Rodríguez, de Los Nogales. (Tucumán)

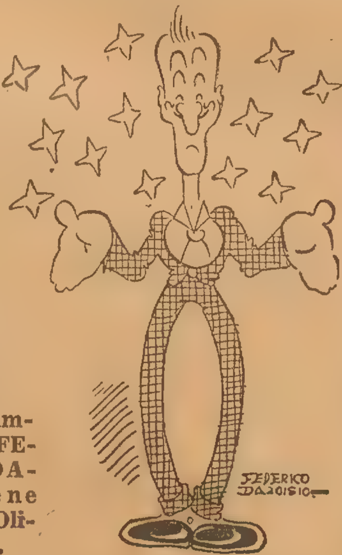



El perfil de JOHN BARRYMORE visto por Armando Páez Torres, de Rosario de Santa Fe.

★ ¿El misterio del cuarto amarillo? ¡Pssss! ¿El perfume de la dama vestida de negro? ¡Pssss! LIA TORA no es bizca. La actriz preferida de Ramón Novarro es LILLIAN GISH, la etérea, la blanca, la suave Lillian. Tu primer pedido no me enfada. Antes bien, me halaga, pese a que no puedo satisfacerlo por cualquiera de las doscientas ochenta y tres causas que he expuesto sobre ese particular.
a Ojos negros.

★ LON CHANEY se fué, ¡ay!, para no volver, el 26 de agosto de 1930 de resultas de una hemorragia a la garganta. Su mejor película fué El jorobado de Notre Dame. ANITA PAGE es soltera, y dice tener 22 años (de edad y no de actuación en el cine). Creo que la mejor película de guerra que se ha filmado es Sin novedad en el frente. RAMON NOVARRO tiene 33 años, RALPH GRAVES 32, CONCHITA MONTENEGRO 21, JOAN CRAWFORD 24, MAURICE CHEVALIER 33, JOAN BENNETT 21, IMPERIO ARGENTINA 26, (más o menos) y MADGE EVANS 23, MARIE DRESSLER, MARLENE DIETRICH, CHARLES CHAPLIN y EMIL

★ Tienes razón en todo lo que me dices con respecto a la tumba de RODOLFO VALENTINO. No sé qué interés pueden tener en zarandearlo tanto al pobre. Para mí que se aprovechan porque él no dice nada...
a ¡Pobre Rudy!





Esta es la impresión que FEDERICO DALOISIO tiene del cómico Oliver Hardy.

★ GRETA no se ha retirado del cine. Ha ido a Suecia a descansar sencillamente. JOSE MOJICA tiene 35 años. Aquí tienes la carta que puedes dirigir a MARLENE: **Dear madam; would you be so kind as to send me one of your photos. I am one of your admirers and should like very much to have one. Thanking you for your kindness I remain yours truly (firma).**
a Un ferv. adm. de Greta.

★ Puedes dirigirte a la dirección de Patagonia Film, Ayacucho 552, exponiendo tus deseos. En cuanto a esa amabilidad que tengo para mis lectores, suele fallar, lo confieso. Pero muy rara vez ocurre.
a Grito en la selva.

★ Si la cinematografía europea logrará o no imponerse a la americana, es algo que no te lo puedo decir. Sólo el tiempo podrá demostrarlo. Pero de lo que puedes estar segura es de la existencia de esa atracción que tú le

niegas a la Meca del cine. ¡Es inútil negarlo, amiguita! Hollywood me recuerda a la querencia del gaucho. Tira..., tira mucho... Y si no ahí tenemos el ejemplo en **CORINNE GRIFFITH**, que desde Inglaterra ya está en trámites con varias productoras norteamericanas para retornar a sus antiguos estudios...

a **Teresa Lozabal.**

★ **RODOLFO VALENTINO** tenía al fallecer 30 años. **ROBERT MONTGOMERY tiene 28.** La seriedad de **BUSTER KEATON** es tan verdadera como los pies de **Chaplin**, la juventud de **Gloria Swanson** y el aire misterioso de la sueca. Sólo en la pantalla se ven...

a **Florentino Di Suise.**

★ Nabucodonosor estimado; contra ti, que has recibido gratuitamente esa foto de **NORMA SHEARER** se alzan doscientos lectores que no han visto más que una tarifa de precios. Ya ves si tenía motivos para decirte eso al oído...

a **Nabucodonosor.**

★ En mi opinión, **RODOLFO VALENTINO** cobró más fama por buen mozo que por buen actor. **(Después de esto aguardo la avalancha de censuras que a buen seguro me llegarán.)** Si murió joven fué sencillamente porque ese era su destino y no porque fuese o no calavera. En cuanto al número de novias que tuvo no lo conozco, aunque creo que no debía ser muy crecido.

a **Mechita.**

★ **El hombre y el monstruo** me pareció una buena película. La próxima vez que envíes una colaboración para **"Hablan los lectores"** te ruego que la firmes y pongas tu domicilio, o, por lo menos, la localidad donde vives.

a **Ñatita preguntona.**

★ **JAMES HALL** se llama en realidad **James Hamilton, PAULINE FREDERICK (Pauline Libby), HELEN KANE (Helen Schroeder)** y **GRETA GARBO (Greta Louvisa Gustaffson).** Sí; **El milagro de la fe,** con **CHESTER MORRIS** y **LILA LEE** es la versión parlante de **El hombre milagroso** hecha por **LON CHANEY** y **BETTY COMPSON.**

a **Troglodita.**

HABLAN LOS LECTORES

Protesto; por aquellos que habiendo visto una película se la cuentan a la novia o al amigo, con el resultado de que el espectador que está a su lado conoce el argumento entero antes de que la cinta finalice.

Domingo Cutri (Rosario de S. Fe).

Recuerdo haber leído hace poco en esta tragicómica sección cierta alusión a las relevantes aptitudes que, dice, revela Ramón Novarro en "Sevilla de mis amores". Sinceramente, amigos "payucas", hemos de persuadirnos, pese a nuestra condición de semibárbaros, de la imponderabilidad exquisita y del discernimiento crítico magistral inherentes a esas porteñitas volubles, delicadas, gráciles... Por regla general el ser humano se adapta a la idiosincrasia de otro cuando concuerdan en constitución, en gusto o ya en actitudes. De ahí, pues, que no sea extraña la aureola eminente de popularidad que rodea esa cinta. Como que su eminencia se parece inmensamente a la modalidad clásica impuesta por el protagonista con su mímica de damisela...

Elías Abdó (Alta Italia, Pampa Central).

Después que la brillante y no fútil estrella Marlene Dietrich nos brindó películas como "Marruecos", "Fatalidad", y "El expreso de Shanghai", todavía hay quien manifiesta que su actuación ha sido mediocre y que no merece la popularidad de que goza entre los aficionados. Señor Andrés Clerici: no han sido las piernas de la artista lo que ha mareado a sus admiradores, sino toda ella y todo su arte.

Pascual Liguori (Capital).

¡Por fin tengo el gusto de poder dar mi opinión sobre el arte de la pantalla! Lo que más me choca es ver con qué injusticia se hace tanta propaganda en favor siempre de los americanos. Y esta injusticia es mayor en cuanto se refiere a las mujeres. Olga Schechowa, por ejemplo, es una actriz muy espiritual y con verdaderos méritos. Sin embargo, jamás revista alguna se acuerda de elogiarla.

Raúl S. Oviedo (Chaco).

Al señor Andrés Clerici: Tú que clasificas de insidiosa la popularidad de Marlene; de mediocre su actuación y de osadía la clasificación de insuperable que le damos, es seguro que sufres de miopía complicada con el mal gusto. Decir que a nosotros la alemana nos mareó con sus piernas, es como decir que a los garbistas, incluso tú si lo eres, la sueca los ha hipnotizado con sus "piececitos"...

Ego Sudini (Bragado).

Títulos sugestivos..., en el fondo todos iguales, todos con idéntico argumento. Amor, amor y... más amor... ¿No se dan cuenta los productores americanos que los americanos exigimos algo americano? ¿Continuaremos soportando esto? ¿O podremos admirar más adelante películas de la talla de "El campeón"? ¡La neosensibilidad americana de 1932 así lo desea!

Angel Villalba (Charata, Chaco).

Indudablemente, la gran mayoría del público se deja sugestionar por una activa propaganda. ¿Cómo explicar si no el éxito de "Frankestein", "El perfume de la dama de negro", etc., etc. ¿Y el relativo éxito de "El hombre y el monstruo", "Dactylo" y "Remordimiento"?

Alberto Oser (Capital).

Un cuento de ALBERTO DORRINGTON

El ENEMIGO

NARCISO Farraday salió del teatro Imperial con el paso del hombre vencido, enferma la voluntad.

— Es lo único que podemos ofrecerle — le había dicho el empresario, aquel mismo que dos años antes le había contratado por 2.000 libras mensuales. — Un papel de camarero con cinco libras a la semana. Espero que más adelante, si mejora usted...

Perdidas estaban las esperanzas de volver a representar un papel que le permitiera recuperar su evaporada popularidad. Farraday tenía uno de esos rostros que quedan grabados en la memoria: ojos expresivos, penetrantes, y una figura mórbida, estatuaria, como convenía a un verdadero ídolo teatral. Pocas temporadas atrás, todas las salas de los teatros y cinematógrafos eran testimonio del entusiasmo de los públicos y la admiración de los críticos más severos. Todo eso se desvaneció de un modo misterioso, ¡y sólo tenía veintiocho años!

Una gran parte del público recordaba aún su brillante actuación en "El cargamento de oro"; su gracia inimitable en "Rabagas".

En palcos y plateas del viejo Imperial se hacían toda clase de deducciones sobre cómo este ídolo de las masas había regresado del África del Sur, destruído el cuerpo, quebrantada la salud, cual si hubiera sido arrollado por las ruedas de su automóvil.

Algunos aseguraban que cierta noche, al salir del teatro de Pretoria, una banda de forajidos le había atacado de un modo brutal. Nadie dió crédito a tal versión, pues ni aun los forajidos de Pretoria podían substraerse al imán de un hombre como Farraday, que era la fascinación misma.

El estado del enfermo, a su regreso a Inglaterra, exigió un tratamiento cuidadoso. El sindicato que había financiado la jira a África, contribuyó generosamente a la curación, hasta que el artista estuvo en condiciones de volver a andar. Respecto a los medios para hacer esto, digamos que consistieron en suministrarle un par de muletas con contera de caucho para atenuar los pasos al apoyarse en ellas.

Aunque la juventud y el vigor suelen ser las condiciones esenciales en el restablecimiento de un enfermo, la curación de Farraday fué lenta y penosa. Las lesiones recibidas de manos de su misterioso enemigo, teníanle como inmovilizado. Otro actor destacado ocupó su puesto en el repertorio, un artista jovial, de voz tonante, y libre de aquella acción penosa que denunciaba al convaleciente, no repuesto aún del todo.

El público quedó satisfecho; pero, aquí y allá, los críticos hicieron notar que Farraday — el astro de hacía poco tiempo — no figuraba en el elenco. Echaban de menos la manera sugestionante de sus gestos y cierta indiferencia por el aplauso, que en los espectadores refinados es muestra de distinción. Esto, unido a la necesidad de sacar al artista de su indigencia, hizo que el sindicato le confiara papeles ínfimos de viejo, con poco diálogo y un sueldo de cinco libras por semana.

Así pudo pasar los días fríos, a la espera de la primavera, que le encontraría con las mejillas más coloreadas y en condiciones de precindir de la limosna que aceptaba con resignación.

Lleno de pesadumbre, se encaminó a la pensión, donde la patrona le abrumaría con sus cacareos sobre los astros caídos, que obligan a las pobres dueñas de pensión a compartir sus infortunios. Disponíase a comer el par de sandwiches y el café de todas las noches, cuando atrajo su atención una carta que había sobre la mesa.

Lleno de inquietud, rasgó el sobre y leyó:

"Estimado señor Farraday: Hace algún tiempo tuve el placer de verle actuar en "El cargamento de oro". Fra esto en Johannesburgo. El papel de caballerito enguantado que usted hacía nos pareció una delicia, en parangón con las lamentables interpretaciones que estamos condenados a presenciar los pobres africanos.

"Voy a regresar a Sud África en mi propio yate, "La Bella Africana", y me haré a la mar el 20 de este mes. Si le es gustoso este viaje, puedo ofrecerle un amplio camarote de popa y abundancia de sol. Mi cocinero es un mago. ¿Debo agregar algo más?

"No se preocupe por sus estimables andrajos, ni por su deshilachada camisa. Soy un minero próspero, que tuvo la fortuna de dar con un filón antes que llegara el "rush".

"Venga a empaparse de aire y sol.

"Su afectísimo admirador,

Guillermo Belmont."

Narciso sintió un goce inefable. ¡Eso era ser un admirador! Fuera de la legión de ricos e influyentes adoradores de antaño, este Belmont era el único que se acordaba de él. Después de recorrer varias veces su desguarnecida pieza, resolvió aceptar la invitación. Ésta, fuera de toda duda, había sido hecha con el designio de serle grato y facilitar su convalecencia.

¿El señor Narciso Farraday? — preguntóle el mayordomo de "La Bella Africana", al llegar a un punto del puerto de Southampton. — Si quiere seguirme, le llevaré a bordo. — Y lo acompañó a un magnífico yate de 2.000 toneladas que se veía atracado a corta distancia.

El mayordomo le explicó que el señor Belmont llegaría al barco unos minutos antes de zarpar. Mientras tanto, el viajero quedó confiado al cuidado del "chef", el cual lo condujo a una de las cabinas de popa, amueblada con gusto y sencillez.

Farraday fué invitado a hacer como bien le pareciera, hasta haber surcado el canal de la Mancha. A cualquier hora se le servirían cuantos platos y bebidas quisiera.

— Señor — díjole el camarero en tono confidencial, — el dueño del barco es muy poco marino, y, por lo general, se encierra un par de días en su camarote, hasta después de haber dejado el puerto. Pero tenga la seguridad de que apenas salga de la cabina vendrá a saludarle.

Pasaron tres días, y Farraday no había visto aún a su anfitrión. Los cielos grises del canal estaban muy distantes, y "La Bella Africana" navegaba hacia el Río de Oro y Bambas Bay, donde Belmont tenía un castillo veraniego, entre palmeras y magnolias, sobre una playa de arenas blancas y refulgentes.

Cierta mañana, a la hora del desayuno, se encontraron en el comedor. Belmont estaba en la cabecera de una pequeña mesa. No había otros comensales.

La primera impresión de Farraday fué de extrañeza y desaliento. No por nada Guillermo Belmont había sido llamado el "Demonio de las Minas". Su cara grande, de expresión adusta, mostraba las cicatri-



—¡"Bink"! — gritó imperativa. — ¡Vuelve a la casa, pronto! ¡Vas a ver lo que te cuesta desobedecer!

ces de una docena de peleas sostenidas en el infierno de los bosques o en los yacimientos de diamantes. Era un gigantón rojo, de cejas enmarañadas y ojos punzantes. Huraño, saludó a Farraday.

— ¿Encontró bien la cabina? — fué la pregunta que hizo sin levantarse.

Narciso dijo que todo estaba perfectamente, como para un príncipe.

— Bien, siéntese — añadió, haciendo a un lado el plato con jamón y huevos que acababan de traerle.

Farraday creyó notar que el "Demonio de las Minas" estaba bajo la sensación del mareo, lo que le movió a preguntarse por qué hombres de su temperamento daban paseos por el mar o tenían yate. No le extrañó esta brusquedad, pues recordó a no pocas personas joviales, a las cuales los pri-

MISTERIOSO

Una aventura extraordinaria, rodeada del mayor misterio, le sucede a un famoso actor por quien las mujeres sentían una irresistible atracción. Pasan los años, y el que fué ídolo del público se encuentra vencido de cuerpo y de espíritu. Una circunstancia fortuita lo hace volver al mismo sitio donde le acaeció el suceso misterioso de antaño, y allí el artista se encuentra frente a frente del ser espeluznante que fué el motivo de su desastre, y halla también los brazos de la mujer querida, que nunca había podido olvidarlo, y que resultan su salvación.

meros tumbos de un barco volvía irascibles y taciturnas.

Belmont humedeció una galleta en el vino, mientras el sirviente presentaba las frutas al actor. Los ojos del "Demonio de las Minas" despedían fuego al fijarse en Farraday inclinado sobre el plato.

— Debe tener en cuenta, señor Farraday, que no es mi hábito hacer la vida fácil a los que se la pueden ganar. — ¡Uf! — exclamó con náusea al sentir el tufo del guiso que le traía el camarero.

El mar se estaba calmando, y antes del anochecer Belmont sentiría renacer el apetito y hasta tal vez le pediría disculpas por su descortesía de la mañana. Además, su situación le imponía toda clase de tolerancias.

— Cuando se haya oreado bien al sol y al aire, — prosiguió el minero — apelará de nuevo a los afeites, como favorito de las damas e ídolo de las matinées. El sol es un gran auxiliar de tenorios estropeados, ansiosos de galantería y mujeres incautas...

Farraday seguía con la cabeza inclinada sobre el plato. ¿Era éste el comienzo de su bella jira invernal? Fugazmente cruzó por su ánimo la sospecha de que Belmont le había traído a bordo para procurarse una víctima en quien desahogar su mal humor. Por último, sintióse incapaz de soportar la humillación que le causaban sus torpes observaciones, y se decidió a replicar.

— Creo que ya no es tiempo, señor, de pedirle que me vuelva a tierra — dijo en tono trémulo. — Este tenorio estropeado, como usted dice, prefiere un trozo de pan en buena compañía que una opulenta mesa al lado de impertinentes profesionales.

La respuesta de Belmont fué un gruñido sordo, al levantarse de la mesa en dirección al camarote, que tenía en mitad del barco.

A la noche siguiente, en la mesa, Belmont, pareció algo más sosegado y dispuesto a comer. El artista creyó advertir que la tormenta había amainado.

— ¿Una copa, señor Farraday? — dijo, obsequioso e incorporándose esta vez. — Olvide las genialidades que no pude reprimir ayer en el almuerzo. ¡A su salud y a la mía!

Narciso bebió, agradecido por la atención; mas, como buen hombre de mundo, aguardó la segunda embestida, que no había de tardar en producirse.



— El África ha hecho de mí un hombre brusco — dijo el minero, así que se vieron solos. — Su sol castiga implacable a los malos aventureros, y usted habría sido castigado también, si una muchacha tontuela no hubiera rogado que se le perdonara la vida.

Narciso estuvo por devolver la ofensa, pero se contuvo. Un vestigio de luz comenzaba a esclarecer el abismo de aquel misterio.

— Hace cerca de dos años estuvo usted en Pretoria. Dos años cortos y agitados para mí; para usted debieron parecer doscientos, a juzgar por los rastros indelebles que aún conserva toda su persona.

Había una extraña mezcla de ternura y salvajismo en los gestos de este carácter brutal. Narciso clavó en él los ojos al tiempo que sus labios se contraían en una mueca de despecho. El anfitrión lió un cigarrillo.

— Echemos una mirada a su pasado, Farraday — prosiguió cejijunto. — ¿Lo permite?

— Siga, siga, señor Belmont. — No tengo inconveniente.

El artista comenzó a vislumbrar un designio deliberado en la generosidad de este magnate. No por nada le había sacado de su mísera piezucha y de su triste empleo de comparsa.

— Entonces, volvamos a aquel histórico lunes de agosto, de hace dos años, en que usted, Farraday, dejó a la hermosa Anita Fleming aguardándole, en medio de la lluvia, en la puerta de un teatro vacío de Johannesburgo. La incauta mocita creyó en su palabra, de que cumpliría la promesa que le había hecho. Como le decía, Anita, le aguardó bajo la lluvia, sin amigos ni recursos, hasta que alguien fué bastante bueno para advertirle que usted y su compañía se habían largado para Durban.

Una sonrisa dura, amenazadora, acompañó estas últimas palabras.

—Cierta vez, allá en el Velt, tenía por costumbre obligar a los rateros y embaucadores a recorrer rectamente una raya con una tiza, al extremo de la cual había una fosa, que es adonde los mandaba de cabeza la bala de mi fusil. Eso es lo que pensé hacer con usted por haber engañado a esa joven. Pero dejemos a Anita Fleming. La infeliz, como tantas otras burladas, se hizo camino en los campos mineros, donde las pobres descarriadas suelen ser bien recibidas. La cosa me interesó relativamente, pues Anita no era nada mío, ni trato de ser reparador de injusticias. Usted, en aquellos días, era un mocito libertino, alegre, despreocupado, capaz de suscitar la risa en el funeral de una mujer decente. Las mujeres de Johannesburgo corrían para verle al teatro; compraban sus fotografías en la puerta y las contemplaban después en las paredes de sus "bungalows". Narciso Farraday, con sus trajes de moda y sus maneras finas, fué como una revelación para esas tontas mujeres que no veían más que vacas, chozas y boers... Y mientras esas cabezas alocadas se ocupaban en poner marcos a los retratos, yo en los campos de Kaffir trabajaba como un energúmeno, hasta dar con los pedruscos que hicieron mi fortuna. Nada me hubiera importado de todo eso, si no hubiera tenido noticia de que usted trataba de hacer con Julia Marlow lo mismo que había hecho con Anita. Usted, Farraday, intentaba persuadirla de que su hogar espiritual estaba en el teatro, que en él podría adquirir fortuna y gloria... Esta vez la cosa cambiaba de aspecto, pues Julia Marlow significaba algo en mi vida. Anita Fleming, que se las arreglara como pudiera. Julia Marlow era muy distinto. El día en que el padre de Julia descubrió su retrato en la habitación y se enteró que había conversado con usted en el interior del teatro, rogó a Dios que encaminara sus pasos a su granja, un día o una noche en que él y ella estuvieran ausentes.

— ¡Encaminara mis pasos a la granja! — murmuró el joven pensativo, presa de honda emoción.

Una chispa fugaz brilló en los ojos del "Demonio de las Minas" al notar la emoción de su oyente.

— Marlow no cejó en su trabajo, siempre clamando a Dios que le hiciera venir a la granja. Sus ruegos fueron, por fin, escuchados. Un mes después que Anita Fleming había corrido su suerte, usted se apareció por la granja, vestido de cazador, con una fusta en la mano y dispuesto a llevarse la paloma. En aquellas soledades de arena y cactos era usted, en verdad, una figura romántica, una aparición que las muchachas

soñadoras habían de olvidar difícilmente. Franqueó usted la puerta de Groot Farm, tarareando una canción vienesa, ajeno por completo al dolor que causaría al hombre que amaba a aquella criatura sobre todas las cosas.

— ¡No es cierto, Belmont! — interrumpió vivamente Farraday. — No era insensible a ese pensamiento, ni oí nunca pronunciar el nombre de ese hombre.

— ¡Mejor que yo hubiera estado allí! — rechinó el magnate. — Mi rifle habría tenido para usted el pago que se tenía merecido.

Un silencio pavoroso envolvió a la "Bella Africana". Las pisadas del marinero que hacía la guardia en cubierta repercutían en el comedor con una nitidez desconcertante.

— Un muchacho de Kaffir, poco después de medianoche, lo encontró a usted tendido en la maleza, cerca de la granja. Su caballo había desaparecido, espoleado por el espanto, sin duda. En un carromato fué usted conducido a la ciudad, molido, hecho papilla, con solo un hilo de vida para que el cirujano del hospital pudiera hacer una tentativa de curación.

"Algún día me contará usted, Farraday, lo que ocurrió esa noche — siguió diciendo Belmont con voz alterada. — Me relatará usted qué clase de lucha fué la que sostuvo en el jardín de Julia Marlow la noche de su proyectada fuga a la ciudad. Encontró su merecido, ¿eh?"

Farraday se llevó una mano a los labios, cual si notara que la escasa sangre de su corazón los hubiera humedecido. Un rato largo tardó en contestar.

— Un sacerdote nos aguardaba a Julia y a mí — explicó, lento, como quien trata de evocar los recuerdos de una memoria conturbada. — Ese sacerdote esperaba en la capilla de Santa María Magdalena, que está en el camino de Veheering. Julia nada me había prometido...

El minero hizo un gesto de incredulidad.

— Aseguro que no mediaba promesa alguna entre los dos — insistió el artista, sin mirar a su interlocutor. — Me constaba que Julia creía en mí; sabía que iría a la iglesia si le decía con qué fin. Sabía también que su padre aborrecía a las gentes de teatro, quizá porque a sus oídos había llegado ese supuesto abandono de la Fleming, que no sé por qué se me atribuía. Permítame que le diga, sin que ello importe una falta de respetuosidad, que esa Anita Fleming era o debía ser una de esas alucinadas que iban en pos de nuestra compañía, de ciudad en ciudad. Nada sabía ni había oído de la tal Anita. Todos mis pensamientos estaban concentrados en Julia Marlow.

Hubo un largo silencio. Belmont se recostó en su asiento, llameando en sus ojos una pinta de fuego.

— Es cierto que atravesé la verja de la granja — admitió Narciso con acento firme. — A unos cincuenta metros de la casa, salté de la silla y até el caballo a la tranquera. La casa estaba a obscuras. No se veía sirviente alguno; nadie tampoco debía saber el móvil que me llevaba allí. Me encaminé hacia la galería sobre la cual daba el aposento de Julia, y golpeé en la puerta con la fusta. No abrigaba la menor sospecha de la terrible trampa en que había caído. Ignoraba asimismo que Julia estuviera fuera, llamada a la cabecera de una enferma en Klubersdorp, a treinta millas de la granja. Entonces me acerqué a la puerta y le dije en voz baja que el sacerdote nos estaba esperando en la iglesia. Después le rogué que me perdonara por la acción a que trataba de inducirla, y finalmente, que nuestra jira había terminado y que mi contrato me obligaba a volver a Londres sin tardanza.

Farraday humilló la cabeza sobre los brazos, profiriendo un gemido que a los oídos del extrañado Belmont dieron la sensación de un sollozo.

Farraday levantó la cabeza, despejada ya la momentánea angustia que claramente se vió reflejada en sus facciones.

— Como nadie contestara a mi llamado, empujé la puerta y volví a llamar. Indudablemente, debía haber un departamento interior, del cual no distinguía la puerta. Fué desde esa puerta que me asaltó la tromba impetuosa, la metralla, el enemigo desconocido. Algo vertiginoso y terrible, de alaridos delirantes y potencia infernal. Músculos poderosos me zarandearon como un muñeco. Fuí lanzado al techo, arrojado en todas direcciones, pisoteado, arrastrado furiosamente hasta la galería. No tenía más que mi pobre fusta para resistir a aquella avalancha destructora; no sabía qué pensar de aquel torbellino, de ese implacable monstruo encontrado en la pieza de Julia. Realmente, era un monstruo de cincuenta pies y manos, que trompeaban y desgarraban con furia de tropel. Cuando salí de aquella pesadilla, me encontré en el hospital de Durban; después fuí enviado a Londres, y nada más volví a saber de Julia.

Narciso Farraday, como insensible a la vida, se encontraba sumido en doliente meditación. Sus pensamientos giraban en torno a la Julia Marlow de sus sueños febriles, la encantadora criatura que cierta vez, por verle, había hecho un viaje desde su granja solitaria a uno de los teatros de Pretoria.

La difamación, implacable, le persiguió por todas partes. Hombres y mujeres — hombres celosos y mujeres inescrupulosas — habían aunado sus esfuerzos para desprestigiarle y hacerle aparecer como un ente dañino y licencioso.

La presencia de Julia en el teatro había espiritualizado sus esfuerzos. Su belleza sorprendente y sus manos delicadas, eran distintas de cuantas había visto en toda su jira por el Africa. Su padre era un hombre adusto, que imponía a las gentes de su casa las violencias y crueldades que tal vez fueran necesarias en las minas. A eso se debió que Julia se sintiera atraída por el espíritu galante de Narciso, por sus maneras caballerescas y las tiernas inflexiones de su voz.

Durante la noche inolvidable que habían pasado en el teatro, ella le contó la rudeza con que los hombres del contorno trataban a las mujeres, y cómo a consecuencias de ese trato brutal su madre había bajado a la tumba.

Belmont se incorporó, impresa en sus facciones una extraña resolución.

— El viejo Marlow no le jugó ninguna treta, Farraday. Lo único que se propuso fué aventar de los jóvenes amantes las ideas absurdas que alimentaban. Para esto se llevó a Julia a Bambas Bay, en la costa occidental. Allí construyó una gran casa a corta distancia de la mía.

—¿Y Julia?

— Vive con su padre. Pero tenga en cuenta lo que le digo: Julia nunca será su esposa, como tampoco lo será mía.

Farraday se incorporó lentamente, como quien despierta de un largo ensimismamiento. Toda la fragancia de las noches africanas había invadido su ser, infiltrándole un nuevo deseo de vivir.

— Actualmente vive sola en Bambas Bay — prosiguió Belmont, dura la mirada y crispados los puños. — En cuanto a papá Marlow, es el mismo energúmeno de antes, dispuesto a todas las energías contra los posibles Romeos. Cualquier hombre que se atreva a arrostrar sus trampas y argucias, será más que temerario.

—¿Julia sigue viviendo allí?

— Para el valiente que se atreva a desafiar el riesgo, sí. Usted lo hizo una

Anónimos

Martín Punzón, que continúa en el presente número sus colaboraciones en "Mundo Argentino", ha desempeñado por espacio de largos años un cargo en la oficina de descifradores del correo de Calamuchita. Esta oficina llena un cometido interesante y curioso a la vez: todas aquellas cartas mal dirigidas o con direcciones ininteligibles pasan por las manos de sus empleados, verdaderos maestros del jeroglífico. La mayor parte de aquéllas quedan en esa oficina como en un osario, y cuando los casilleros están llenos y ha transcurrido un tiempo prudencial, deben quemarse. Pero Martín Punzón prefirió leer esas cartas, y como advirtió que muchas tenían gran interés, las coleccionó. Declarado cesante por una de esas inexplicables eventualidades del momento actual, ha creído oportuno sacar provecho de tales cartas, y nos las ofreció. "Mundo Argentino" ha adquirido los derechos de esta colección que irá publicando semanalmente.



Señorita Otilia Biancamano.

Autora del tomo de versos "Efluvios grises".

Distinguida señorita:

La invitación que formula el prólogo de su libro, explica el envío de estos renglones.

Dice usted textualmente: "Quiero ponerme en contacto con almas sufrientes; lleguen a mí las palpitaciones de los espíritus selectos; como una antena vibrátil es mi alma; yo recogeré esas ondas y les daré color, perfume, línea, que fructificará en otra obra poética. Sólo impongo una condición: la sinceridad."

A ella me acojo para darle un consejo: ¡no escriba tanto!

"Efluvios grises", según la nota de la contratapa es el quinto volumen de la serie. ¿No le parece bastante?

Recuerde la contestación de aquel paje, a la pregunta de Preciosilla, la gitanilla de Cervantes: "¿Tan malo es ser poeta?"

Transcribo:

"No es malo — dijo el paje, — pero el ser poeta a solas no lo tengo por muy bueno. Hase de usar de la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada día, ni a cada paso, sino cuando convenga y sea razón que la muestre. La poesía es



una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada y que se contiene en los límites de la discreción más alta: es amiga de la soledad; las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran y finalmente, deleita y enseña a cuantos con ella comunican."

Tal dijo el paje un día del año 1613 y nadie habló mejor hasta ahora aunque muchos lo olvidaron.

Le diré a usted, Otilia de mi alma, que "Efluvios grises" deleita por la pobreza de su léxico, por la vulgaridad de las imágenes y por la riqueza del ripio. Esa es la enseñanza que "comunican" sus estrofas.

Acaso cuando tenga usted treinta abriles más en su acervo, y haya comulgado con Samain, Baudelaire, Verlaine y otras almas sufrientes y selectas, condense usted en una obra de arte única sus laceraciones. Un "Toi et moi", por ejemplo.

Comparto el juicio de Lugones (que esta vez lo tiene) cuando me dijo (pues yo también soy aficionado a la poesía): "Lea mucho, escriba mucho y rompa mucho. Después veremos."

No se enoje y haga lo que le parezca.

UN ADMIRADOR.

vez, y sabe de qué se trata... Allí espera nuevamente la tromba furiosa de pies y manos para recibir al valiente que se atreva a reanudar la aventura.

Belmont se detuvo para considerar nuevamente a Farraday, cuyas pálidas mejillas comenzaban a teñirse de carmín.

—El amor, entrevisto como en sueño, es una bella cosa, Farraday. Una bella cosa para actores a sueldo, en la seguridad del teatro, con un vigilante apostado en cada esquina. Pero allá en Bambas Bay están su romance y el mío, y asimismo el alud impetuoso que convirtió en una lástima su cuerpo frágil...

Había algo de aullido en la risa sarcástica de Belmont. Su invitado siguió de pie, sin que trasluciera la zozobra mental que le torturaba. Desde el umbral de la puerta volvióse y dijo mansamente a su provocador antagonista:

—Consideraré como un favor especial, señor Belmont, que quiera dejarme en tierra una vez que lleguemos a Bambas Bay.

—¡Cómo!... ¿Quiere una nueva pelea con Marlow?

—Quiero ir a esa casa y hablar con Julia. Necesito pedirle perdón por no haberla libertado de las gentes que se veía obligada a soportar. Eso es lo que me propongo. ¡Buenas noches, señor!

¡Bambas Bay!... Una curva de la blanca playa resplandeciente, bordeada por una hilera de altas palmeras africanas que se delineaban en el cielo límpido, tachonado de estrellas. Un olor de madera quemada llegó hasta Narciso con las ráfagas balsámicas de dilatadas huertas.

La canoa del yate había sido arriada, y sentado en la popa estaba Narciso dirigiendo la embarcación hacia el atracadero.

En el puente del yate, junto al obeso mayordomo, Belmont se inclinaba y seguía con los prismáticos cada uno de los movimientos del bote.

—¡Bluff, puro bluff! — murmuraba descontento. — No se le ha ocultado lo que significa el cebo del jardín. Antes de que la luna haya remontado el horizonte lo veremos volver a bordo con la ligereza del conejo asustado.

Por su parte, el mayordomo de la "Bella Africana" recorría impaciente el estrecho corredor del puente, masculllando interjecciones, mientras la canoa se acercaba al fanal del muelle.

—Ese audaz es de los que afrontan los peligros sin necesidad de armas — dijo mordiendo el extremo de su cigarro amarillo. — Tal vez sea bluff, como dice, señor, pero apostaría una mano contra un vaso de ron a que no se vuelve atrás. A ese joven no se le verá más por aquí.

La canoa se deslizó a lo largo del muelle, el que Farraday escaló de un brinco, y en seguida marchó en direción a la casa blanca que se divisaba borrosamente entre el ramaje de las palmeras.

La luz brotaba a raudales de todas las ventanas. Gracias a sus reflejos, Farraday pudo observar los detalles de la verja y los canteros de ricas plantas que formaban el jardín. Avanzó con paso lento, inalterable.

Sin embargo, al pasar junto a una hilera de altos troncos y maleza, sintió renacer aquella sensación de terror que le asaltó en la noche fatídica, al penetrar en la granja de los Marlow. En aquella noche su caballo se había espantado bruscamente, estando a punto derribarle de la silla.

A unos veinte metros de la mansión se detuvo para secar su frente transpirada y aspirar a pleno pulmón la brisa de la selva. Aun cuando en ese instante carecía Narciso del vigor que le puso frente a frente de su desconocido adversario en el silencio de la casa de Julia, su pecho ardía ahora con la llama de un coraje incontenible. No alentaba en él sino el recuerdo de la joven. El ansia de verla acallaba toda otra sensación.

Un extraño silencio envolvía el paisaje que se derramaba hasta el mar. La luna, anaranjada, comenzaba a despuntar por la colina próxima.

Desde la espesura que formaba frente a la casa un dique de follaje, surgió una sombra fugitiva, avanzando en dirección al intruso. Con gestos bruscos, espasmódicos, se agitaba aquí y allá, profiriendo bramidos furiosos que renovaron en el artista la sensación de horror de la granja. Era el mismo alud espantoso de cuerpo y brazos que le zarandeó como un fardo, cual si se viera ante una fuerza avasalladora.

Ya se encontraba a solo unos cinco pasos de Narciso balanceando su cuerpo en inclinaciones súbitas e inclinada la cabeza para escuchar la dirección y procedencia de los pasos.

La puerta de la casa se abrió de pronto, y casi inmediatamente salió una muchacha de cabellos rubios, en actitud de escrutar la maleza donde la sombra se hallaba agazapada.

—¡"Bink"! — gritó imperativa. — ¡Vuelve a la casa, pronto! ¡Vas a ver lo que te cuesta desobedecer! — Y con mano diestra, blandiendo el látigo que llevaba, rasgó el silencio de la noche con un potente chasquido.

Lenta, pausadamente, la sombra de "Bink" emergió de entre los arbustos, hacia los que se precipitaron dos criados negros para posesionarse del monstruo.

Farraday creyó volver a la vida entre la pestilencia que sembró a su paso el terrible animal. Era un gorila gigantesco, que los dos negros habían enlazado, arrastrándolo lentamente del paraje. El actor tuvo conciencia entonces de la voz de Julia, de su rostro anhelante, de sus manos unidas en ademán de estupefacción.

—¡Narciso! ¿Tú aquí? — dijo con voz trémula.

—¡Grata te sea la noche, querida! — repuso en un tono que apenas asemejaba un susurro, y mientras la joven le acompañaba al interior de la casa, preguntó: — ¿Desde cuándo tienes ese animal?

En una cámara que revelaba el arte y la decoración de Fragonard y Watteau, se inclinó sobre la mano que se le tendía, en la actitud apasionada del que aspira una flor.

Las voces de los sirvientes difundían alegremente la nueva de que había un buque a la vista.

—Espero que la aparición del viejo gorila no te habrá asustado — murmuró Julia, mientras Farraday alargaba su abrigo de viaje al jovencito negro que aguardaba respetuoso. — Papá insiste en conservar al pobre animal, que ha vivido con nosotros desde que nació. Ahora, como es inofensivo, lo dejamos en libertad de andar a sus anchas, siempre que no haya visitantes. Pero, ¿y tú cómo has venido? Nadie te esperaba en este rincón del mundo.

—Julia, no sé cómo explicarte — dijo el joven con la honesta timidez del que se siente frente a la mujer amada. — Ya no soy el hombre de antes. Sólo soy, ¿cómo diría?, medio ideal.

—Sí; ya veo que has cambiado. Pero me basta y me sobra que seas el hombre con quien quiero pasar todos los momentos de mi vida. Yo avivaré tus ilusiones; tú mantendrás mi alegría.

En eso entró uno de los sirvientes para comunicar que "Bink" daba muestras de gran irascibilidad.

—Yo también fuí aficionado a los gorilas — explicó el actor en tono que pretendía ser jovial. — Esos animales, una vez que le echan a uno el ojo, no lo olvidan jamás.

—El pobre "Bink" nunca mira ni recuerda a nadie — observó la joven, alargándole una caja de cigarrillos. — ¡"Bink" está ciego!

—¿Ciego?

—Ciego como un topo. Una noche, hará de esto dos años, tuvo una lucha con un malhechor que penetró en mi pieza de Groot Farm. Papá y yo habíamos salido. El intruso debía ser un hombre peligroso, pues durante la pelea que se originó entre los dos, consiguió herir a "Bink" con algo punzante en medio de un ojo. No sabemos lo que le ocurriría al ladrón; indudablemente, debió escapar herido. En cuanto al pobre animal, contrajo una enfermedad

(Continúa en la página 45)



Para VESTIR *con* CHIC y GRACIA *a las* NIÑAS

1. — *Sencillo y práctico vestido para el diario, de linón blanco. Adornado con bordado al punto cruz.*

2. — *Bonito vestido de linón blanco, con canesú redondo. Adornado con bordado inglés y festón.*

3. — *Encantador vestido de crêpe lavable blanco. Los bordes están cortados en dientes. Adornado con estrellitas bordadas con algodón bleu.*

4. — *Delicado vestido de linón bordado, color durazno pálido. De confección fácil. Muy sentador para niña pequeña.*

5. — *Vestido de linón blanco, con tablas angostas. Bordado al punto cruz.*

6. — *Bonito vestido y bolero de hilo bleu pastel. Adornado con vainilla hecha a mano.*

7. — *Elegante trajecito para niña. La pollera y el bolero, sin mangas de hilo blanco, adornados con vainillas. Blusa de seda escocesa.*







¿NECESITA la ARGENTINA el DIVORCIO?

¿NECESITA la ARGENTINA el SUFRAGIO FEMENINO?

ENVIE *Vd.* su OPINION
EL PAIS *la* NECESITA

Aparentemente, nadie sabe con exactitud si el público está en favor de estas radicales reformas sociales o no, pero no es imposible averiguarlo dentro de un período razonable de tiempo.

"MUNDO ARGENTINO" expone los medios e invita a los lectores de la república toda a expresar sus puntos de vista, y es de esperar que todos los que se apasionan por los asuntos de interés público nos ayudarán a dar fin a una obra de verdadero interés general.

• •

Los dos asuntos más importantes que en estas últimas semanas han ocupado la atención de ambas cámaras legislativas, son los proyectados sufragio femenino y legislación sobre divorcio, y no se puede negar que ambos temas han resultado verdaderos dilemas para los legisladores, dada su inseguridad sobre las corrientes actuales de la opinión pública.

Debido a lo precipitado de las últimas elecciones y a las circunstancias políticas que las rodearon, ninguno de ambos asuntos, aunque incluído en las plataformas, gravitó en la opinión pública durante las últimas elecciones, lo que obliga a pensar que el voto público de esa ocasión excluye un pronunciamiento acerca de tales asuntos.

A pesar de suponerse que ambos proyectos son contemplados con especial interés, no puede asimismo calcularse el grado de opinión favorable o negativa que los acompañaría entre la masa del pueblo.

No es difícil comprender por eso que el Parlamento se muestre reacio a aceptar responsabilidades por una legislación definitiva sobre dos asuntos que entrañan un cambio fundamental en la estructura social de la Argentina, y que podrían ser causa de un desastroso estado de cosas de no entrañar la opinión de la gran mayoría, ya que ninguna de las medidas que se tomasen podría luego ser revocada.

• •

Es por esto que "MUNDO ARGENTINO" ha proyectado un plan por el cual, durante el período de receso parlamentario, pueda obtenerse una expresión concreta y real de la opinión pública sobre ambos asuntos, sin incurrir en gastos burocráticos que afecten las finanzas de la nación.

Dicho plan es el de crear una oficina controladora en el local de nuestra redacción, en la que se recibirán los votos de todos los que quieran darlos, a fin de asegurar la labor legislativa al resolver definitivamente ambos asuntos.

Para ello no se requiere más que enviar una carta debidamente firmada, en la que, además, se hará constar con claridad, nombre, sexo y domicilio, indicando la provincia, o la circunscripción electoral si es de la capital, manifestando a continuación:

• •

Estoy o no estoy en favor de la ley de divorcio
Estoy o no estoy en favor del sufragio femenino

Se pueden expresar opiniones fundando el voto que se emite, pero éstas no nos crea la obligación de publicarlas.

• •

Todas las semanas MUNDO ARGENTINO irá publicando las cifras de las respuestas recibidas, especificando el lugar de donde proceden. Las de la capital federal se clasificarán por distritos electorales.

Estamos seguros de que por este medio el pueblo podrá prestar su legítima cooperación a la patria y facilitar grandemente la tarea de los legisladores que ha llevado a las Cámaras, y que están obligados a darle leyes sanas y útiles.

Envíenos hoy mismo su opinión.

¿Es imposible la UNION MATRIMONIAL



Mary Pickford y Douglas Fairbanks hace doce años que están casados. Tuvieron en tan largo tiempo el tacto suficiente para no molestarse mutuamente.

Los celos profesionales pueden más que el deseo de alcanzar la felicidad al calor del hogar. Tal aseveración queda demostrada en el presente artículo, donde se narran algunos casos de divorcios y separaciones provocados por la infranqueable barrera que el anhelo de una constante y mutua superación artística levanta entre un matrimonio de actores, tornándolos desdichados.

RECIENTEMENTE causó sensación en Hollywood el hecho de que Ann Harding, la bellísima actriz cinematográfica y su esposo Harry Bannister, conocido actor teatral, habían presentado juntos una demanda de divorcio alegando que la carrera y la personalidad del segundo habían sufrido enormemente, ya que la fama de ella hizo que Harry perdiera su nombre para ser conocido simplemente como "el esposo de Ann Harding". Este pretexto, indiscutiblemente lógico a poco que se profundicen un poco las cosas, ha venido a arrojar una nueva luz sobre el conocido axioma, de que los enlaces entre actores y actrices llevan un noventa por ciento de probabilidades de resultar un fracaso.

Ann y Harry se casaron hace aproximadamente seis años; aún se aman, jamás han provocado escándalo alguno, tienen una hijita, Jane, de cuatro años, una casa valuada en 100.000 dólares, son dueños de una fortuna cuantiosa, jóvenes y llenos de salud. Y, sin embargo, a pesar de que la existencia de todas estas cosas forzosamente debía asegurarles la felicidad, se han separado. Fuerzas extrañas y que solamente ejercen su influencia entre los actores, impiden que tal felicidad sea más duradera. Durante dos años y medio lucharon juntos en los escenarios teatrales del viejo Broadway. Consiguieron fama, fortuna y marcharon a Hollywood en busca de mejores y más luminosos horizontes. Ella obtuvo el privilegio de una oportunidad antes que él. La aprovechó y triunfó. Harry, noble y fiel a su promesa secreta de ayudarla a escalar las montañas de la gloria, la ayudó con sus consejos y con su mayor experiencia Su arte por un lado y el apoyo de su marido por otro, hicieron que Ann se superara en cada nueva película que filmaba.

Tres años más tarde Ann se convirtió en "estrella", con un sueldo de seis mil dólares semanales. Sólo un detalle turbó la felicidad de ese lapso de tiempo: el hecho de que mientras ella escalaba posiciones, él, que fuera en Broadway primer actor teatral, era obligado en Hollywood a actuar en papeles cortos y de muy poca importancia. Además, el hecho de que en toda la Meca fuera conocido, no por su nombre, sino como el "esposo de Ann Harding", constituía para él una tragedia íntima.

Si Harry hubiese sido un abogado, un escritor o un ingeniero, jamás la más mínima nube habría turbado aquella felicidad matrimonial. Al contrario, pues hasta podría envanecerse con los triunfos de Ann y orgullecerse de que se le llamara el "marido de Ann Harding". Pero Harry era actor teatral y cinematográfico y no podía hacer tal cosa. Si un matrimonio interviene en la misma obra teatral, los dos tienen que luchar con el autor para hacer que ninguno de ellos tenga oportunidad de superarse; que ninguno haga en escena una entrada mejor preparada que el otro, ni que diga cosas más interesantes y de mayor importancia. Luchan también con el director del teatro respecto al tamaño de las letras con que se anunciarán los nombres de ellos, y luchan, finalmente, con su agente de publicidad que ha hecho que en una revista se publicaran diez mil palabras elogiando a uno, y nueve mil quinientas elogiando al otro. Muchos actores teatrales conocen trucos, mediante los cuales les es posible distraer la atención del público, mientras otro actor habla, malogrando así gran parte de sus palabras o haciendo inefectivo su trabajo.

Sin embargo, tales triquiñuelas no son permitidas en la escenas, ya que ello podría traer aparejado muchas dificultades con la empresa que, por su parte, ve también malograda la actuación



Mientras Gloria Swanson era una actriz del montón, vivió feliz al lado de su esposo Wallace Beery, que era por aquel entonces un buen actor. Pero ella se convirtió en "estrella", y el divorcio fué la única solución entre ambos artistas.



Harry Bannister elevó a fuerza de sacrificios a Ann Harding al puesto de "estrella" que hoy ocupa. Ambos se aman entrañablemente, lo que no es obstáculo para que artísticamente se estorben. Y ni la existencia de una hijita pudo impedir la separación.

entre ACTORES y ACTRICES?



de una artista que le cuesta muchos miles de pesos semanales.

Mary Pickford y Douglas Fairbanks son aún marido y mujer, porque supieron tener el tacto necesario para no molestarse mutuamente en su carrera. Con anterioridad, ambos estuvieron casados con artistas del teatro y tuvieron que divorciarse. Tal vez esa experiencia les sirvió de mucho.

Sin embargo, la felicidad conyugal entre actores teatrales es excesivamente hipotética. Geraldine Farrar era una primera figura de óperas que había ya alcanzado la cúspide de la gloria artística, cuando conoció a Lou Tellegen, ídolo del público afecto a las matinées y que en ninguna forma podía ser su rival. Había llegado a Estados Unidos como primer actor en la compañía de Sarah Bernhardt, aquella famosa trágica francesa. Se le llamaba el "amante perfecto", papel que, al parecer, desempeñó tan eficientemente en las tablas como fuera de ellas. Lou había dejado en Europa a su esposa, la condesa de Brouchere, con quien se llevaba muy bien. Pero en América, Geraldine impuso su belleza y lo sedujo. Pero fué por poco tiempo. Se casaron, y a los pocos meses sostenían cada gresca que obligaba a la policía a intervenir. Al final, ella pidió el divorcio, que fué de inmediato concedido, y dos días después Lou contraía un nuevo enlace con otra actriz llamada Isabel Craven. Seis años duró este matrimonio, al final de los cuales se produjo un nuevo divorcio más o menos por los mismos motivos que el anterior. Sin embargo, el "amante perfecto" halló pronto consuelo convirtiéndose al poco tiempo en marido de otra actriz, miss Eva Cassanova.



El reciente divorcio de Ina Claire con John Gilbert es otra prueba palpable de lo que el arte significa para un matrimonio de artistas. Diferentes gustos, enconos, celos... Todo eso determinó la separación de ambos. Ahora, él parece próximo a casarse con otra actriz, Virginia Bruce. Veremos si sucede lo mismo.



Jean Acker era una gran artista. Rodolfo Valentino vivía feliz y contento a su lado. Pero de la noche a la mañana, él se convirtió en un galán solicitadísimo en la pantalla. Y la vida matrimonial tornóse imposible para ellos.



Poco duró la felicidad en el matrimonio de Lou Tellegen y Geraldine Farrar. Ella era una primera actriz, él un primer actor. Celos y odios profesionales truncaron la dicha que, rauda, pasó por aquel hogar.

Siendo Gloria Swanson una "extra" cinematográfica, se casó con Wallace Beery, que por aquel tiempo interpretaba en Hollywood papeles de villano. Utilizando la influencia de su esposo, Gloria entró a formar parte de las famosas bañistas de Mack Sennett, de donde salió poseedora de un magnífico contrato. Resultado: el divorcio. Rodolfo Valentino, el más famoso de los galanes cinematográficos, era feliz al lado de su esposa Jean Acker, una prominente actriz. De improviso, el cautivador "sheik" se encontró en la cúspide de la fama. Siendo su esposa actriz, era imposible que permaneciera a su lado. No había lugar allí para ella. Y se divorciaron. Su siguiente esposa fué Natacha Rambová, que casó con él, sabiendo que era el galán preferido por todas las mujeres del mundo. Supuso, probablemente, que él dividiría con ella su fama y su fortuna por partes iguales. Pero eso era imposible, aunque él quisiera hacerlo. Y fueron desdichados casi desde el primer día del enlace. Todo cuanto ella obtuvo, fueron muchas y muy calurosas felicitaciones por tener "un marido famoso".

Otro tanto ocurrió con una Ina Claire, actriz teatral, que contrajo enlace con John Gilber, cuando éste se hallaba en el apogeo de su fama y ganaba diez mil dólares semanales. Y por segunda vez, pues ya se había divorciado de Leatrice Joy, John volvió a separarse.

Cómo se APRENDE a JUGAR al RUGBY

SAINT GEORGE'S COLLEGE es la escuela del RUGBY ARGENTINO

El rugby, por su tecnicismo, es un deporte que requiere ser practicado constantemente y desde edad temprana. Los expertos jugadores sudafricanos que acaban de visitarnos, y como ellos todos los grandes players del mundo, que se han destacado en el rugby, han comenzado a interiorizarse de sus secretos y tecnicismos siendo colegiales. En cambio, la gran mayoría de nuestros aficionados sólo comienzan a practicarlo después de los quince años. Es por eso que el rugby en nuestro ambiente no ha seguido la ruta ascendente que se ha apreciado en los demás deportes que practica nuestra juventud.

Cuando se le pidió parecer al señor Paul Roos, presidente y maestro de los jugadores sudafricanos, sobre la calidad y valer del rugby argentino, éste lo sintetizó en pocas palabras. "En la Argentina — dijo — los rugbiers empiezan muy tarde a practicar el deporte, y por eso su táctica y técnica son de calidad inferior, aun cuando demuestran poseer buenas cualidades para el juego." Tal concepto predomina entre los directores del Saint George's College, de Quilmes, en donde sus educandos deben empezar a practicar rugby desde los diez años. En ese colegio de Quilmes se está modelando una nueva generación, pues se le enseña a jugar técnicamente y de acuerdo con los verdaderos cánones que rigen el juego científico. Hay tres divisiones: niños de diez a doce años forman la de neófitos; de trece a diez y seis constituyen los que ya conocen muchos de los secretos del juego, y los mayores de esa edad integran los equipos que ya dominan en gran parte la técnica del mismo. Comienzan, pues, desde muy pequeños a conocer e interiorizarse de los secretos de este viril deporte, y a medida que van demostrando sus cualidades y llegando a la edad, pasan a la división superior. Es en esa división de mayores en donde los equipos evidencian un juego de calidad superior, al extremo que uno de sus cuadros está considerado entre nosotros como el que mejor rugby juega. Pruebas de ello han dado varias, puesto que el team superior del Saint George's College ha sostenido cotejos con cuadros de la primera división de la Unión de Rugby del Río de la Plata, y supo vencerlos gracias a su superior calidad de juego.

Vale decir, pues, que en las canchas de ese instituto se está gestando la evolución que hará elevar el valor y capacidad del rugby argentino. Con lo dicho queda expresado que el Saint George's College está convertido en la escuela de donde saldrán los jugadores que han de acelerar el progreso técnico de este sport, que aun cuando hace muchos años se juega entre nosotros, no ha logrado alcanzar el grado de perfección y técnica que acusan y se aprecian en todos los demás deportes que practican las juventudes argentinas.



1 El rugby es un juego de manos, por eso lo primero que se aprende es a tomar la pelota. Hay que agarrarla fuertemente, haciendo de ambas manos una tenaza que la domine y sujete.



2 El pase es otra de las características fundamentales de este sport. Debe hacerse con el cuerpo inclinado hacia el lado contrario del que se desea pasar, para así inducir al rival a moverse en esa dirección, y luego ceder la pelota al compañero con más probabilidades.



3 Para tomar el kick-off, es necesario aplicar con justeza el puntapié a la pelota, que deberá ser golpeada un poco más abajo de su mitad. Por eso los neófitos deben ejercitarse en tal acción para poder llegar a dominarla.



4 Así, llevando la pierna hacia atrás, para luego, con una flexión suave, pero con fuerza, hacer llegar la punta del botín al sitio de la pelota que ha de impulsarla con la dirección que se desea. Ese es el secreto del kick.



5 Saber convertir un try es esencial. Por eso al aficionado se le enseña cómo ha de aplicar el puntapié a la pelota, señalándole la parte más conveniente para que el mismo resulte efectivo y de provecho.



6 Tacklee siempre a la altura de la cintura y abarcando también, si es posible, los brazos del rival, y ponga en la acción toda su energía y peso del cuerpo, para así poder detener con éxito al rival que marcha embalado.





7 El scrum es la base del juego. Es, pues, necesario aprender a formarlo, compacto y bien trabados los hombres, a fin de que hoocke pueda taconear la pelota para que la reciba el medio. Los brazos, fuertemente apoyados en los compañeros, sirven para que el scrum resulte siempre beneficioso.



8 Bien trabados, y mejor apoyados en el suelo, los jugadores que constituyen el scrum podrán superar a sus rivales si saben unificar sus fuerzas en perfecta concordancia.



9 La pelota debe ser arrojada limpiamente con un movimiento seco, de manera que vaya a caer en el espacio que queda entre hoocker y hoocker, uno de los cuales deberá impulsarla hacia atrás.



10 El hand-off bien aplicado, evita ser tackleado. Cuando el que corre con la pelota en su poder ve a un contrario que se arroja para contenerle, con el brazo que le queda libre deberá defenderse, apoyando con fuerza en la cara o pecho del rival y así anular su intento.



11 La efectividad de un pase depende de la forma con que se realiza. La pelota debe ser tomada por abajo, de manera que permita el juego de las muñecas, para darle así la dirección precisa hacia el compañero que ha de recibirla.





12 Uno de los factores principales de la efectividad de un pack en el scrum, radica en que los componentes del mismo formen lo más bajo posible para mejor resistir el empuje de su rival, y a la vez dar mayor fuerza a la propia acción.



13 Para que el tackle sea eficaz debe ser aplicado con mucha energía y siempre bajo o en la cintura. De esta forma el adversario tendrá que ser siempre derribado y con ello su acción quedará anulada y favorecerá la del equipo de quien tackleó.

Los ASES de la SEGUNDA DIVISION

Por DIOGENES



Alberti, uno de los cracks de la segunda división del Club Huracán.

QUINCE MINUTOS DE CHARLA con ARTURO NAVEIRA



Equipo de segunda división del Club Atletico Huracán.

La implantación del profesionalismo en nuestro más popular deporte ha sido, sin duda, un estímulo más para la gestación de futuros jugadores. Todos los clubs se aprestan a la formación de nuevos cracks, y esa es la razón por la cual las divisiones inferiores son hoy en día atendidas y sometidas al mismo entrenamiento que la división privilegiada. Y entre estos equipos merece especial atención la segunda de Huracán, que viene realizando una brillante campaña, pues marcha a la cabeza del campeonato, habiendo sido derrotada tan sólo en una oportunidad por Gimnasia y Esgrima de La Plata.

La "hinchada" de Huracán cree ciegamente que esa segunda puede medirse sin desventajas con cualquier cuadro de primera, y ya algunos de sus componentes, entre ellos el insider José Cordero, han actuado en dicha división con brillante resultado.

El scorer de ese equipo es el diestro centreforward Arturo Naveira, a quien entrevistamos para conocer su vida deportiva y sus futuros propósitos.

Para tal efecto nos trasladamos a la cancha del mencionado club, donde encontramos a Naveira listo para someterse a una sesión de entrenamiento bajo la dirección del conocido negro Laguna.

—MUNDO ARGENTINO — le decimos a Naveira — desea ofrecer a sus lectores una reseña de su actuación deportiva.

—Agradezco y celebro — nos responde en el acto — que ese gran semanario se haya acordado de mi modesta persona.

—¿Qué edad tiene y cómo se inició en la práctica del football?

—Tengo veinte y tres años, y mis primeras escaramuzas footballísticas las he librado en los baldíos de Villa El Porvenir, con el piberío del barrio.

—¿Su primera actuación formal?

—Actuaba en el año 1925 en Nuevos Rumbos, un cuadro que militaba en la Liga Independiente de la aludida villa, cuando al año siguiente fuí solicitado para jugar en la cuarta división de El Porvenir, que militaba en la Asociación Amateurs.

—¿Tuvo buen desempeño ese cuadro?

—Brillante. Nos manteníamos invictos en los seis partidos disputados, cuando se produjo la división de la liga, por lo que se suspendió dicho campeonato.

—¿Cambió, entonces, usted de club?

—No; seguí actuando por El Porvenir en 1927, en el campeonato de la Amateurs, pero indistintamente en intermedia y primera, clasificándose ambos equipos campeones.



El jugador Naveira saluda a su amigo Alfonso, del Club Lanús

—¿Siguió jugando mucho tiempo en El Porvenir?

—Sí. Desde 1928 hasta el año pasado, que ingresé en Huracán y milité en la primera de ese cuadro, del que conservo gratos recuerdos.

—¿Cuáles son esos recuerdos?

—En 1930 el miembro de la comisión directiva, señor Roberto Perretta, premió mi actuación en ese equipo con una medalla de oro, y en 1931 fuí designado por la Asociación Amateurs para integrar el equipo representativo para disputar la Copa Coranti en Bahía Blanca, donde empatamos en 4 goals.

—¿Su actuación en Huracán data, entonces, del año pasado?

—En efecto, debuté en la primera de Huracán en el último partido de la temporada pasada contra Talleres, en el que nos impusimos por 4 a 2, habiendo tenido la satisfacción de marcar 2.

—En la presente temporada, ¿actuó usted también en primera?

—Los dos primeros partidos, contra San Lorenzo e Independiente. En este último partido, que ganamos por 2 a 1, también señalé el tanto que nos dió el triunfo.

—¿Por qué no siguió actuando en la primera?

—Yo hasta ese entonces había jugado siempre de insider derecho, y como el club contrató para ese puesto al santafecino Rivarola, me pasaron a ocupar el puesto de centreforward en la segunda división, en el que me mantengo con gran satisfacción hasta la fecha.

—¿Cuántos goales lleva marcados en la segunda?

—Hasta la fecha llevo marcados 19 goales, y junto con Alfonso, el centreforward de Lanús, somos los scorers de la temporada.

—¿Sus proyectos?

—El hecho de militar en segunda no me ha desmoralizado, ya que, por el contrario, entre la "hinchada" del club es ésta la división mimada. La brillante campaña que venimos realizando y los elogios que merece nuestro conjunto por parte de la prensa y el público, nos dan la sensación que estamos en condiciones de actuar sin desmedro contra cualquier equipo de primera. Desde luego, que mi mayor aspiración sería defender el año próximo los mismos colores de Huracán, pero en la división privilegiada, cosa que considero muy factible.

LOS NIÑOS SANOS



Blanca Nélida Persich, de Quilmes; tiene un año de edad y pesa catorce kilos. Se ha criado con el pecho materno y mamaderas de leche de vaca.



Héctor Osvaldo Merlo, de la capital. Su edad es de nueve meses y su peso de catorce kilos. Ha sido criado con lactancia natural.



Norberto César Lobato, de la capital. Tiene once meses y pesa diez kilos. Es criado por la madre, al pecho.



César Alejandro Castro, de la capital. Tiene cinco meses de edad y pesa diez kilos. Es alimentado con el pecho materno.



Blanca América Conde, de la capital. Tiene ocho meses y pesa diez kilos. Es criada con el pecho materno.



Nora Noemí Rosado, de Mechita. Tiene seis meses de edad y pesa nueve kilos. Criada con lactancia natural.



Reynaldo Oscar del Barco Colombo, de Santa Fe. Su edad es de un año y su peso de quince kilos. Es criado por la madre al pecho.

DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES



LA PLATA
Participantes de la carrera de automóviles que se realizó en la pista del hipódromo del Bosque, y que constituyó una interesante fiesta deportiva.



Raúl Riganti, una de las figuras más populares del deporte automovilístico, que se adjudicó la victoria en la carrera que se llevó a cabo en el hipódromo de La Plata.



Conjunto de corredores que intervino en la carrera de motocicletas, número del programa que proporcionó momentos de emoción entre la concurrencia.



Hipólito Botini, ganador de la carrera de motocicletas disputada en el mismo hipódromo.

LA PAGINA DE LAS LABORES

Canastilla de FLORES ejecutadas al CROCHET



El CHINO MISTERIOSO

RESUMEN DE LOS CAPITULOS ANTERIORES:

Jaime Granage, un joven indigente, es comisionado por Quartervayne para llevar un mensaje misterioso a un comerciante llamado Holliment, quien a su vez le propone que lo substituya en su negocio durante su ausencia. Mientras ésta dura, a Jaime le es dado observar la presencia de un chino en la calle, pegado a una de las vidrieras del local. Este personaje le inspira tanto miedo que se dispone a cerrar el negocio y marcharse. En este punto aparece Holliment, quien, sabedor del peligro que entraña la presencia del chino, le propone al joven la fuga, lo que hacen en el momento en que los enemigos del comerciante invaden el negocio. Holliment propone a Jaime llevarlo a Londres en su automóvil y le da a beber algo que le priva el conocimiento. Al volver en sí se encuentra en el campo, y ve a su lado una hermosa mujer, que es cuidadora de caballos de carrera y se llama Margarita Manson. Esta lo socorre y lo lleva a su casa. Encantada de él, le consigue el puesto de secretario de lady Renardsmere, la dueña de los caballos que cuida. Transcurren unos días sin novedad, al cabo de los cuales Jaime es interrogado por dos detectives y un miembro de la legación china sobre su actuación en el negocio de Holliment, y al día siguiente recibe la visita del judío Neamore, quien en una conferencia secreta con su ama le saca a ésta un cheque por diez mil libras. Comisionado después por lady Renardsmere, lleva Jaime una carta y un paquetito al abogado de la dama, y ya cumplida su comisión va a cenar a un restaurante concurrido, y en él sorprende en otra mesa a Neamore y Holliment. Regresa a su casa, y al otro día un detective viene a buscarlo para que le indentifique al comerciante, que ha sido asesinado, y de allí lo llevan a visitar a un personaje chino llamado Cheng, al que informan de lo ocurrido y de quien reciben el encargo de buscar a un compatriota suyo al que le falta la mitad inferior de la oreja izquierda. Terminadas las visitas de ese día, Jaime va a hospedarse a un hotel, cuando de pronto se le anuncia la visita de Quartervayne, quien le informa del peligro que les amenaza por parte del chino misterioso, y le propone la fuga, que él no acepta. Hace por su cuenta algunas pesquisas y descubre que lady Renardsmere, Neamore, Holliment y Quartervayne se han reunido días antes en un hotel. A punto de tomar Jaime el tren para su pueblo, paralizada momentáneamente la investigación, es detenido por el policía Jifferdene, que le trae la terrible nueva del asesinato de Quartervayne, y le obliga a acompañarlo para reconocer el cadáver. Visitan luego el hotel donde se cometió este crimen que tiene las mismas características del de Holliment, y aquella misma noche, en auto, se pone en viaje hacia la casa de Margarita, a quien cuenta lo que le ha ocurrido, repitiendo su relato a lady Renardsmere, que confiesa tener ella ese "algo" y no sentir ningún miedo. En estas circunstancias, Granage se entera, por un diario, de la muerte de Neamore, y a poco recibe la visita de Jifferdene y otro policía que desean ver a lady Renardsmere, quien desaparece con su doncella. Poco después Jaime recibe la visita de Peyton, un turista, al que, confiado, muestra toda la casa y le da ciertas referencias de su ama. Un telegrama recibido tres días después les hace caer a Margarita y a él en una emboscada, de la que salen después de "hablar", cayendo poco después los asaltantes en manos de la policía. Ocurre entonces el cuarto crimen: el del abogado Pennithwarithe, y Jaime se entera que lady Renardsmere fué vista en París con el chino Cheng.

Novela policial de J. S. FLETCHER





— ¿Qué sucede ahora? — pregunté yo.

CAPITULO XVIII

APARECE LADY RENARDSMERE

CÓMO se enteró usted de eso, Jifferdene? — pregunté yo.

— Le diré a usted, Granage — me respondió. — Como usted sabe, desde el principio, de un modo o de otro, lady Renardsmere tenía algo que ver con este asunto. Usted sabe que salió escapada de su casa el día que vine a hablar con ella. Desde entonces no ha vuelto por aquí. Naturalmente que hizo muy mal. Bien; nosotros tratamos de encontrarla en Londres, en su casa de Park Lane, luego en uno u otro hotel de etiqueta... Nada hemos conseguido. Ella había estado en su casa de Park Lane, donde estuvo una o dos horas. Luego salió de su casa y se encaminó a "Lord Warden Hotel", por el camino de Dover. Allí ha sido vista aquella noche.

— ¡Cómo! ¿Dice que ha sido vista?

— Efectivamente. No he dejado ningún rincón sin investigar. Ayer por la tarde estuve hablando con un repórter del "Daily Sentinel" que había venido de París por asuntos de su periódico. Me dijo que anteayer él había partido de París y que había tenido ocasión de visitar el "Hotel Bristol". Allí vió a lady Renardsmere con un caballero chino. Él conoce bastante a Mr. Cheng para darse cuenta a primera vista de que en efecto era él. Vengo para que usted nos ayude, Granage.

—¿Qué ayuda necesitan ustedes?

— Necesitamos que usted vaya a París a proteger a lady Renardsmere, pues ese chino es muy astuto. ¿No leyó usted los diarios? Usted se enterará que Mr. Cheng cuando estuvo en el "Hotel Bristol" fué víctima de un robo de un objeto de mucho valor, por su secretario Chuch Sin. Según tengo entendido, viste a la usanza europea; habla perfectamente el inglés y el francés. Difícilmente puede ser identificado como chino.

— Ya lo sé, Jifferdene. También está desfigurado en una oreja. Esto es un buen indicio para poder encontrarlo más fácilmente; sin embargo...

— Sí..., sólo estando a su lado puede uno darse cuenta de que está desfigurado. Pero ahora, ¿qué supone que está haciendo lady Renardsmere con Cheng?

— Seguramente no será para especular. A ella le gusta hacer las cosas sin que nadie se meta en sus asuntos. Además..., ella lee los periódicos...; es una gran lectora de periódicos. Y bien pronto se dará cuenta de que está en peligro. Además, estará aquí antes de que se corra el Derby.

— ¡El Derby! Seguramente ella vendrá a presenciarlo.

Pocos momentos después Jifferdene se retiró, advirtiéndome que procurara estar alerta por cualquier asalto nocturno. Y entré en mi salita, donde estaba Peyton, impaciente por mi tardanza. Le dije que Jifferdene había manifestado, y cambiamos ideas. Ni Margarita ni yo tuvimos más noticias de lady Renardsmere. Se acercaba el viernes, que era el día indicado para llevar a Epsom los caballos que debían intervenir en el Derby. Aquella misma mañana vino a la villa Joycey, con un mensaje en el que lady Renardsmere nos invitaba a Margarita, a la señorita Hepple y a mí. Luego de consultar con Margarita, comuniqué a Joycey que aceptaba, que nos encontraríamos allí desde el lunes hasta el sábado.

Yo nunca había tenido oportunidad de estar en Epsom, ni tampoco de presenciar el Derby, por cuyo motivo me sentía satisfecho de poder hacerlo con Margarita. Ella, que ya anteriormente había estado, me dijo que era un lugar muy encantador, donde pasaríamos varios días.



— Tengo algo importante que decirle — dijo él acercándose a los barrotes que nos separaban.

Aquella misma tarde, a poco de regresar de la casa de Margarita, encontrándome con Peyton, me anuncian que Spiller, el detective de Portsmouth, se encontraba en la puerta y que quería hablar conmigo.

Como digo, yo me hallaba con Peyton en ese momento, pero evidentemente Spiller no había venido para hablar delante de una tercera persona, por lo que me aparté de aquel e hice pasar al detective al otro saloncito.

— ¿Qué sucede, ahora? — pregunté yo, mientras cerraba la puerta.

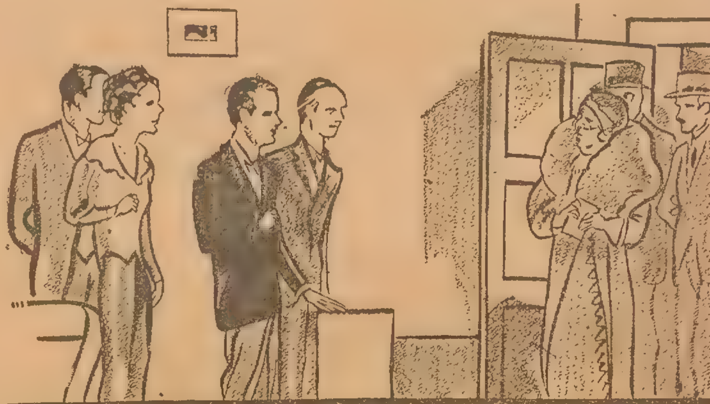
— ¡Macfarlane! — dijo él. — ¡Macfarlane, Granage! ¡Es por esto que yo estoy aquí!

— Pero ¿quién es ese Macfarlane? — inquirí yo, ansioso de una respuesta que me sacara de la incertidumbre.

— Macfarlane, uno de los detenidos el otro día.

— ¡Ah, ya sé! Pero ¿qué le ha ocurrido? ¿Se ha escapado?

—¿Escapado? — me contestó él con una



Vimos a lady Renardsmere, y detrás de ella a dos hombres corpulentos...

sonrisa. — ¡No tanto, Granage! Hay poca probabilidad de que haga eso. Quiere hablar con usted.

—¿Que quiere hablar conmigo? — exclamé yo. — ¿Por qué?

— Eso lo sabe él solamente. Ha estado pidiendo al alcaide que le permitiera entrevistarse con usted dentro de uno o dos días. Tiene algo importante que comunicarle. Supongo que usted haría bien en ir.

— Bien... ¿Cuándo, pues?

— Encuéntrese en la puerta de entrada de la cárcel, a las doce del día. Yo tendré todo arreglado ya. Puede ir en el coche.

— Bueno, estaré mañana a las doce.

Luego se marchó y yo fuí al encuentro de Peyton, a quien le comuniqué lo ocurrido. A la mañana siguiente, después de contestar la abundante correspondencia, tomé el coche que conducía Walker y me puse en camino a la prisión acompañado de Peyton. Encontramos a Spiller en la puerta. Diez minutos más tarde me hallaba frente a Macfarlane, que venía custodiado por dos guardias.

— Buenos días, Granage — dijo él acercándose a los barrotes que nos separaban. — Tengo algo importante que decirle.

—¿Que tiene usted algo importante que decirme? — interrogué yo.

— Sí — dijo él. — Una pregunta, primero.

¿Sabe usted dónde está lady Renardsmere y dónde estará hasta el día del Derby?

— No — respondí. — No sé.

—¿Pero está usted seguro de que no la verá antes del próximo miércoles? Pero no importa. ¿Podrá usted ver, sin embargo, a Margarita Manson antes de ese día?

— Si es algo importante, esta misma tarde puedo verla.

— ¡Estoy prisionero! — dijo él con una sarcástica risa. — Esta aventura termina aquí... Perdida por unas pulgadas. Yo quiero decirle..., hablarle con franqueza. ¡"Rubí" está en peligro!

—¿Cómo? — pregunté ansiosamente. — ¿"Rubí" está en peligro? ¿Qué obstáculo hay?

— Algunos que harán que le sea imposible ganar la carrera. Vaya y comuníqueselo a Margarita. ¡Que no lo pierda ni un minuto de vista! ¡Vigílenlo..., vigílenlo!

— ¡Pero si es imposible que le pueda suceder algo! Tiene una guardia especial. Detectives privados.

— ¡Al diablo con la guardia especial! — contestó él en tono de enojo. — Yo sé por qué se lo digo. ¡Vaya usted, la señorita Manson y ese amigo suyo americano! ¡Relévense ustedes mismos en la guardia!

Cuando salí de la prisión me encontré con Spiller en la puerta y Peyton que me estaba aguardando en el coche. Me despedí de Spiller y tomé el coche para dirigirnos a casa. Le comuniqué todo lo que Macfarlane me había dicho en la prisión. Dimos orden a Walker que nos condujera a casa de Margarita, a quien poco después le comunicamos todo lo acontecido.

— ¡Pero si es imposible que le pueda ocurrir algo a "Rubí", máxime sabiendo que hay un detective que duerme al lado de su box! Si ustedes quieren podemos ir a dar un vistazo.

Una vez que hubimos terminado de cenar nos dirigimos al box donde estaba "Rubí". Cuando nos dirigimos a tal lugar, vino corriendo hacia mí un detective de la patrulla que lo estaba custodiando. Traía una linterna en la mano.

— Hay un hombre que dice que usted lo conoce, Granage. Está con otro detective que lo ha detenido.

Alzó su linterna para enseñarnos al detenido; pero no había terminado de levantar la mano, cuando sentí que una voz conocida me saludaba:

— Buenas noches, Granage. Soy yo, Granage. Joycey.

— ¡Por Dios! — exclamé yo. — ¿Qué está haciendo a estas horas por aquí? ¿Está lady Renardsmere?

Él me interrumpió y me dijo que lo siguiera. Y dirigiéndose al camino que baja a la villa, me enseñó: a unos quinientos metros de allí podía verse un automóvil con sus potentes focos encendidos.

— Con ése vine y me vuelvo en pocos minutos. Órdenes de su patrona, señor Granage. Un vistazo nada más.

Lo conducimos al box y vió, alumbrándose con su linterna, que "Rubí" se encontraba en él.

— Suficiente, caballero. Esto es todo lo que se me ha ordenado. Gracias.

— ¡Raras órdenes! — dije yo.

— Muchas de las órdenes de lady Renardsmere son raras — contestó él, suavemente. — No se olviden que los espero el lunes. Procuren llegar antes del almuerzo. Ya lo tengo todo preparado para ese entonces. Un buen menú.

Luego, sin agregar otra palabra más, se marchó rápidamente al lugar donde estaba el automóvil, dejándonos a todos confusos por las cosas extrañas que estaban sucediendo.

A la mañana siguiente, Peyton y yo conversábamos en el saloncito:

— Esta vieja, lady Renardsmere, es medio excéntrica, ¿eh? Debe estar un poco enferma. ¡Da unas órdenes tan raras!

— Acaso sea una pobre enferma.

El lunes por la mañana dispusimos el traslado de "Rubí" a Epsom, que era el lugar donde debían encontrarse los caballos que intervenían en el Derby. Detrás del coche que conducía a "Rubí" íbamos nosotros, a fin de no perderlo ni un minuto de vista. Una vez que llegamos a Epsom, nos dirigimos a "Marengo Lodge", que era el lugar donde tendríamos que pasar una semana por invitación de lady Renardsmere.

A la mañana siguiente presenciamos el entrenamiento de "Rubí" y de varios caballos más que participaban en la carrera. Jamás me sentí tan contento como cuando vi a "Rubí" correr. A mi lado estaba Margarita, quien me indicaba el nombre de los caballos que pasaban por delante de nosotros: "Jack Cade", "Flotsman", "Ronco", y una potranca "Hedgesparrow". El rival más calificado de todos ellos era "Jack Cade". Pero Margarita estaba segura de que "Rubí" lo vencería fácilmente.

Cuando regresamos a casa, Joycey había recibido un telegrama de lady Renardsmere en el cual invitaba a Peyton a que pasara una semana en "Marengo Lodge". En seguida me dispuse a ir a la villa para ver si lo encontraba, pues el lunes por la mañana nos habíamos despedido de él en el momento de partir para Epsom. Lo encontré en una calle; regresaba de un hotel en el que no había pasado la noche muy bien. Le dije que estaba invitado por lady Renardsmere.

—¿Está ella allí? — preguntó con ansiedad.

— No, pero creo que esta noche vendrá.

Cuando llegamos a casa estaban esperándonos en el jardín. Estaban todos muy contentos de verlo nuevamente. Pasamos una tarde muy agradable conversando acerca de las probabilidades que tenía "Rubí" de ganar el Derby. A las siete, cuando nos disponíamos a cenar, fuimos antes a ver a "Rubí". Luego volvimos al comedor.

Estábamos todos en la mesa cuando de repente la señorita Hepple exclamó:

— ¡Allí! ¡Pronto! ¡La ventana! ¡Un hombre está mirando!

En seguida nos dimos vuelta hacia donde la señorita Hepple apuntaba con el dedo. Peyton vió también; fué una visión que duró una fracción de segundo.

— ¡El chino!

— ¡Yo he visto su cara!

Todos corrimos hacia la ventana, pero nada pudimos ver.

—¡Seguramente vendrá por lady Renardsmere! Demos un vistazo por los alrededores.

Llamé a Joycey y le conté lo ocurrido. Mandó un par de sirvientes para

(Continúa en la página 42)

En el próximo número:

REIVINDICACION NOVELA CORTA

de RAUL RODRIGUEZ DEIBE

NUESTRO



UNA MUJER EN LA

NOVELA DE

PERCIVAL CHRISTOPHER WREN

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Mary Ambree cuenta las memorias de su vida con absoluta sinceridad. Cuando niña, hizo vida de varón con sus hermanos, mezclándose en sus juegos y hasta vistiendo ropas masculinas. Hubiera querido ser hombre. Hasta que al estallar la guerra europea se alista con su novio en la Legión Extranjera, con documentos falsos, haciéndose pasar por un representante del sexo fuerte. Sobrelleva tan bien la dura existencia de los legionarios, que nadie sospecha que bajo su uniforme hay un hermoso cuerpo de mujer. La comida y el alojamiento son detestables, tanto como sus compañeros de armas, pero ella todo lo soporta, llevada de su afán de aventura y de sentirse hombre antes que mujer. El unico legionario que está en el secreto es su novio, Tomás Hogan, con quien se alistó en la Legión Extranjera. Llega el momento en que los legionarios van a ser vacunados, y como Mary Ambree teme ser descubierta, soborna a un sargento y con la complicidad de varios compañeros consigue que no sea vacunada. Luego es nombrada cocinero, no obstante haber dicho que no sabía cocinar. Poco después, estando la Legión acampada cerca de una aldea árabe, es sorprendida de noche por sus feroces habitantes, perdiendo la vida muchos legionarios y salvándose nuestra heroína milagrosamente. Mary Ambree, en una cantina donde está con varios de sus compañeros, viendo que una mujer le metía disimuladamente la mano en el bolsillo a Abrahán el marinero, se lo advierte, y aquélla le arroja a la cara un vaso. Esto ocasiona una pelea entre varios de los concurrentes, en la que los legionarios llevan la mejor parte. Poco después, Matthieu tiene un incidente con Mary Ambree, a quien pretende golpear. Ella se lo cuenta a Tomás, y éste jura que ha de vengarla. Vuelve un día Matthieu con ánimo de vengarse, pero Abrahán el marinero sale en defensa de la legionaria y consigue derrotarlo.

CAPITULO VIII

HOY he tenido algo así como una mezcla de buena y mala suerte: gran entusiasmo por un lado... y una herida de bala por el otro. En realidad, la herida no es sino solamente un rasguño en mi antebrazo izquierdo, pero no dejó de ser una experiencia bastante desagradable, ya que la bala que rozó mi brazo, debió haber traspasado el costado izquierdo de mi cuerpo, a pocas pulgadas de mi corazón. Una pulgada o dos más cerca, y hubiera terminado mi carrera como hombre... y también como mujer.



Como ocurrió, la treta de Sevlijevo, de esconderse a mitad de camino entre nuestra posta y el agua, resultó ser todo un éxito. Como otros grandes soldados, él es, evidentemente, un hombre de suerte, al mismo tiempo que inteligente y bravo, pues ante su mal disimulada sorpresa, descubrió que nosotros habíamos hecho una emboscada, que reveló otra del enemigo.

Al tiempo que los aguateros y su escolta — formada ahora del total de hombres que se le había asignado anteriormente — se encaminaban hacia el arroyo, dejándonos en nuestra pequeña posta, yo, de centinela, siguiendo todos sus movimientos con ojo avizor, me sorprendí al ver que un grupo de hombres, vestidos con túnicas grises, emergían de detrás de una roca y se arrastraban como víboras a un punto desde donde pudieran matar a tiros a mis camaradas, mientras que éstos se encontraran llenando los cascos de agua y cargando las mulas.

Evidentemente, su intención era acercarse lo más posible, matar a los aguateros y a su escolta, quienes, despreocupados, se hallarían engolfados en sus ocupaciones, para luego desaparecer tan rápidamente como habían llegado, llevándose, por supuesto, las mulas. Sin detenerme a lanzar la voz de alarma a mis compañeros, me arrodillé y apunté.

—¡Fuego! — ordenó Sevlijevo.

Y nuestros fusiles vomitaron fuego como si fuesen uno solo.

—¡Otra vez!

Mientras tanto, la escolta se había refugiado detrás de las rocas y hacía fuego sobre los árabes, al tiempo que los aguateros se ocupaban de arrastrar a sus animales a lugar seguro.

—¡Rápido, a voluntad, y tan rápido como puedan! — nos gritó Sevlijevo, y nosotros nos dispusimos a cumplir la orden lo mejor posible, haciendo todo el ruido que podíamos, a fin de que los árabes creyeran que éramos muchos.

Los árabes, agarrados entre dos fuegos y desconcertados al ver el fracaso de su plan, comenzaron a huir, sintiéndose humillados. Un rebelde, posiblemente el cabecilla de los que huían, impulsado quizá por el deseo de cubrir la retirada de sus camaradas, o más probable aún por el hecho de sentirse furioso ante su fracaso, salió de su escondite y disparó tres veces sobre nosotros, hasta que Demenko lo derribó de un certero balazo. Uno de los tres tiros del árabe pegó sobre una roca, a pocas pulgadas de la cabeza de Demenko; el segundo, entre él y yo, y el tercero entró por mi manga izquierda, en el momento que yo alzaba el fusil para hacer fuego, rozó mi antebrazo y salió por la parte superior de mi brazo y mi costado.

Como herida, no es grave, pero como lastimadura que se ha visto obligada a soportar el roce de una manga bastante sucia, puede convertirse en algo bien molesto, máxime ahora, cuando no contamos con ningún antiséptico.

Hoy siento el brazo bastante molesto, y a pesar de que esta herida me ha librado del trabajo más rudo, no ha sido lo suficiente grave para salvarme de continuar prestando servicio. Afortunadamente, yo no me había hecho grandes ilusiones, sabiendo de antemano que no habría escapatoria posible, al menos mientras el ayudante Sartene se encontrara al frente de nuestra posta.

Aun cuando se me sacó de la escolta, tuve que ocupar el puesto de centinela, casi constantemente, debiendo serlo todo el día, y cuatro horas por la noche, en total, ¡diez y seis horas de las veinticuatro!

Yo poco puedo quejarme, pues mis otros compañeros se encuentran en peor situación que la mía, teniendo que hacer de centinela cuatro horas durante la noche, luego de haber trabajado como brutos durante todo el día, ya que es obligación en nuestra posta tener seis centinelas apostados por la noche. Pero, por otra parte, a ellos se les conceden tres horas para la siesta durante las más calurosas del día, mientras que yo no tengo ni un momento de descanso en las doce horas, ni aun soy relevada en tanto devoro mi rancho.

Todo el mundo se está poniendo de mal humor con el trabajo enervante, bajo un calor tan espantoso. Muy especialmente el ayudante Sartene, quien no sólo tiene a su cargo la responsabilidad de conseguir que la posta sea terminada en el tiempo establecido, sino también la defensa de la misma durante su construcción.



Esta tarde he tenido oportunidad de probar un poco de su mal humor. Ya fuera porque el día era el más caluroso y sofocante que habíamos tenido, o bien porque sintiera más el calor, o porque mi brazo y mi salud se sentían mejor que nunca, el caso es que se me ocurrió una idea brillante. La necesidad es madre de toda invención. Con un poco de ingenio y la ayuda de cuatro palos y un pedazo de arpillera, había conseguido fabricarme un toldo, que, aunque no era muy ornamental, constituía una protección para mi cabeza.

Me sentí muy satisfecha de mi obra. No solamente daba sombra mi improvisado toldo, sino hasta una sensación agradable de frescura; además, era indudable que podía ver mejor, o al menos, sin mayor esfuerzo para mi vista.

Poco duró mi inestimable obra de ingenio. En recorrida de inspección, noté que se acercaba el ayudante Sartene.

Se agachó. Miró. Su carota roja se volvió violácea.

—¡Mal rayo te parta, entraña de sapo! ¿Qué es esto? ¡Hijo de Satanás! — rugió. — ¿Qué es lo que estás haciendo? ¿Qué es lo que estoy viendo?... ¡Pedazo de bruto! ¿Conque guareciéndote bajo un toldo? ¿Es así cómo se hace de centinela en el ejército británico?

—No, mi comandante — le respondí. — Allí no se apostan centinelas durante doce horas consecutivas...

En seguida experimenté la sensación de haber querido morderme la lengua antes de proferir esas palabras.

—¡Será relevado! — me dijo con furia. — ¡Mañana se dedicará a acarrear piedra! ¡Destruya inmediatamente ese nido de pajarraco!

FOLLETIN

LEGIÓN EXTRANJERA



Cuando se lo conté a Tomás Hogan, recibí un buen reto. Me llamó al orden, y puedo asegurar que sus palabras no eran de las más dulces. Era indudable que yo había caído en desgracia ante nuestro comandante, y sólo por algo que en un momento fué motivo de alegría para mí.

Sin embargo, no sucedió nada. Ya bien porque Sartene, en medio de todas sus preocupaciones, olvidó el incidente, o bien porque siendo un buen soldado, no habría querido malquistarse con uno de sus hombres.

Nuestra nerviosidad aumenta, y los hombres que tienen que salir en procura de agua y leña, miran a todos lados, recelosos, y al abandonar la posta se preguntan si volverán con vida o no.

Un chasque llegó con la noticia de que una posta a duras penas había podido repeler un asalto violento. Estando más cerca del agua y teniendo más hombres ocupados en la construcción, ellos estaban en mejor posición para defenderse.

—¡Mal rayo te parta, entraña de sapo! ¿Qué es esto? ¡Hijo de Satanás! — rugió. — ¿Qué es lo que estás haciendo? ¿Qué es lo que estoy viendo?... ¡Pedazo de bruto! ¿Conque guareciéndote bajo un toldo? ¿Es así cómo se hace de centinela en el ejército británico?

Yo me pregunto qué es lo que hubiera sido de nosotros si el ataque hubiese sido dirigido contra nuestra posta aún a medio terminar.

Probablemente, debido a esa noticia, se nos ordenó limpiar el terreno, pues en nuestro apuro de iniciar la construcción, sólo habíamos limpiado de arbustos y matas un trecho de unos cien metros cuadrados, y habíamos dejado lugares en que pudiera ocultarse fácilmente el enemigo.

Gracias a Dios, la posta está casi terminada y somos nuevamente soldados, en servicio activo, por cierto, y bajo las condiciones más duras. No obstante, nos sentimos como caballeros libres de toda preocupación. El ayudante Sartene, aunque un poco preocupado, ha tenido un cambio en sus preocupaciones, y éste consiste en encontrar tarea suficiente para todos nosotros. Y a fe que no tiene por qué preocuparse, pues todos sus esfuerzos se ven siempre coronados por el mejor de los éxitos.

A pesar de todo, nuestra tensión nerviosa disminuye, y los señores árabes pueden ya venir cuando lo deseen. Me imagino que nuestra próxima preocupación será representada por la monotonía que engendra el aburrimiento. Y llegará el día en que un asalto de ellos recibirá nuestra más franca acogida.

Mientras tanto, siesta, turno de centinela, rutina ordinaria, patrullas encargadas de limpiar, quitar malezas y traer agua y leña...

Aquí tienes! — dijo Rideau en el momento de presentarme un apetitoso bife bien dorado de ambos lados y un trozo de pan. — ¡No encontrarías un bife más tierno y jugoso en todo París!

Rideau, uno de los seis hombres que nos mandó el teniente V..., es un cocinero profesional, y nosotros nos deleitamos en pensar que seguramente el teniente nos lo ha enviado justamente por ese motivo.

Yo no podía abandonar mi puesto; de manera que saboreé mi merienda de buena gana y mejor apetito. Uno siempre tiene hambre en la legión. Esta mañana yo tenía un apetito especial, y el bife que Rideau me trajo era especial también. Cuando hube terminado de comer, le agradecí sinceramente por su bondad, felicitándole, además, por sus excelentes cualidades de cocinero.

—¿De veras que le gustó? ¡Bien! — dijo Rideau. — Tiernito, ¿eh?

— ¡Como pollo! — le respondí. — ¡Un pollo tierno de primavera, exquisitamente asado! ¿De qué era?

—Pero ¿le gustó?

— Le aseguro que es lo mejor que he comido desde hace mucho tiempo. ¡Exquisito! ¿De qué era?

— ¡De perro! — fué la respuesta. — ¡Simplemente, perro de aldea!...

Rideau me miró, soltó una de sus estruendosas carcajadas y se retiró en medio de convulsiones de contento. ¡Travesuras de la legión!

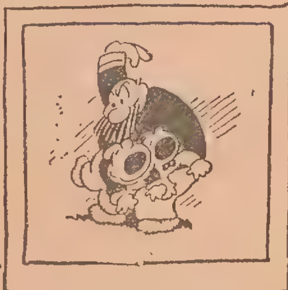
La primera persona que encontré, después de esto, fué Pedro Cocteau, el viejo veterano que día a día envejecía rápidamente. Después de oír mi relato, se llenó de indignación.

— ¡El cochino! — díjome. — ¡El cochino y canalla! ¡Hijo indigno de padre desconocido!... ¡Y se olvidó de dármelo a mí!...

Un suceso extraño ocurrió ayer en una posta vecina. Un sargento había sido asesinado, según se su-

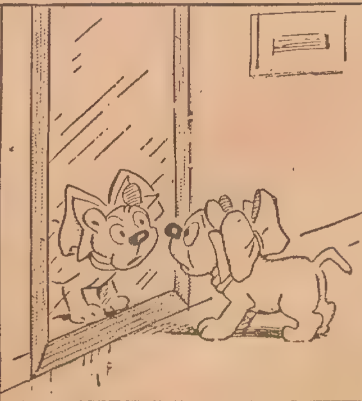
DON PÁNFILO Y SU PERRO ADOLFO

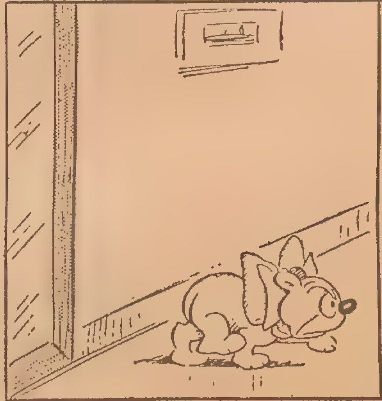
ESTAMPILLA CÓMICA

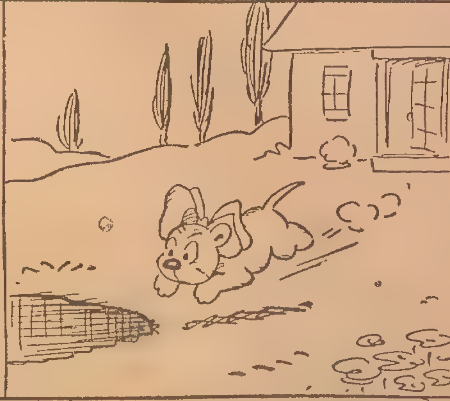


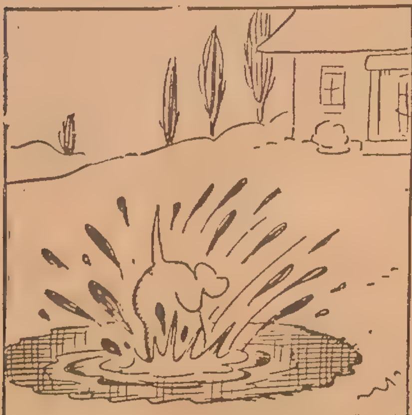


















ponía, por uno de sus mismos soldados.

—Una noticia bastante espeluznante — observó Tomás Hogan, en el momento de sentarnos para saborear el rancho. — ¡Toda una chispa ardiente en la monotonía de nuestras vidas jóvenes! Algo nuevo de que hablar. Es indudable que el sargento Kazansky debió nacer para encontrar ese fin...

—¿Y cómo saben que no fué un árabe? — pregunté.

—En fin, yo oí que el cabo de allá le decía al cabo Clement que el sargento Kazansky había sido encontrado muerto en su tarima, habiendo recibido un golpe horrible en la cabeza. Alguien debió de dárselo con un martillo — dijo "Cara Sedienta".

—Ustedes estarán de acuerdo conmigo — continuó sentenciosamente — en que son muy pocos los árabes que llevan consigo un martillo de campaña de tres pies, de esos que nosotros usamos para clavar las estacas de las tiendas. Para larga distancia prefieren un fusil, y para las cortas, un cuchillo. Pero es posible que uno de ellos se haya arrastrado, en medio de la noche, hasta una posta de la legión, haya forzado el candado de la cantina y agarrado el martillo.

—Y después de haber dado muerte al sargento Kazansky, ¿por qué huyó tan rápidamente? ¿Por qué no se detuvo para hundir algunos cráneos más?

—Olvídense de él. ¡Tonterías! ¡Olviden a ese árabe, que es tan sólo un producto de la imagnacón exaltada por el vino de ese miserable caníbal de Cocteau.

—¡Viejo decrépito y desdentado! Yo no he hablado todavía — vociferó Cocteau.

—Pues entonces, hable usted ahora — fué la contestación. — Eso es para lo que sirve usted.

—Por primera vez el viejo camello tiene razón — se apresuró a decir Cocteau. — Y desde que él ve el asunto con tanta claridad, debe ser más claro que el agua... Naturalmente, el asesinato del sargento debe haber sido cometido por un legionario. Un árabe lo hubiera degollado, así como también hubiese degollado a algunos otros.

—Asimismo se hubiera llevado, por lo menos, un fusil y degollado un centinela. El hombre que mató a Kazansky fué un legionario y un estúpido.

—Sin embargo, tuvo la inteligencia suficiente para no cometer su crimen con una bayoneta de la legión — objetó Matthieu le Maquereau.

—¡Gracias! Estaba a punto de decir que él no tuvo la inteligencia suficiente de llevarlo a cabo con una de las bayonetas de la legión, para hacerlo aparecer como la obra de un árabe. Usó el martillo de campaña porque simplemente su cabeza no le daba para pensar que una puñalada es una puñalada, ya sea ésta inferida por una larga y delgada bayoneta como por un largo y delgado puñal.

—Por favor: ¿podría usted decirme cómo lo hubiera hecho usted? — preguntó Matthieu.

—No creo que haya nada que yo pueda enseñarle a usted sobre esas cosas — observó Cocteau.

No puedo menos de observar cómo a todos estos seres de mente normal parece gustarles e interesarles un buen asesinato. Sinceramente, creo que la salud general de los hombres de esta posta ha mejorado desde que llegó el chasque con la noticia de la misteriosa muerte del sargento Kazansky. Todo el mundo parece haber desarrollado un nuevo interés por su vida.

Hombres de quienes uno pudiera suponer que no han ejercitado su inteligencia desde la época lejana en que asistían a la escuela, ahora están llenos de teorías ingeniosas respecto al asesinato. A veces me pregunto si nuestro querido ayudante Sartene no se sentirá algo incómodo. Él no debe ignorar que tiene uno o dos individuos peligrosos en esta sección. Hombres que estarían dispuestos a matarlo con la misma sangre fría con que le dirigen la mirada, si tan sólo pudieran hacerlo sin temor de ser descubiertos. Matthieu le Maquereau, por ejemplo.

(Continúa en el próximo número)

El chino misterioso

(Continuación de la página 39)

que me acompañaran. Revisamos todos los rincones del jardín si éxito. Parecía que la tierra se lo hubiera tragado. Regresé a casa y encontré a las señoritas Margarita y Hepple que estaban con Peyton, muy nerviosas.

—¡Vamos al establo! — dijo Margarita. — ¡Me partiría el corazón si le hubiera ocurrido algo a "Rubí".

—Yo la acompañaré, Margarita — dije. — Peyton quedará con la señorita Hepple.

Como el box de "Rubí" estaba cerca de la casa, a pesar de que había que ir por un camino angosto y obscuro, le pregunté:

—¿Usted cree que le puede haber ocurrido algo a "Rubí"? Allí está Bradgett con varios de sus hombres.

Esto pareció tranquilizarla, porque decidió quedarse.

Hubo un silencio, que rompió por fin Margarita.

—Yo no sé, pero me parece que algo raro va a ocurrir.

—Yo iré al establo y pasaré la noche allí — dije.

—¡No..., no hay necesidad! ¡Todos esos hombres... y Bradgett...

Seguimos cenando. Una vez terminada la comida nos reunimos todos en un salón y nos pusimos a cambiar opiniones sobre el chino, el Derby y todas las cosas raras que estaban sucediendo.

Eran las diez justamente cuando la señorita Hepple manifestó su intención de retirarse a dormir, pues estaba cansada. Fué en ese momento que sentimos el ruido de los frenos de un auto que se detenía ante la puerta. Todos nos miramos extrañados. Luego oímos voces en la puerta y en el hall. Un minuto después, Joycey abrió la puerta del comedor y allí...

Vimos a lady Renardsmere..., y detrás de ella dos hombres corpulentos y de aspecto serio, vestidos con sencillez; sus camareros, probablemente.

¿Qué misterios se encierran en todas estas cosas? ¿Ganará "Rubí" el Derby? ¿Habrá un nuevo crimen? Lea el próximo capítulo de esta interesante novela.

LOS REPORTAJES DE "MUNDO ARGENTINO"

Hablan los VETERANOS: *El* "PELADO" RATCLIFF

Por AGUSTIN SELZA LOZANO



Team de jugadores británicos, pertenecientes a los clubs que militaban en la Asociación Argentina, cuando en 1905 nos visitó el Nottingham Forest, con el que se midió el 18 de junio del mencionado año. Estaba integrado así (de izquierda a derecha y de pie): A. Norris, A. S. Harris, R. H. Thomson, J. Fox (linesman), P. Hooton, G. A. Jordán (referee), y A. E. Craven. Sentados: J. Diggs, A. E. Wells, H. T. Ratcliff, P. Mac Carthy, E. Cunningham y S. U. Leonard. Perdieron por 13 goals contra 1. Leonard marcó el único tanto del conjunto británico.

"Los JUGADORES de ahora COMBINAN MUCHO y se olvidan de TIRAR al ARCO"

HAROLD Thomas Ratcliff fué uno de los grandes jugadores de football, de aquel football indiferente, "juego de ingleses locos", que se practicaba hace más de treinta años. Llegó al país en 1897, y luego de defender durante una temporada los colores del Flores Atlethic Club, hace tiempo desaparecido, ingresó al Belgrano A. C., en cuyas filas militó hasta abandonar el deporte que había empezado a practicar, siendo niño, en el Framlingham College, Condado de Suffolk (Inglaterra).

Luciendo los colores de Belgrano, conquistó envidiable popularidad. Era el centro halfback más completo de aquella época, y por eso en muchas ocasiones vistió los colores nacionales en cotejos internacionales, pues además de jugar contra los uruguayos, también enfrentó al Southampton y al Nottingham Forest. Los escasos aficionados que en aquella época concurrían, atraídos por la belleza del espectáculo, a presenciar juego tan exótico, pero interesante, conocían a Ratcliff con el nombre de el "Pelado". En efecto, a los veintidós años era tan calvo como ahora, y sus admiradores decían entonces que su prematura calvicie se debía al hecho de usar con gran frecuencia la cabeza para jugar la pelota, pues empleándola solía hacer jugadas excelentes.



Era, pues, el "Pelado" Ratcliff uno de los más populares footballers, a quien el público tributaba su admiración en todos los matches en que actuaba. Amateur puro, perteneció a la época en que por antonomasia se le llamó de oro, para significar los valores de aquel football que se jugaba por deporte y cariño, pues el dinero entonces no era parte preponderante en el football, como lo es en esta época en que se juega por obligación y dinero. La verdadera era del football de oro contante y sonante es la presente.

Llegamos hasta el veterano crack para solicitarle sus impresiones respecto al deporte que él con otros más popularizaron.

—¿Concurre con frecuencia a presenciar los matches de football?

—Voy pocas veces. Sin embargo, los partidos internacionales ejercen cierta influencia en mi ánimo, y en especial aquellos en donde intervienen equipos británicos.

—Entonces ¿habrá presenciado los partidos en donde intervinieron los teams del Motherwell y Chelsea?

—En efecto, vi algunos de los partidos jugados por esos cuadros.

—¿Qué impresión le produjo el juego desarrollado por los jugadores argentinos frente a los profesionales británicos?

—Muy buena. Tanto, que puedo decir que los muchachos argentinos han superado a sus maestros. Si el mundo caminara hacia atrás, nosotros tendríamos que ocupar frente a ellos las bancas de alumnos, sin exceptuar a quienes integraron al famoso Alumni.

—¿Cree que un team argentino haría buen papel cotejando sus valores en Inglaterra con equipos de la primera división de la Liga Inglesa?

—Pienso que ningún cuadro europeo podría superar a los argentinos. Pero entiendo que los buenos conjuntos de la Liga Inglesa podrían vencerlos.

—¿Habrá, sin embargo, apreciado ciertas fallas entre los jugadores argentinos?

—En efecto, comprendo que los jugadores de ahora son ligerísimos, buenos gambeteadores, pero carecen de shooting frente al arco. Combinan mucho, olvidando su verdadera misión de tirar con más frecuencia al arco. No hay hoy los shoteadores de mis tiempos.

—En materia disciplinaria, ¿cuál es su opinión?

—En esa faz, el football no ha marchado a la par de su progreso en el juego. No hay disciplina ni respeto por los rivales. Sólo el ansia de ganar domina a los footballers de ahora, y para ello echan mano de todos los recursos, aun de aquellos que la moral deportiva repudia y condena.

Sentado ante su mesa de trabajo, aparece en esta fotografía Harold Thomas Ratcliff. Como se ve, el famoso centro halfback mantiene su calvicie como cuando los aficionados le llamaban cariñosamente el "Pelado".

—De lo que ustedes legaron a estas generaciones, ¿no queda más que el juego?

—Es verdad. Sólo el juego, más rápido y acciones concebidas con más ardor y mayor inteligencia. Pero el punto céntrico del sport, que es la caballerosidad entre los adversarios, de eso nada quedó. Yo he practicado deportes desde los nueve años y siempre me animó el

(Continúa en la página 45)



CUENTO PARA LOS NIÑOS

QUILITO *el* MENTIROSO

Por H. S. MUÑOZ

UN niño más embustero que Quilito difícilmente podría encontrarse. Mentía en todo momento y sin necesidad. Unos decían que era un vicio y otros que era una enfermedad. Fuera una u otra cosa, lo cierto es que perjudicaba a todos con sus grandes mentiras.

Se encontraba en un camino con un vecino del pueblo, y en seguida se le ocurría una mentira para desesperarlo. Le decía:

—¡Tío Felipe! ¡A usted vengo buscándolo! ¡Corra! ¡Su hijo está muriéndose! ¡Se cayó de un árbol y se rompió una pierna!

—Eso no es verdad. Eres un gran mentiroso.

—Le juro, tío Felipe, que es verdad. ¡Corra, por favor!

A pesar de estar seguro el tío Felipe de que no era verdad lo que Quilito acababa de decirle, echaba a correr hacia su casa, acongojado. —"¿Y si fuera cierto que se ha caído del árbol?" —pensaba. Y pedía a Dios, sin cesar de correr, que no fuese verdad tamaña desgracia.

Viéndole desaparecer como alma que lleva el diablo, en un recodo del camino, Quilito rompía a reír con la mejor de las ganas.

Otras veces la víctima era una pobre mujer. Golpeaba en la puerta de su casa, y cuando se asomaba a abrirle, le decía:

—Tía Celeria; su marido se ha peleado con otro hombre y lo han malherido. Lo llevaron al hospital del otro pueblo. ¡Corra, si quiere llegar a tiempo de verlo con vida!

Y la pobre mujer abandonaba sus quehaceres y sus hijos y corría, loca de dolor, al hospital del pueblo vecino donde se enteraba de que todo era una nueva mentira de Quilito.

A todo esto, el gran embustero, que no tenía padre ni madre y que vivía gracias a la protección de un pariente lejano, iba adquiriendo la peor de las famas entre los vecinos del pueblo. Nadie le estimaba, y si bien nadie quería creerle, no podían, sin embargo, substraerse a esta debilidad: —"¿Y si fuera cierta?" Esta duda, más fuerte que la más fuerte voluntad, ataba a todos al despiadado instinto de Quilito. Y es así cómo el muy desvergonzado había llegado a convertirse en el amo de todas las voluntades.

Así pasó tiempo. Como todo tiene su límite, un día los vecinos del pueblo se hicieron el propósito de no creerle más. Cada vez que Quilito les decía una mentira, lanzaban una carcajada, exclamando: —"Conque se está muriendo mi hijo, ¿no? Pues me alegro de saberlo", o bien: —"¿Se ha peleado mi marido y lo han herido y está en el hospital? Déjalo; cuando se mejore ya vendrá solo a casa." Y dejaban a Quilito con la boca abierta de asombro y con una gran rabia dentro de sí.

Este tácito acuerdo de los vecinos de no creerle, iba surtiendo su efecto. Quilito per-

día todo su poderío, y esto le desesperaba más que si, en efecto, fueran tesoros los que perdía. Su afán de mentir, lejos de atenuarse, iba acrecentándose cada vez más. Luchaba por imponer sus mentiras, y siempre salía derrotado; esto fué causa de que un día le viniera a las mientes una idea vandálica.

Era el día de la fiesta de la Vírgen patrona del pueblo, y, como todos los años, los vecinos habían acudido al bosque cercano, donde se realizaban las fiestas patronales con el mayor esplendor posible. De pronto, cuando la fiesta estaba en todo su apogeo, se presentó Quilito gritando:

— ¡Que se quema el pueblo! ¡Que se quema el pueblo! ¡Corran! ¡Corran!

Todos corearon con una gran carcajada las palabras de Quiltto; pero uno de los vecinos, que miró al azar hacia el pueblo, vió alzarse sobre la techumbre del modesto caserío una inmensa columna de fuego y humo.

Era verdad; ¡el pueblo estaba ardiendo! Desesperados de terror corrieron todos hacia sus casas; y en el lugar de la fiesta sólo quedó Quilito, gozando de su hazaña; porque era él, y nadie más que él quien había prendido fuego al caserío de madera. Aferrado a su vicio de mentir y no pudiendo ser ya creído, había llegado al extremo a que llegan todos los mentirosos de la tierra, a "realizar" sus mentiras, sin importarles el alcance de su daño.

¿Y cuál fué la consecuencia? Que como también se quemó la casa de sus protectores, no tuvo más remedio que marcharse a la ventura, porque nadie quiso recogerlo en su nueva casa; y según cuentan en el pueblo, murió solo y olvidado, sin quien se animara a creer el hambre y los males de que se quejaba. Y es que en este mundo, la mentira no triunfa jamás, ni da la felicidad a nadie.

FIN

Las grandes historietas de SOGLOW



EL REDUCIDOR ELECTRICO

Derechos exclusivos de reproducción adquiridos por MUNDO ARGENTINO

Hablan los veteranos...

(Continuación de la página 43)

ansia de vencer. Como sportsman, he dado siempre mis energías y entusiasmos por mi cuadro, pero siempre procedía lealmente. Cuando mi team fué derrotado, jamás escatimé mis felicitaciones al vencedor. Mi mano supo siempre estrechar la del adversario. Esto es el alma del deporte y de quienes lo practican. Saber perder bien es mucho más difícil que saber ganar.

— ¿Alguna anécdota de su vida de footballer?

— Le relataré una que aun cuando no me favorece, demuestra, en cambio, la calidad de los "misioneros del football". Me refiero al Southampton, el primer equipo profesional inglés que llegó a nuestros fields, en 1904. El segundo partido que jugó el cuadro profesional fué contra un conjunto de jugadores británicos el 3 de julio del año citado. Southampton había debutado seis días antes frente a Alumni, al que venció por 3 a 0. Los tres forwards centrales visitantes habían dicho antes de empezar el cotejo con el cuadro en donde yo formaba, que el centro halfback no tocaría la pelota en todo el desarrollo del partido. La línea media la formábamos Pfelffer, yo y Cunningham. Comenzó el match, y, en efecto, el juego de los tres delanteros centrales era endemoniado, y en cuanta ocasión pretendía intervenir mis intentos resultaban frustrados ante tan hábiles jugadores. Y como si esto fuera poco, los wingers se preocupaban de atraer la atención de Pfelffer y Cunningham, quienes, así entretenidos, ninguna cooperación podían prestarme. Transcurrió el partido, y al final fueron contadas las ocasiones en las cuales yo había jugado la pelota. Los profesionales, si bien en gran parte cumplieron lo prometido, en cambio no lograron lo que se habían propuesto, ya que yo alcancé a jugar la pelota varias veces. Eran hábiles jugadores y fueron los primeros maestros del football argentino.

"Desde entonces han transcurrido muchos años. El football era juego de ingleses y mirado con indiferencia. Hoy es el deporte del pueblo, y al verlo extendido por todo el vasto territorio de la república, se siente la satisfacción de haber legado a los criollos un deporte viril, noble y de grandes beneficios para la salud y la raza."

FIN

El enemigo misterioso

(Continuación de la página 27)

en los ojos, que poco a poco lo llevó a la ceguera. Ahora no ve lo más mínimo. Estoy segura que si el ladrón lo supiera, se atrevería a volver. ¿No crees, Narciso?

— Sin duda alguna — contestó Farraday, tratando de ocultar su confusión. — ¡Pobre viejo "Bink"!... ¿Y tu padre?... ¿No lo podría ver?

En el corredor contiguo resonaron fuertes pisadas. Guillermo Belmont, el dueño de la "Bella Africana", vestido de smoking, entró sin ser anunciado. Julia, sobresaltada, se levantó, y sin poderse contener, precipitóse en los brazos del "Demonio de las Minas".

— ¡Ah, papito querido! ¿Cómo se te ocurrió traer aquí a Narciso? ¿Por qué no me dijiste que venía contigo? ¡Milagro ha sido que no se topara con "Bink"!... Si tardamos un poco más, se le echa encima.

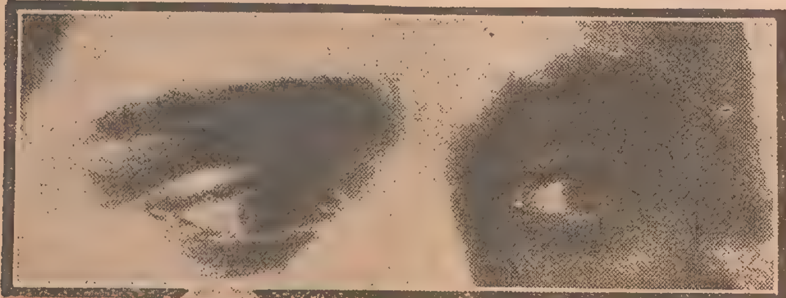
— ¡Narciso no se asusta de gorilas, ni de leones! — dijo Belmont vociferando. — No le teme a Guillermo Belmont, a Marlow, ni a nadie — añadió, mientras estrechaba vivamente la mano del joven. — ¡Estoy contento, muchacho! Encontraste el punto débil del gorila... ¡y el mío!

La confesión del minero fué suficiente para Narciso y para la jubilosa muchacha que se interponía entre los dos. Quizá para la alborozada novia no fué del todo precisa la referencia sobre el punto débil del gorila. "Tal vez — decíase para sus adentros — los hombres son como las mujeres en eso de conservar secretos que sólo a ellos conciernen."

Fué, en realidad, un secreto que la joven nunca llegó a conocer; un secreto que los dos hombres guardaron celosamente para que en este engaño encontrara alegría perenne la mujer.

FIN

El SHA de PERSIA, que se CASO DIEZ



Los ojos era lo único que en público podían mostrar las mujeres persas, muchas de ellas de extraordinaria belleza.



Así, con el rostro cubierto por un velo, tenían que aparecer las mujeres de Persia durante el reinado del sha disoluto que se casó por décima vez.

Hace un par de años murió el ex sha de Persia más despilfarrador que se ha conocido: Ahmed Mirza. Este monarca llevó siempre una vida fastuosa, viviendo casi más tiempo en París que en su propia patria. Sus encandalosas orgías se hicieron famosas en la Ciudad Luz y vivían alrededor de él una cohorte de parásitos que medraban con la magnificencia del espléndido sha. Se casó diez veces, y lo más curioso es que, a partir de estos múltiples enlaces, se entregó a la vida desenfrenada que lo llevó prematuramente al sepulcro, pues murió joven, a los treinta y dos años. Esta nota que publicamos da buena idea del vivir alocado de aquel hombre que un día, en plena ceremonia real, pisoteó la corona ante la estupefacción de sus súbditos.

DICEN que los elefantes nunca olvidan. Pero los esposos sí. A veces olvidan llevar a su casa el sueldo completo, olvidan los aniversarios del matrimonio y olvidan sacar el gato antes de acostarse por las noches.

Pero, sin duda, el campeón de los millones de maridos olvidadizos fué el extinto ex sha de Persia, Ahmed Mirza. Había muchos detalles en su colorida existencia que el monarca asiático ni siquiera deseaba recordar.

Sin embargo, la cosa principal que olvidó en su vida fué mencionar dos de sus diez hermosas esposas en su testamento final. Este pequeño detalle de distracción produjo recientemente, en el embargo temporal de un tesoro de cuatro millones quinientos mil dólares en alhajas, efectivo y valores, un furioso litigio judicial y un encuentro mano a mano, no menos furioso, entre las viudas del ex sha

UNA FIESTA QUE CUESTA DOS MILLONES DE FRANCOS



Toda una fortuna vale la corona del monarca de Persia que un día, en plena ceremonia palaciega, Ahmed Mirza se quitó de la cabeza y pisoteó enfurecido.



Este gordito carirredondo es nada menos que el escandaloso sha de Persia, que murió prematuramente a causa de su vida de libertinaje.

El finado sha de Persia a que nos referimos, era el séptimo de su línea. Poseía una mirada jovial y una faz rubicunda. Tan grande era su afición por la vida nocturna y las aventuras galantes en las metrópolis europeas, que no se fijó que tan desenfrenada sed de placeres le había costado nada menos que el trono heredado de sus mayores, con las canonjías inherentes.

Sin embargo, las diez esposas del sha no se preocupaban mucho por la conducta de su distinguido consorte. En efecto, las bellas habitantes del harén ni siquiera pestañearon cuando su señor, Ahmed Mirza, dió en Niza una fiesta que le costó dos millones de francos. Toda la ciudad fué invitada a los deslumbradores festejos, que duraron una semana.

Pero la gran pelea tuvo lugar cuando las dos esposas, cuyos nombres el monarca se había olvidado anotar en su testamento, descubrieron que su augusto marido había guardado en un banco de Nueva York una fortunita de cuatro millones quinientos mil dólares. Las dos viudas soltaron un alarido legal que resonó en todo el mundo.

EL ACTUAL SHA DE PERSIA

El epílogo de esta batalla legal, que se llevó a cabo en las cortes de Nueva York, consistió en la lucrativa corrección de la frágil memoria del buen sha. Pero el asunto todavía no termina. El sha actual, Reza Khan Pehlavi, el sucesor de Ahmet Mirza, que sólo era un simple soldado y mozo de estribo antes de que el destino, por una absurda jugarreta, lo pusiera en el opulento trono de Persia, ha declarado que toda esta fortuna de cuatro millones quinientos mil dólares pertenece íntegra al reino de Persia, y por consiguiente, a él, Reza Khan Pehlavi, como actual soberano de aquel dominio oriental.

Hasta estos momentos parece que muy pocas probabilidades de cobrar tiene el actual soberano persa. Mientras tanto, las dos olvidadas esposas, de acuerdo con las cortes de Nueva York, tienen derecho a la fortuna que el finado sha ocultó en esa metrópoli.

Mientras las otras ocho esposas del extinto sha rechinan los dientes y lanzan todo género de imprecaciones, las en un tiempo olvidadas esposas números 9 y 10 pueden hundir sus delicadas manecitas en el cofrecillo que involuntariamente, quizá, les dejó su disoluto esposo.

Hace apenas un año que el ex sha Ahmed Mirza murió en París. Solamente tenía 32 años; pero su vida estaba tan llena de aventuras y emociones de todas clases, que su biografía bien ha-



VECES, *llevó una* VIDA *de* ESCANDALO

bría dado material para una picante réplica a "Las mil y una noches".

EL MONARCA QUE PISOTEO SU CORONA

Los antecesores de este disoluto monarca habían regido los destinos de Persia desde 1779. Fué en 1909, a la edad de once años, que el pequeño sha quedó convertido en el monarca del riquísimo reino oriental. Desde un principio el joven monarca mostró poco o ningún interés en el bienestar de sus súbditos. A medida que transcurría el tiempo, su disipación y libertinaje aumentaban en proporciones. En razón directa con esta conducta aumentaba el desprecio que sus súbditos sentían por el soberano.

En efecto, el día de su coronación Ahmed Mirza hizo algo que asombró a toda Persia. Mientras prominentes funcionarios del gobierno colocaban sobre la cabeza del monarca la magnífica corona de reluciente oro incrustado de piedras preciosas y con un peso de casi cincuenta libras, el regordete sha golpeó violentamente el piso con el pie, gritó furiosamente y se revolcó por el suelo, víctima de un ataque de furor.

Cuando los circunstantes apenas volvían de su asombro, vieron cómo su soberano saltaba repetidas veces sobre la corona y la capa real. Desde aquella ocasión, el caprichoso sha se negó a usar en ninguna ceremonia o en el palacio estos tradicionales símbolos de majestad.



El Palacio del Sol es este suntuoso edificio donde el sha calavera tenía algunas de sus diez consortes para distracción de sus hastíos reales.



Ahmed Mirza estuvo también en España y fué recibido por el rey Alfonso XIII, con quien, sin duda, habrá corrido más de una juerguita típicamente española.

La única prenda con que cubría su cabeza en todas las ocasiones era una especie de fez hecho de piel de cordero negro y decorado con una borla blanca. En vista de esto, las malas lenguas de Teherán empezaron a llamar al monarca, cuando era seguro hacerlo, "el cabeza de borrego".

DESPUES DE CASADO, EL SHA SE ENTREGO A UNA VIDA DISOLUTA

La creencia general de las personas es la de que el matrimonio hace más ordenada la vida de los hombres. Sin embargo, en el caso de Ahmed Mirza no fué así. Estaba casado con diez mujeres, y en vez de que su vida se hiciera más reposada después de sus matrimonios, se hizo más disoluta y ruidosa.

Los antecesores de Ahmed Mirza habían sido déspotas absolutos, con derecho de vida y muerte sobre sus millones de súbditos. En 1906 estos poderes habían sido algo reducidos. Sin embargo, tres años después, cuando Ahmed Mirza fué coronado, la voluntad del sha era todavía la autoridad suprema en muchos sentidos.

El joven sha no oprimía a sus súbditos; simplemente, no se preocupaba de ellos. Lo que más le gustaba hacer era ir a París de cuando en cuando y ahí llamar la atención en todos los lugares de tronío, por los que la Ciudad Luz es famosa.

El sha tenía a su disposición una fortuna de cuatrocientos millones de dólares en alhajas, oro y valores negociables. Además, tenía los impuestos de sus súbditos y los tributos de los señores feudales de su reino. No cabe duda que sus ingresos y su fortuna eran fabulosos, pero el disoluto monarca oriental gastó y se divirtió en una forma tan despilfarrada y escandalosa, que aun su inmenso rollo de billetes de banco empezó a empequeñecerse.



En su última voluntad el sha de Persia se olvidó de legar parte de su fortuna a dos de sus mujeres, lo cual ha originado un pleito ruidoso. Esas dos olvidadas también quieren meter las manos en las arcas llenas de piedras preciosas de Ahmed Mirza.

EL PARLAMENTO DE PERSIA TOMA MEDIDAS ENERGICAS

Mientras tanto, en Teherán los ministros y el Parlamento poco a poco iban recortando los despóticos poderes del sha. Ahmed Mirza no parecía preocuparse. Continuó yendo a París con tanta frecuencia como pudo, y de estos repetidos viajes salieron las más deliciosas aventuras con las sirenas de los boulevars de la Ciudad Luz, que arrancaron francas risas a los lectores de periódicos y dolores de cabeza a los adustos funcionarios de Teherán.

Pero el golpe decisivo cayó sobre la cabeza del monarca en 1923. Una mañana, cuando Ahmed Mirza se presentaba en el palacio de Teherán, se encontró en la puerta principal con un letrero que decía: "Se prohibe la entrada." De la



Tipo de mujer de la corte de Persia, vistiendo su característica vestimenta.

(Continúa en la página [illegible]

La SPINELLY, rival de la MISTINGUETTE, considera que CONTRIBUYO a la REVOLUCION del 6 de SEPTIEMBRE

UNA NOTA DE CARLOS MONTENEGRO

Mademoiselle Spinelly, la famosa rival de la Mistinguette, que se precia de poseer un par de piernas y un cuerpo más escultural que el de la veterana artista de "varietés", es, tal vez, la más típica, la más característicamente parisina de las actrices. Pequeña, ágil, impulsiva, ocurrente, llena de gracia "espiegle" y picardía, hace años que deleita a los públicos de Francia y aun del mundo. Es bataclana, amazona, equilibrista, bailarina y comedianta. Para ella han escrito piezas de avanzado vanguardismo, de grande audacia escénica y de arriesgadas tesis, desde Bataille hasta Cochran. En 1930 actuó en el teatro Maipo de nuestra capital. Conserva gratísimo recuerdo de su estada entre nosotros: "Al alejarme de Buenos Aires sentí como un mordisco en el corazón", dijo recientemente.



La rival, en arte y en años de Mistinguette, estudiando una pieza teatral en el jardín de su casa.





Los caprichos de la Spinelly son famosos. En cierta ocasión se le ocurrió nadar desprovista de toda clase de vestiduras en Biarritz. Le previnieron que se exponía; que los guardianes de la playa podían detenerla por inmoralidad.

—*¿A mí?* —gritó, indignada. —*¿Detenerme un simple guardián? ¡Quisiera verlo! Apuesto a que mañana entro al agua completamente desnuda. ¡Juego mil francos!*



La célebre "vedette" en años juveniles, luciendo sus famosas extremidades inferiores, bastante feas por cierto.

La Spinelly, rival de la Mistinguette, se ve envuelta constantemente en líos de toda índole. En esta nota se refiere el del pleito que ventila actualmente ante los tribunales de París con el secretario de embajada, míster Cavendish Bentinck, por importe de alquileres. Considera la famosa estrella que su casa le trae mala suerte, y lo prueba diciendo, entre otras cosas, que en 1930 tuvo que huir de Buenos Aires sin terminar su contrata en el Maipo, debido a que la prensa argentina atribuía a su nefaria influencia la caída del presidente Irigoyen. La verdad es que la Spinelly, rival en las tablas y en el tiempo de la Mistinguette, no agradó a nuestro público, que tributó merecidos aplausos a la segunda actriz Alicia Cocea, lo que motivó el disgusto de la Spinelly.



La Spinelly con su hijito, que en la actualidad cuenta diez años de edad.

Alguien tomó la apuesta, y al siguiente día ella cumplió su compromiso: salió de su casilla sin el más leve rastro de ropa sobre el cuerpo escultural y corrió hacia el mar. Un guardián, enfurecido por los atentados de días anteriores, se había mantenido oculto e intentó cerrarle el paso. Se inició una hermosa cacería, pero el hombre triunfó, y no tardó en asir rudamente de un brazo a la náyade. De todas partes acudieron bañistas, que formaron animado corrillo, intentando libertar a la cautiva, pero el representante de la ley permanecía impertérrito. De repente se presentó en escena otro personaje.

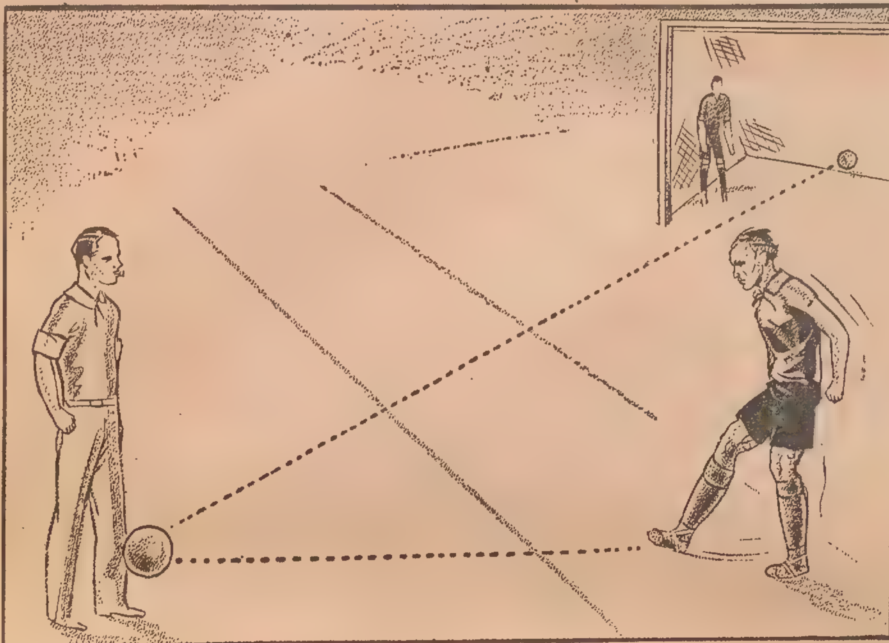
Pequeños GRANDES PROBLEMAS *del* FOOT-BALL

¿GOAL, GOAL-KICK O CORNER?

Cuando se toma un goal-kick y la pelota, después de ser impulsada, encuentra en su trayectoria al referee, y rebotando en su cuerpo cambia su recorrido y se aloja en el arco llegando a la red, ¿qué deberá sancionar el árbitro? ¿Goal, goal-kick o corner?

Pese a las distintas interpretaciones que se le dan a esta jugada, la exacta es esta:

El referee deberá sancionar un corner, en razón de que el último jugador que jugó la pelota fué uno del bando atacado — el que tomó el goal-kick — y porque de un goal-kick no se puede marcar goal directo. Y en este caso sería goal directo en virtud de que el referee siempre es considerado como un poste.



Era un individuo armado de una máquina fotográfica, que procedió a enfocar a la Spinelly. Esta, nerviosísima, se arrancó de manos del guardián y se arrojó al mar. A poca distancia de la costa un bote la recogió y la condujo al yate de Marconi, anclado en la bahía.

Recientemente la Spinelly ha divertido a París con las curiosas incidencias de un lío que tuvo con Mr. Víctor Federico Guillermo Cavendish-Bentinck, caballero solemne, grave, doctrinario y primer secretario de la embajada británica en París.

Posee la célebre actriz una encantadora residencia privada en la Avenida Charles Floquet, número 41, y en ella el distinguido caballero británico citado, primo del duque de Portland, y que pretende serlo, también, del rey de Inglaterra, tomó en alquiler el primero y segundo pisos, quedándose la artista con los de más arriba y la azotea.

La casa, situada lejos del ruido y el tráfico de los boulevares, y frente al Campo de Marte, resultaba admirable para la salud de los dos niños del matrimonio Cavendish-Bentinck, y, además, ella misma lo había asegurado, la Spinelly se ausentaba con frecuencia durante largas temporadas al extranjero, en cumplimiento de contratas más o menos prolongadas.

Al principio el diplomático y su familia vivieron felices y tranquilos; la Spinelly se mantenía ausente durante largas temporadas, quedando en la casa sólo su hijo de nueve años y la servidumbre, pero a los pocos meses empezaron a aparecer trabajadores y a oírse ruidos desde los pisos altos. A primera hora de la mañana los Bentinck eran despertados por el trajinar de albañiles, carpinteros y decoradores que golpeaban y clavaban sin cesar. Era que mademoiselle Spinelly había resuelto levantar un taller en la azotea. El asunto se prolongaba, y tras varias semanas de martirio, el diplomático escribió en forma muy cortés a la señorita Spinelly rogándole tomara las medidas necesarias para que cesara tal estado de cosas. Inmediatamente recibió una respuesta en la cual se le prometía atender su reclamación, pero desde ese día pareció como que se trabajaba y golpeaba con mayor actividad aún. Entonces, ya exasperado, una mañana el secretario de la embajada británica se subió al techo y preguntó a los obreros si se les había dado orden de hacer todo el ruido posible. Esa observación tan poco diplomática llegó a oídos de la Spinelly juntamente con otra carta de queja a sus manos, redactada en términos ciertamente nada corteses. La respuesta de ella no fué menos enérgica; en ella le decía a su inquilino que si le disgustaba el ruido, podía taparse los oídos con algodón. Al propio tiempo ponía en duda su parentesco con el monarca inglés, estimando que más parecía que lo tuviera con "Gruñón", personaje de una pieza de Ben Johnson, a quien molestaba tanto el ruido, que despedía a los sirvientes cuyos zapatos crujían.

Así empezó el lío. La correspondencia continuó en el mismo tono de acritud, y como el señor Bentinck no lograra su propósito, se vengó negándose a pagar el alquiler. Pero, por lo visto, la Spinelly había resuelto forzarlo a marcharse, y, furiosa al ver que no lo conseguía, empezó a aumentar la batahola reinante en la casa. A altas horas de la noche se ponía a cantar y gorjear en el tono de voz más chillón que le era posible; ejecutaba danzas con zuecos y se aparecía con bandas de alegres camaradas, que se divertían, gritaban y alborotaban toda la noche. El noble señor Cavendish-Bentinck seguía en sus trece: ni dejaba la casa ni pagaba. Tampoco protestaba más. En vista de esa actitud pasiva, la artista resolvió demandarlo. Difícil le fué dar con un abogado que la patrocinara; su adversario poseía en su carácter de secretario de la embajada británica, inmunidades, y no se le podía juzgar por tribunales franceses. A lo sumo se podría instaurar acción en Londres. Se le indicó a la artista que lo práctico era dejar que el diplomático se marchara tranquilamente, invitándolo de buen modo a hacerlo.

—¡Sí — vociferaba la Spinelly; — que se vaya, pero que cumpla su contrato!

Es de advertir que entre propietaria y locatario se había firmado un contrato de tres años de duración, a razón de 75.000 francos por año.

Por fin, Anatolio de Monzie, ex ministro, a quien se llama "el pequeño Maquiavelo", aceptó el asunto, y la demanda se inició por cobro de 65.000 francos de alquileres atrasados. El diplomático respondió con una contrademanda por 80.000 francos, alegando que durante diez y ocho meses él y su familia habían vivido sujetos a las molestias del martilleo y ruidos en el tejado de la casa.

En la primer sesión del tribunal de Versalles, maitre Lenard, abogado de Mr. Cavendish-Bentinck, en prolongado alegato, buscó en el pasado de la artista, cosa que no le agradó mucho a ésta, aunque divirtió enormemente al auditorio.

La Spinelly sostuvo que no todos los ruidos debían atribuirse a sus obreros, por cuanto ella se había visto terriblemente molestada por la colección zoológica del diplomático, que incluía tres perros de Pomerania, que ladraban histéricamente todo el día; dos gatos que daban serenata toda la noche; un loro escandaloso y una docena de palomas que arrullaban de la noche a la mañana.

Hábilmente, el abogado Lenard repuso que la Spinelly no podía quejarse por eso, por cuanto era público y notorio que mantenía en su residencia de Rueil un zoológico casi completo, integrado por sus dos famosos monos, Pepita y Leyland; tres cachorros de león, quince fox-terriers, un cocodrilo, una cigüeña varios gatos siameses, palomas y aves del paraíso.

A continuación la Spinelly declaró que las recepciones de la señora de Cavendish-Bentinck no le permitían conciliar el sueño, lo que causó gran hilaridad en la sala del tribunal, pues es público y notorio que ninguna actriz es más afecta a las diversiones ruidosas que la rival de Mistingette. En 1927 un periodista, Marcel Espiau, provocó un escándalo relatando cómo la artista bailaba, cenaba y bebía en compañía de ejecutantes de jazz en un célebre salón de bailes de negros. No hace mucho tiempo que la Spinelly, su amiga y compañera Alicia Cocea y la Davelli fueron heroínas de una competencia de belleza de formas que terminó sin que el jurado pudiera expedirse, porque sus componentes habían bebido con exceso el dulce champaña de Francia y no se hallaban en condiciones de dar fallo.

Mientras se ventilaba el juicio, ter-

(Continúa en la página 61)

OCHO MIL NIÑOS...

(Continuación de la página 10)

paguen en el hipódromo, sólo abonará "cero" como segunda cifra decimal o de los centavos, debiendo depositar el ochenta por ciento del excedente en el Banco de la Nación a la orden del Consejo Nacional de Educación, e invertir el veinte por ciento restante para cubrir los gastos que demandan el Jardín de Infantes, las escuelas y las obras de beneficencia de la institución.

Es decir, que se corre una carrera en la que se han jugado 34.992 ganadores, que a dos pesos cada uno han producido 69.984 pesos. Hecho el descuento del diez por ciento, quedan 62.985 pesos con 60 centavos para destribuir entre las apuestas al ganador. Si éste tenía 5.400 boletos, corresponderían 11 pesos con 66 centavos a cada uno. Antiguamente se hubiera pagado 11 pesos con 65, y el Jockey habría retenido en su poder los 85 pesos con 60 centavos de remanente, por la imposibilidad de distribuirlos. Ahora, en cambio, de acuerdo a la ley, se paga 11 pesos con 60 centavos. Y el remanente — 345 pesos con 60 centavos — que retiene el Jockey, se reparte y se administra de acuerdo a lo dicho.

En la práctica, el jugador no echa de menos la diferencia al convertir sus ganadores. Centavos más o menos, lo mismo queda conforme el que ha acertado un sport. En cambio, al final de la reunión — como sucedió el primer domingo que se puso en vigencia la ley, el Jockey está en condiciones de depositar unos cuantos miles de pesos a la orden del Consejo de Educación.

MAS DE 60 MIL PESOS MENSUALES PUEDEN RECAUDARSE

Cuando la Cámara consideró el nuevo impuesto, el diputado Santamarina, autor del proyecto, sostuvo que de haber estado en vigencia durante el mes de julio próximo pasado, habría producido 62.316 pesos con 65 centavos.

La realidad ha confirmado estos cálculos.

En la primera reunión se recaudaron 15.241 pesos con 60 centavos, de modo que a cuatro reuniones como mínimo, la cifra sale justa.

Ahora bien: si se piensa que la mayoría de los meses hay cinco y hasta seis reuniones hípicas, y que, además, durante los meses de julio y agosto se debilita sencillamente el monto total de las jugadas, habrá que convenir en que la realidad se encargará de mejorar la cifra calculada.

Otro aspecto interesante es el siguiente: al Consejo de Educación le conviene que ganen los favoritos, por cuanto el remanente aumenta en proporción directa de las cotizaciones. Hecho el dividendo, si hay 4, 5, 6, ó 7 centavos de excedente, el total se abulta, cuando este excedente se retiene sobre los 40 ó 50 mil vales que puede llevar una "fija", y no sobre los 3 ó 4 mil de un "batacazo".

LOABLE INVERSION

El Consejo de Educación debe destinar este tributo, insensiblemente obtenido, al sostenimiento de los comedores escolares.

Las estadísticas últimas arrojan dos cifras pavorosas. Hay treinta mil niños desnutridos en la capital y cinco mil que padecen hambre.

Con sesenta mil pesos mensuales se puede proveer a la alimentación de ocho mil niños, según los cálculos realizados por el actual presidente del Consejo, lo cual ya es consolador, por tratarse de un auxilio del Estado, en un momento como este, en que los compromisos asfixiantes impiden socorrer otras necesidades que las ya establecidas.

Por lo demás, comprobar que a un impuesto modelo se asocia, como en este caso, una loable inversión, es comprobar que la orientación mejora, en cuanto se refiere a los poderes públicos.

El buen humor en nuestros teatros

(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante GINZO



ISABEL (P. Gómez). — ¿Mi desastre conyugal?... Pues muy sencillo, m'hijita: cuando nos casamos yo era rica y mi marido buen mozo; después, yo perdí la fortuna y él siguió siendo buen mozo!...

De "EL SEXO DEBIL", éxito del teatro Ateneo".



CARMEN (A. Cornaro). — ¡Manuel! ¡Manuel! ¡El nene ya habló!
MANUEL (Muiño). —¿Habló? Y ¿qué dijo? ¿Papá? ¿Mamá?
CARMEN. — No. Dijo: ¡goal!...

De "LOS TRES BERRETINES", éxito del teatro Buenos Aires.



BIANCAMANO (F. Mutarelli). — ¿Y por qué te rajaron de bomberos?...
PANTALEON (G. Cicarelli). — De pura envidia nomás... ¡Como era yo quien mejor tiraba la manga!...

De "DIEZ POSTALES POR UN PESO", éxito del teatro Cómico.



MANUEL (Muiño). — ¿Qué es aquello blanco que anda por el aire?...
HINCHA (M. Coiro). — ¡No manya que es el referee!...

De "LOS TRES BERRETINES", éxito del teatro Buenos Aires.

HA PERDIDO LA...

(Continuación de la página 7)

obscura como la entrada de una gruta, — el cortejo femenino aguardaba el instante de transponer el umbral, meses enteros. Entrar equivalía a obtener el socorro supremo.

La muchacha que buscaba un nombramiento de dactilógrafa, salía con dos cátedras. La madre que perseguía un "puestito" para el hijo, conseguía una inspección para el marido...

EL PADRE DE LOS POBRES

En las oficinas públicas aconteció entonces lo que nunca había acontecido. Los empleados iban hasta una hora antes de la hora de entrada, para ocupar un asiento. Las sillas no alcanzaban. Los más imprevisores tenían que permanecer de pie, cruzados de brazos todo el día.

— Vaya a la Casa de Gobierno. Trate de verlo al presidente.

Cada vez era más difícil ver al presidente. Había que vencer innumerables obstáculos. Una muchacha, desesperada, se fué a la calle Brasil, y como la rechazaran, salió llorando. Alcanzó a tropezarse con ella un senador que entraba. Se lo dijo al presidente. La persiguieron y la hicieron volver.

— ¿Por qué lloraba, hijita?

— Porque quería verlo a usted, doctor, y no me lo permitían.

— Ya me ha visto. Vuélvase tranquila. Hoy debe ser un día de fiesta para usted. Hoy ha hablado con Irigoyen.

Una semana después le llegó el nombramiento para desempeñar una cátedra de música. Desde ese día, cuando hablaba del presidente, le llamaba "tatita". Era costumbre, por lo demás. En el hogar de un ex magistrado judicial, los hijos imploraban todas las noches por "*la salud de tatita*".

— Parece que Dios los oye — decía la madre.

¿PASÓ TODO ESTO?

¿Ha perdido la Casa de Gobierno su valor como esperanza?

Entendámonos. Ha desaparecido la avalancha de postulantes que contaban los meses por el número de metros que avanzaban en dirección al despacho del primer magistrado. Han desaparecido las escenas de enternecimiento con los policías jubilados que seleccionaban las audiencias. Han desaparecido las tertulias en la "amansadora" y los "picnics" en los pasillos. Las retretas de mujeres tenaces y abnegadas, en los jardines del Paseo Colón, y los corrillos en los "bares" de las inmediaciones, donde los hombres más recomendados aguardaban con renovada ilusión (para "no gastarse" en las antesalas), la preciosa audiencia.

Todo eso ha pasado. Sobre el parquet de las salas no queda sino el rastro de los puchos encendidos. Sobre los sillones de gamuza que le regalaron al ex presidente Roque Sáenz Peña, para su despacho privado (que hizo revestir con nogal de Italia, cuando instaló su domicilio en la Casa Rosada), no queda sino la huella indeleble de los postulantes que consumieron sus horas y sus energías en interminables antesalas.

Pero el palacio de gobierno mantiene su valor como esperanza. Ha cambiado la decoración. Hay "atrezistas" más hábiles. Ha disminuído el volumen de los empleos que se reparten. Hay algunas diferencias entre los favorecidos de ayer y los de hoy. Mas ¿qué importa todo esto?...

EL MAL QUE NOS AQUEJA ES LA BUROCRACIA

En momentos difíciles para la nación, hay que apelar, en efecto, a las grandes soluciones heroicas. Es preciso llevar al ánimo de los altos funcionarios del Estado, este convencimiento sencillo: los empleos no han sido creados para favorecer a los parientes y a los amigos.

Es preciso combatir la tendencia perniciosa que nos conduce a esperarlo todo del empleo público. Todavía estamos a tiempo para reaccionar. Frente a las deudas que ha contraído el erario, hay que observar aquella continencia que aconsejaba Avellaneda: "Sobre el hambre y la sed..."

FIN

DESPERTAR

(Continuación de la página 19)

identificar a los personajes de aquella ficción maravillosa, cuyos rasgos se le presentaron de una vaguedad total. Renunció al esfuerzo inútil. En esto la sorprendieron las luces mañaneras. El sol estaba alto y la tenue claridad albar, que se retratara sobre el fondo del encalado muro, era ya una raya honda y luminosa. Incorporó el busto, con adolorido desgano. Aún de espaldas, apoyada sobre ambos codos, sentíase desfallecer de angustia. Abatióse sobre el lado del corazón, mientras su diestra se crispaba, asiendo un extremo de la sábana, que oprimió sobre sus párpados...

A ella, que era bondadosa, inteligente, comprensiva, espiritual, ¡pero tan fea!, la vida sólo le había arrojado la humillante limosna de un sueño... Era cruel... Aun así, Berta Mirval, sonriendo ya, comenzó a vestirse.

FIN

Recuerdo de juventud

Un cuento sentimental de EDUARDO L. MC KENNA


Era una excelente amazona, y en la película que se disponían a filmar tomaba parte en una carrera.

LAS otras noches, oyendo una antigua canción, me acordé de una chica que conocí, que se llamaba Luisa; su hermano se llamaba Juanito, y su primo Miguelito.

Luisa tenía entonces unos quince años, Miguelito trece, y Juanito y yo alrededor de doce. En aquella época no sabíamos todavía cómo tratar a las chicas, pero todos nosotros, y aun Juanito, creíamos que Luisa era una chica extraordinaria.

Era muy bonita. Tenía cabellos dorados y grandes ojos azules, y un carácter excelente. Recuerdo que una noche, que habíamos estado jugando en el jardín de la casa de Luisita, tuve una diferencia con su hermanito, y comenzamos a pelear.

La noche era calurosa. Estábamos en lo mejor de la pelea, cuando Luisa vino hacia nosotros, separándome de Juanito, y diciéndome si no tenía vergüenza. Llevaba un traje blanco, y al separarnos me dió un empujón que por poco me voltea; pero no creo que estuviera realmente enojada, porque a la mañana siguiente me contó Miguelito que había estado un rato mirándonos y riéndose.

Al otro día nos dimos la mano Juanito y yo, como lo hacíamos siempre. Quería yo mucho a Juanito, y todavía lo quiero, aunque hace muchos años que no lo veo. Era Juanito de carácter ligero, y se enojaba muy fácilmente; creo que Luisita también era como él.

Entre los recuerdos de su juventud, el autor del presente relato evoca la figura interesante y sencilla de una chica, cuya trágica muerte prematura llena de sombras y duelo el corazón de un muchacho enamorado y tímido, confirmando la terrible sentencia de que la vida, con todas sus complicaciones, destruye los idilios y las esperanzas.

La madre de Juanito y Luisita era divorciada, cosa que no era muy común en nuestra ciudad. Se murmuraba sobre esto mucho. No creo que en aquel entonces las divorciadas fueran felices. Los hombres importantes de la ciudad las trataban con desprecio. Eran los solteros y los engreídos quienes rondaban a las divorciadas.

Todos saben muy bien que en los pueblos pequeños se vive continuamente murmurando, y no solamente la gente respetable criticaba a la madre de Luisa, sino que también desde el barrendero hasta el barbero.

Por esto es que Luisita a los quince años, representaba diez y ocho. Todo el que la veía no podía dejar de pensar en ella. Las chicas de su edad no eran amigas suyas; tal vez las madres no se lo permitían, o quizá porque todas ellas al lado de Luisita parecían insignificantes. No tenía ningún enamorado; la ciudad podía hablar de ella como lo hacía, pero no podía decir que flirteara o que fuera parecida a la madre.

Después de unos años de estudios, tenía entonces diez y seis, consiguió un empleo; la veíamos entonces muy de tarde en tarde; recuerdo que ya Miguelito jugaba al football. Sabía yo que Miguelito y Luisita no eran muy amigos. Conocía lo bastante a Miguelito para saber que no se llevaba bien con nadie, y siendo Luisita dos años mayor que él, no le daba importancia.

Una tarde encontré a Luisa en la ciudad; recuerdo que iba muy apurada. Acababa yo de estrenar pantalones largos y me gustaba andar detrás de las chicas.

—¡Hola, José! —me dijo.—¡Dios mío! ¡Cuánto ha crecido! Casi no lo reconocí...

—¿De veras? ¿Adónde va tan apurada?

—A ninguna parte.

—¿Quiere que la invite a tomar un helado?...

Después de vacilar un instante, aceptó mi invitación.

—¿Y cómo le va a usted? —le pregunté.

—Como siempre. Tengo un nuevo empleo.

—Será de su agrado...

—¡Oh, no! Todos los empleos son desagradables, José. Ya lo experimentará usted. ¿Quiere un consejo? Siga una carrera. Es la única manera de vivir.

—La encuentro muy deprimida... ¿Qué le pasa, Luisita?

—Nada. Es que ya estoy cansada de mi empleo; eso es todo.

—No tiene que dejarse vencer, Luisita; ya llegará la felicidad para usted.

Quise decirle lo buena moza que la encontraba; que cualquier persona que la mirara se convencería en seguida de todo lo que valía; que aunque había tenido muchos disgustos, triunfaría algún día. Pero yo tenía solamente quince años y sabía que no tomaría en cuenta mis palabras. Esa fué la última vez que hablé con ella.



Al llegar la primavera llegó una compañía de cine. Supimos por Juanito que Luisita había conseguido un empleo en ella, y que su nombre era Beulah Travers. Era una excelente amazona, y en la película que se disponían a filmar tomaba parte en una carrera, lo que le encantaba, porque era su delirio disparar.

He aquí lo que ocurrió durante un ensayo. Mien-

tras iba a toda velocidad, el caballo resbaló, y Luisa cayó debajo; fué llevada muy mal herida al hospital. Sus últimas palabras antes de morir fueron: "¿Dónde está mi padre? Quiero ver a mi padre", repitió dos veces, y cerró sus ojos para siempre.

Luisa murió en mayo; en julio del mismo año fuimos a nadar una tarde Juanito, Miguelito y yo. Estábamos recostados en la arena: el día era nublado y la mar aparecía agitada; de pronto oímos un grito de socorro. Era una mujer. Inmediatamente corrimos los tres y fuimos hacia ella nadando: uno de nosotros la tomó de los cabellos, pero sin poder ayudarla. Yo intenté otro tanto, con el mismo resultado. Uno tras otro íbamos tomando a la mujer, sin conseguir llevarla hacia la playa. De pronto Miguelito empezó a nadar con fuerza para volver a tomar a la mujer, que se había alejado, y después de luchar desesperadamente con las olas pudo llegar con ella a la playa.

Esto sucedió en julio. En septiembre le prohibieron a Miguelito jugar al football, diciendo que tenía una afección al corazón, causada, seguramente, por el esfuerzo que había hecho el día en que salvó a la mujer. A los pocos meses Miguelito murió. No pidió por nadie ni por nada. Jamás mencionó el nombre de Luisita, desde el día que supo que había muerto tan trágicamente.

No sé si él toma una parte en la historia de Luisita, o si es Luisita quien toma parte en la historia de él, pero sí sé que había algo muy grande entre ellos, y por eso mismo Miguelito sabía lo que hacía cuando aquella tarde salvó a aquella pobre mujer. Para él la vida ya no tenía atractivos, y aunque, seguramente, nadie supo sus sentimientos, éstos eran tan hondos y tan grandes que lo llevaron a la tumba.

De cualquier lado que miremos la vida, siempre veremos historias que comienzan, pero solamente en el cine o en el teatro ve uno el final de todas ellas. En la vida real siempre un accidente trunca los idilios más hermosos.

FIN

EL SHA DE PERSIA...

(Continuación de la página 47)

noche a la mañana el Parlamento persa había tomado las riendas del gobierno.

El sha tomó con serenidad este rudo golpe a su prestigio y dignidad. En efecto, hasta se burló de la actitud de los miembros del Parlamento diciendo: "De todos modos, no me gustaba el castillo ese. Y quizá ahora ya no me molesten más con cuestiones diplomáticas o económicas."

Pero Ahmed Mirza estaba equivocado, porque el nuevo gobierno lo retuvo como consultor especial. Por poco tiempo el sha estuvo viviendo en una pequeña casa de Teherán. Entonces empezaron a circular insistentes rumores de que el sha había vuelto a olvidar a sus esposas y estaba soñando con París.

Y un buen día los pacíficos habitantes de Teherán supieron que su soberano había desaparecido llevándose consigo cuanto dinero y alhajas pudo. Una vez en París, tornó a entregarse a las bacanales que lo habían hecho famoso. Persia le envió varios emisarios para que le rogaran fuera un poco más discreto, pero Ahmed Mirza se negó a escucharlos.

COMIENZA LA DECADENCIA DEL DERROCHADOR

Por fin, su estupenda fortuna empezó a decrecer alarmantemente. Hasta se dice que las alhajas más preciadas por sus antecesores fueron empeñadas para pagar el importe de sus escandalosas orgías. Pero, después de todo, Ahmed Mirza todavía era el sha de Persia, y con este carácter gestionó y obtuvo importantes préstamos de Inglaterra y Rusia. Estos dineros también tuvieron el mismo fin que los despilfarrados anteriormente.

Cuando en 1925 Reza Khan, el ministro de guerra y gran líder nacionalista, tomó cartas en el asunto, este hombre, que había empezado su vida cepillando caballos, reemplazó a Ahmed Mirza en el trono.

Al año siguiente, Reza Khan fué proclamado sha, pero rehusó sentarse en el famoso trono de oro guarnecido de piedras preciosas y que está valuado en treinta millones de dólares.

Cuando Ahmed Mirza recibió la noticia de que desde entonces en adelante tendría que escribir un "ex" antes de su título, exclamó: "¡Bien, qué diablo!" Y acto continuo ordenó una bacanal para festejar el acontecimiento. El flamante "ex" añadió: "Ahora ya no tratarán de impedir que me divierta a mi sabor."

Y así fué, en efecto. Excepto por recomendaciones de que el ex sha enviara a Persia una parte de su fortuna para invertirla, el nuevo sha lo ignoró por completo.

MUJERES FAVORECIDAS POR EL ESPLENDIDO SHA

Lo que no se sabe es lo que mientras tanto habían estado haciendo las diez esposas de Ahmed Mirza. Sin duda, algunas tuvieron hijos y deben haberlos enviado a París para implorar a su padre a que regresara a Persia. Si tal cosa sucedió, Ahmed Mirza no le dió la menor importancia. Casi continuamente estuvo embrollado en toda clase de dificultades amorosas. En su agitada vida hubo de todo: litigios por incumplimiento de promesas matrimoniales, chantages, maridos burlados, etcétera.

Entre las mujeres de mundo que más favorecidas resultaron con las generosus dádivas del sha, pueden contarse Jean Nash, considerada como la mujer mejor vestida del mundo; Dora Duby, la famosa bailarina norteamericana, que en una y otra ocasión recibió de las regordetas manos del ex sha collares, pulseras y otras bicocas por el estilo. Otras norteamericanas, francesas, inglesas y rusas, que también gustaban de la amistad del destronado monarca, disfrutaron de su largueza.

Al lado de este derrochador oriental, los más célebres despilfarradores norteamericanos parecen niños de pecho. Los fondos del ex sha parecían ser inagotables; poseía un teatro privado, seis magníficas mansiones en otras tantas capitales europeas, caballos de carrera, automóviles de todas marcas y modelos. El hombre era una versión humana del legendario Midas.

Lo que, probablemente, nunca se sabrá es lo qué impulsó a Ahmed Mirza a ocultar cuatro millones quinientos mil de dólares en efectivo, alhajas y valores en un banco de Nueva York. Pero el monarca, sin duda, lo sabía; gracias a su frágil y veleidosa memoria, olvidó esta fortuna en la misma forma que olvidó los nombres de dos de sus esposas en su testamento final.

Unos cuantos años antes de su muerte empezó a circular en París la noticia de que Ahmed Mirza, aquella mina humana de oro, estaba en quiebra.

SE DEDICA A VENDER JABONES Y PERFUMES

Aquellos que lo habían conocido en sus buenos tiempos se negaron rotundamente a creer la noticia. Habían asistido a sus suntuosas fiestas, donde el champaña corría como agua; donde las mujeres recibían como "recuerdos" costosos solitarios o collares de perlas, mientras que los hombres eran obsequiados con cigarreras incrustadas de piedras preciosas.

Parecía increíble, pero todavía les faltaba recibir una sorpresa más. El ex sha, el opulento hombre de mundo, había abierto un pequeño establecimiento comercial en una obscura calle de París, y allí estaba vendiendo jabón y perfumes...

Bueno, no es difícil imaginarse cómo son estas cosas. Los que habían acompañado al ex sha en sus costosas

(Continúa en la página 61)



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

LOS MARIDOS

Dirán que soy una temática, que insisto siempre sobre el mismo tema y con las mismas frases; es que creo que las mujeres suelen ser un poco yunques, y que no por mucho golpear sobre ellas con un consejo útil, la voz del consejo entre en su cerebro, creo más bien que escapa como el sonido del yunque y del martillo que vibran secos en los barrios donde están establecidas las herrerías, que atormentan a los vecinos y apenas doblan los hierros. Yo de continuo recibo cartas de hombres que me leen al azar, y que me piden que insista ante mis lectoras. En esas cartas habla la herida abierta, y por ella se escapa la queja en contra de la familia, de la mujer y de la esclavitud.

No me fatigo de preguntar: ¿por qué las mujeres esclavizarán al marido? ¿Para tenerlo más? No; al esclavizarlo lo alejan, lo pierden fatalmente para ellas y para el hogar.

Llevarlo a regañadientes a tal o cual parte, es una torpe equivocación, porque todo lo que se da por obligación, y por la fuerza se logra, es mal obtenido y peor dado. El resultado en estos casos es siempre contrario; materialmente el marido puede estar en tal o cual parte con la mujer, pero mentalmente, espiritualmente está en otra parte, en su trabajo o en el ambiente que él prefiere. En realidad no puede acapararse jamás por la fuerza al espíritu; al espíritu sólo se le conquista con dulzuras, con libertades, con bondades. El espíritu es lo que más vale, las mujeres dominantes no lo comprenden, por eso no se adueñan de lo más importante en el hombre, lo único que en la vida ata y liga: el espíritu.

¿Por qué las mujeres, que son las verdaderas dueñas de los hijos, no salen con ellos y dejan al marido descansando o yendo por su lado, o trabajando, o leyendo? ¿No ven que lo disminuyen entre la niñera y el biberón, el paseo familiar y las mil pequeñas cosas desagradables y ridículas que tiene el matrimonio burgués de los sábados y domingos? Del marido que allí va, arrastrando resignado la comitiva familiar por cines, teatros, paseos, ómnibus y trenes.

Los maridos llevan sobre sí graves problemas, ellos son los responsables del presente, son los productores del dinero que logra el diario bienestar de la prole, son los que van demoliendo montañas, destruyendo dificultades, allanando el paso para que a todos les sea fácil la vida. No hay, pues, derecho de restarle las energías de quitarle tiempo y coraje, agriando el ánimo con causas inútiles y sacrificios estériles. Hay que ayudarle dejándole los brazos libres y las horas vacías del torpe ir y venir, de hacer visitas, de quedarse en la casa cuando su deseo es salir.

¿Es que las mujeres no son capaces de vivir un poco solas, de divertirse y distraer a los niños?

¡Pobres maridos los que deben dejar el escritorio una hora antes, perder tal vez un negocio, porque la mujer es incapaz de comprar sin su consejo y su compañía un traje al hijo pequeño! ¡Y pobres mujeres, también, las que creen tenerlo mejor acaparando su tiempo y quebrando su voluntad!

Sólo logran con la violencia perder terreno y poner entre su propio corazón y el corazón del hombre, todos los días, un poco más de hastío, que termina por ser el veneno en el que se intoxican los dos.

Las voluntades y los gustos no pueden siempre marchar de acuerdo, aunque las leyes junten las vidas; las voluntades y los gustos siguen siendo dos, dos los espíritus, como dos los sexos. ¿Por qué, pues, negar al hombre independencia? El hombre es el creador de la libertad en el mundo entero; por ella ha luchado, por ella sigue luchando. ¿De dónde le nace a la mujer la torpe y equivocada idea de que es ella quien puede coartar ese sagrado derecho, adquirido sobre tantas generaciones y sobre tantos sacrificios?

Bástele con ser amada, respetada y preferida. Y créaseme que siempre será más amada, más respetada y más preferida la que tenga la inteligencia y la virtud de comprender que es un deber el suyo aquel de acatar la libertad del hombre.

Todo lo que se impone exaspera; para hacer huir al amor nada hay más seguro, eficaz y mejor que el dominio, la fuerza, la imposición y la violencia.

SUEÑO

¡Qué vago, qué torpe, qué inexplicable es soñar!

El soñar con los ojos abiertos es un lógico deleite que no todos saben tener. Yo he soñado mucho, he imaginado cosas fantásticas, he logrado todo lo que la vida me ha negado, he recuperado todo lo que la vida ya no me devolverá.

Con los ojos voluntariamente cerrados, mas despierta, me he regalado la fantasía hermosa de muchas ilusiones irreales, he traído a mí a quien está lejos de mis brazos, he salvado distancias y he logrado imposibles. Mis ídolos han sido de bronce, siempre sonando a campanas, sonando noblemente como no suena ni el mismo bronce de los cañones, que luego el fanatismo convierte en alma de los companarios.

¡Soñar!... Sueño también con los ojos cerrados cuando la mano de la fatiga se afirma en mi frente y reduce al descanso el cuerpo doliente. ¡Qué extrañas cosas ve mi alma mientras yo me hundo en la nada!

¿Y qué será el sueño?

Hay quien dijo que es el espíritu que sale de nosotros y busca en el espacio a otros espíritus y que juntos vuelan; que lo mismo nos unimos con un desconocido que con un amigo, o con un hermano o a un enemigo. Otros dicen que es sencillamente un mal estado físico.

¿Quién dirá la verdad? ¡El hecho es que... soñamos!

Ahora mismo estoy soñando fantásticamente; estoy con los ojos bien abiertos y claros sobre mis cuartillas, bajo el círculo luminoso de la pantalla verde de terciopelo voluptuoso de mi lámpara de cristal, y estoy soñando con que allá, a lo lejos, mantienes entre tus manos este papel, y que me lees..., y que de pronto, me quitas la lapicera, que va rodando..., rodando por la mesa, como deseosa de alejarse de mí; de huir de mi mano, de dejarla libre y desnuda mientras tú, entre las tuyas, la oprimes y la cubres de besos, de esos tus besos cálidos, cariñosos, abrigados, que entibian mis manos que están temblando de miedo más que de frío.

AZARES *del* DESTINO

Cuento dramático de FEDERICO SKERAY

En este interesante cuento se reflejan las tribulaciones de un funcionario público, honesto y correcto, que es derrotado por un pistolero y bandido de la escuela de Al Capone; pero un día el criminal encuentra la muerte en forma curiosa, mientras se bate a balazos con un adversario de su misma calaña.

A las dos y treinta de la mañana, Hugo Veille esperaba aún un llamado telefónico del hospital. Había estado muy ocupado durante media hora después de llegar a su casa. Tenía que redactar y despachar dos informes de accidentes; uno destinado al Registro de Vehículos a Motor, y el otro para su compañía de seguros. Listos esos documentos, colocados en sus sobres correspondientes, cerrados, sellados y estampillados, yacían sobre su mesa escritorio. Con todo cuidado extendió ante sí una hoja de papel en blanco y frunció el entrecejo.

Siendo la procuraduría de distrito un cargo electivo, no era improbable que su fracaso en conseguir la condena de Tino Ruffo significara su derrota absoluta, categórica, en las próximas elecciones. Veille, que apreciaba debidamente lo precario de su situación y no se forjaba ilusiones, no se proponía esperar que se produjera esa contingencia tan molesta. El hecho de que ningún otro procurador de distrito hubiera salido más airoso que él del difícil trance, entrañaba muy poco consuelo.

Amparado por el código, Tino Ruffo, pistolero, contrabandista y destilador clandestino de alcohol, parecía estar por encima y fuera del alcance de las leyes.

El bandido famoso era culpable. Nadie lo ponía en duda. Había sido acusado de un asesinato, y Veille lo detuvo, sometiéndolo a la acción de la justicia. Ruffo se había reído, y al ingresar a la cárcel le había mandado decir que aceptaba el desafío, pero que tuviera presente que no demoraría en salir absuelto y entonces habría llegado el momento de saldar cuentas. ¿Una amenaza?... Sí, pero el funcionario se había reído de ella, primeramente porque era hombre de gran valor personal, y, también, porque estaba seguro de que las pruebas que había logrado acumular bastaban para determinar la condena del acusado, siempre que el tribunal pusiera un poco de buena voluntad de su parte. No cabía dudar de que fuera así, porque la indignación pública y la grita de los diarios eran grandes y vehementes contra el pistolero. Desgraciadamente, las cosas no se produjeron como debieron ser y él lo esperaba. Los hombres encargados de administrar justicia se habían mostrado unánimemente timoratos, preocupados y dominados por el temor que inspiraba el forajido y por el temor a las represalias de sus secuaces. Vanos fueron sus esfuerzos de dialéctica, su alegato conmovedor. Tino Ruffo fué absuelto, por reputarse insuficientes las pruebas acumuladas en contra suya. La ley se interpuso entre la justicia y el criminal, al no imponerle a éste la declaración perjudicial a sus intereses. Él lo había hecho declarar al criminal, auxiliado y secundado por el comisario. ¡Vaya si lo había hecho! De nada le valió, empero, porque a fuerza de minucias legales irritantes se había resuelto la excarcelación inmediata de Tino Ruffo. ¿Qué más podía hacer él?... Nada más que esperar que las circunstancias le fueran más favorables más adelante, y esperar. Era necesario proceder ajustándose meticulosamente a las prescripciones legales, sin dejarles un sólo resquicio por el cúal puede escapar el criminal.



—¿Está muerto?—preguntó al agente que se inclinó para observar al caído.

En su club, Veille había tenido que escuchar comentarios cínicos, y vehementes, y también, a veces, indirectas o murmuraciones.

—Si esto sigue así, decían, tendremos que volver al tiempo de los vigilantes...

—La policía conoce a estos bandidos, ¿por qué no los destierra de la ciudad?...

—Cuando toman a uno, ¿por qué no lo liquidan? Bien podrían hacerlo a la sordina, sin que nadie se enterara.

¡Necedades! Impresiones y ocurrencias con las cuales no podía comulgar un procurador de distrito, aunque ellas reflejaran el clamor de la voz pública.

Ahora Hugo Veille, inclinada la cabeza, recordaba a Tino Ruffo. La rapidísima sucesión de acontecimientos de dos horas antes, estaba grabada en su memoria como una película de cinematógrafo. ¡Qué poco se sospechaba uno lo que podía acontecerle al volver una esquina! A fin de acortar camino, de regreso a su casa, en su voiturette, tomó por la calle Quinta. La hora era tardía, y el tráfico limitado a uno que otro automóvil. Disminuyó la marcha al llegar al cruce de la avenida Seward, en el preciso lugar en que aquella arteria respetable se convierte en aceras de puras casas de inquilinato y despachos clandestinos de bebidas. Observó que el agente de facción se alejaba por la avenida adelante, y al ver el cruce libre, Veille aceleró para pasar pronto.

Las detonaciones breves, pero fuertes, que oyó, pudieron haber sido confundidas con escapes del gran automóvil cerrado que acababa de detenerse a su izquierda, sobre la orilla de la calzada y un poco adelante, pero Veille percibió los trazos de fuego del lado derecho, y vió una silueta obscura que caía lentamen-

(Continúa en la página 55)

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

El SUEÑO de los NIÑOS

En esta misma página nos hemos ocupado en diversas ocasiones del sueño de los niños, y hemos hecho resaltar la forma en que debe acostárseles para que su sueño sea lo más tranquilo y lo más beneficioso posible.



Considerado el sueño como lo de mayor importancia en la crianza del niño, justo es censurar cualquier manera de dormirlo en que el niño tenga que adoptar una postura incómoda, que en lugar de resultarle el sueño un descanso sea para él un motivo de mayor cansancio.

En muchas ocasiones un niño de corta edad se duerme, ya sea sentado a la mesa, después de las comidas, o en su sillita, cansado de jugar. Este niño, dormido así, no puede disfrutar de un sueño reparador, ya que su tierno cuerpecito requiere las mayores comodidades. Acaba por despertarse todo dolorido y fatigado, porque forzosamente su respiración no ha sido lo normal que debiera.

Es, pues, conveniente que toda madre, cuando vea que su nene está próximo a dormirse, lo lleve a su camita y lo acueste en ella para que, al entregarse al sueño, lo haga en esa forma tantas veces recomendada, a fin de que el sueño le sirva de alimento y de descanso.

LA BANANA COMO ALIMENTO

A fin de hacer saber a todas las madres la importancia de la banana como alimento, reproducimos el siguiente pequeño artículo tomado de una revista médica. Por nuestra parte, no tenemos nada que agregar, como no sea récomendar su lectura:

¿Sabe usted que cuando está demasiado madura, el almidón que contiene se convierte en dextrina y en azúcar?

Por esto, para que sea fácilmente digerida, hay que comer las bananas maduras.

¿Sabe usted que el almidón de una banana es indigesto?

Por eso las bananas algo verdes es muy conveniente comerlas cocidas o fritas.

¿No sabe usted que en la banana madura aparecen en la cáscara manchas obscuras?

Por eso las bananas con la cáscara toda amarilla, no están bien maduras.

¿Usted no sabe que la banana es muy deficiente en sales orgánicas y que, por consiguiente, no deja residuo para que los eliminen los riñones?

Por esto constituyen un exclente alimento para los que sufren de las vísceras.

SEÑORA: LA LLEGADA DEL BUEN TIEMPO CONVIDA A LLEVAR LOS NIÑOS A LOS PARQUES Y A LAS PLAZAS. HAGA ESTO CON LOS SUYOS; NO LOS TENGA ENCERRADOS EN SU CASA.

¿Sabe usted que la banana es un alimento de gran valor? (100 calorías).

Por eso hay que considerarla no como un postre que se come de vez en cuando, sino como una buena substancia nutritiva.

¿No sabe usted que las tiras blancas a manera de hilachas que quedan en las bananas después de peladas, son muy indigestas?

Por eso hay que quitarlas antes de dárselas a comer a los niños.

¿No sabe usted que las bananas son un manantial de vitaminas?

Por eso esta fruta ocupa un lugar tan importante en la alimentación. Es, pues, muy recomendable.

• •

LOS PECHOS AGRIETADOS

Si las grietas de que usted nos habla en su carta, son en un solo pecho, lo que le recomendamos es que le dé a su nene sólo el sano, por espacio de uno, dos o tres días, según la profundidad de las heridas. Mientras tanto, debe usted curárselas. El farmacéutico puede indicarle los remedios más prácticos, ya que hay infinidad de ellos.

Si, por el contrario, las grietas son en los dos pechos, al dar de mamar a su nene debe hacerlo alternando uno con otro, curándolos en seguida que el niño ha terminado de mamar.

En todos los casos, no debe usted olvidar este detalle: el de hacerse un lavaje con agua hervida tibia, inmediatamente, antes de poner el nene al pecho, repitiéndolo también después.

En los casos de grietas muy grandes, debe tratarse de buscar reemplazante para dar el pecho al niño, pudiendo ser éste una buena nodriza u otra madre que esté criando.

De no tomar las medidas del caso, sus grietas se harán cada vez mayores, y esto le producirá sufrimientos terribles.

Esperamos haber satisfecho ampliamente su pregunta.

Cdo. a "Martinita", de Las Martinetas.

• •

LAS CAMAS DE LOS NIÑOS

Desde luego, no deben colocarse jamás en sitios que no sean convenientemente ventilados ni en aquellos otros donde por la mañana pegue el sol, ya que éste, al dar sobre los ojos de los niños dormidos, los despierta antes de tiempo.

Tampoco conviene colocar las camas arrimadas a las paredes, ya que los niños, durmiendo de cara a ellas, se ven obligados a aspirar su mismo aliento, de rechazo, y, naturalmente, esto no es nada saludable.

He aquí contestada su pregunta; en cuanto a las otras que según dice desea hacernos, tendremos mucho gusto en contestarlas si corresponden a esta sección.

Cdo. a "Olguita", de Cañada de Gómez.

DOLORES ARTICULARES

Pueden ellos combatirse con eficacia empleando el preparado que detallamos a continuación:

Salicilato de metilo..	10	gramos
Cloroformo	5	„
Bálsamo tranquilo....	50	„

He aquí el modo cómo debe usted usarlo: dele uñas friegas al paciente, por la noche, en el momento de acostarse. Puede repetirlo varias veces si a la primera no le ha surtido el efecto deseado.

Cdo. a "Elena M. de E.", de Crucecita.

• •

DISPENSARIO

Puede llevar a su nene a un dispensario. El más próximo a su domicilio es el que está ubicado en la calle Riglos Nº 235. El tranvía 44 la dejará a una cuadra.

Cdo. a "Marina", de la capital.

• •

DENTIFRICO CASERO

He aquí la receta que usted nos pide en su carta, para la fabricación de un dentífrico casero, eficaz y económico:

Canela	10	gramos
Pelitre	10	„
Cochinilla	5	„
Clavo	10	„
Quina	10	„

Todo esto debe mezclarse y contundirse en un mortero de metal, y luego debe tenerse por espacio de quince o veinte días en un litro de alcohol de 90° grados. Transcurrido este tiempo, se le añaden seis u ocho gramos de esencia de menta. Y por fin se filtra y se envasa.

En cuanto a cómo debe usarse este dentífrico en forma líquida, es como sigue: se echan unas cuantas gotas en un vaso de agua templada, en la que se humedece el cepillo, procurando que éste no sea demasiado duro, pues en ese caso afectaría las encías.

Cdo. a "Pascuala", de Monte Caseros.

• •

LAS ESCALDADURAS

Esas escaldaduras a que usted se refiere, que son propias de las épocas cálidas, puede usted si no curarlas, por lo menos atenuarlas siguiendo un tratamiento que puede consistir en baños de agua de afrecho en la parte afectada, poniéndole luego almidón en polvo.

Se entiende que este almidón debe ser del país, del que se usa para la ropa, que usted misma debe moler hasta convertirlo en polvo.

Por lo demás, aunque son muy molestas, no son de ningún modo graves.

A UN NIÑO QUE LLORA NO DEBE HACERSELE CALLAR CON EL PECHO, YA QUE NO SIEMPRE LLORA DE HAMBRE. ES NECESARIO ENTERARSE PRIMERO POR QUE LLORA.

Ellas se deben a la naturaleza de la persona, pues hay mujeres que no las tienen nunca y otras que las tienen siempre, a pesar de cuanto remedio intentan.

Pruebe a ver si con este procedimiento le va mejor.

Cdo. a "Babúr".

• •

LA DIABETES

El tratamiento más adecuado para el caso de diabetes, a que hace usted referencia en su carta, es el siguiente: pan de gluten, en todas las comidas del día; pan de salvado; tortas de almendras; carnes rojas asadas a la parrilla; vino generoso. Debe abstenerse de toda clase de feculentos y de tomar cerveza. También se recomienda el uso de ropa interior de franela y los ejercicios al aire libre.

Cdo. a "Felisa F. de H.", de Coronel Suárez.

• •

LAXANTE

Lo que más le conviene hacer en el caso que nos expone, es darle a su nene un buen laxante. Para ello no tiene necesidad de recurrir al médico; el mismo boticario puede recomendarle uno a propósito, y al mismo tiempo algún jarabe como complemento de la curación.

Cdo. a "Barcelonesa", de Lincoln.

Ninguna MADRE debe OLVIDAR un solo MOMENTO sus DEBERES

AZARES del DESTINO

(Continuación de la página 53)

te, como si se fuera plegando, sobre la vereda. Otra figura se lanzó imprudentemente a la calle, precisamente en frente del auto de Veille. Encandilado por los faroles se detuvo, como vacilante, y pudo reconocerlo, cosa que hizo con infinita sorpresa, pues era... Ruffo. Veille desvió su auto lo suficientemente hacia la izquierda para alcanzar al sujeto con un guardabarros. Adivinó más que sintió el impacto opaco y percibió el cuerpo que caía.

Al detener su voiturette y descender sobre la vereda, el sedan misterioso arrancó en primera velocidad.

El agente de servicio acudió corriendo, y al ver el hombre caído, dijo:

—¡Ajá! No se fué muy lejos, ¿eh?

Reconoció a Veille y se apresuró a saludarlo:

—¡Oh! ¡Buenas noches, señor procurador! Me llamo Carty. ¡Vamos a ver quién es este pájaro!

Acercándose, dió vuelta al cuerpo que yacía tendido boca abajo.

—¡Es Ruffo! —exclamó mirando a Veille.

—¡Ya lo veo! —repuso el funcionario. —¿Está muerto?

El agente examinaba apresuradamente al caído.

—Hay indicios de vida aún —anunció. — ¡Bueno, usted no pudo evitarlo, señor procurador! El sujeto se arrojó delante de su auto. Y fué una suerte, después de todo. ¿Lo vió usted balear a aquel otro tipo?... ¿Sí?... Yo también. Somos, pues, dos testigos oculares.

Apareció otro agente y Carty lo despachó en busca de una ambulancia y después dijo, volviéndose:

—Ahora vamos a ver al otro.

Veille lo siguió hasta llegar a la otra figura humana que permanecía acoquinada sobre la vereda. Un grupo de curiosos, que aumentaba por momentos, comentaba y miraba con el temor que causan los actos de violencia a los ciudadanos pacíficos. Veille se sintió impresionado al ver al agente inclinarse sobre el cuerpo inmóvil. No era necesario preguntar nada; aquel hombre estaba muerto y bien muerto.

—¡Hum! —gruñó el agente Carty, levantando una pistola automática.— Este es el pequeño Máximo Conero. ¡Bah! Se lo tiene merecido. Valía bien poco y parecía que cortejaba a la muerte, provocando y desafiando constantemente a sus adversarios de crimen. Tenía que sucederle esto. Vió usted cómo fugaron los compañeros de Ruffo en el auto, dejándolo en la estacada.

—Tal vez es mejor así, para usted y para mí —musitó Veille.

—Indudablemente, mejor — afirmó con vehemencia el agente, y agregó: —¡Ahí viene la ambulancia!

Veille esperó que el practicante de la Asistencia Pública realizara su ligero examen, y vió cómo Ruffo, colocado sobre una angarilla era colocado en la ambulancia. A punto de subir al vehículo, detuvo al practicante, y le dijo, dándole su tarjeta y número de teléfono:

—Avíseme la gravedad de su estado. ¡Se lo agradeceré!

Al despedirse del agente, Carty le previno:

—Usted sabe dónde me pude encontrar. Me detendré en la comisaría para conseguir una fórmula de informe del encargado del registro.

En el silencio de su biblioteca, Veille, mirando el reloj, se preguntaba si el joven practicante habría olvidado su promesa de aviso telefónico. Después de meditar un rato, tomó la pluma de un portalapicera de ónix, arregló la hoja de papel y se dispuso a escribir.

"El agente Carty — pensaba, mientras mantenía la pluma en el aire, — si se hubiera hallado en el mismo lugar del hecho habría dado orden de detenerse a Ruffo, y, luego, al continuar éste disparando su arma, habría tirado él también. Probablemente errara, y Ruffo se hubiera reunido con su cuadrilla en el auto, tal vez dejando tendido al policía. Si él, Veille, no llega tan a tiempo, todo eso pudo haber ocurrido, y el bandido, con un asesinato más agregado a su larga lista de hechos delictuosos, habría conseguido huir, como siempre, impune.

"Cualquier ciudadano — reflexionaba, — puede y aun debe cooperar a evitar que se cometa un hecho delictuoso a ayudar a capturar a un criminal. Él, funcionario judicial, había procedido bien al impedir que Ruffo huyera. El hecho de que se encontrara, en ese momento, en un automóvil, complicaba, sencillamente, el asunto. Si él individuo hubiera estado erguido, el guardabarros lo habría derribado, deteniéndolo o tal vez quebrándole un miembro, pero como tropezó en el momento del impacto, no es difícil que hubiera sido golpeado en la cabeza. Podría hasta haber fractura del cráneo. Técnicamente, aquello fué un accidente, pero... ¿quién lo iba a creer? Sería acusado — por cierto que no abiertamente — de haber aprovechado la coyuntura favorable para vengarse, para hacerse justicia por sus propias manos. ¡Verdugo!... Una visión interior, especie de fenómeno de doble vista, le decía que Ruffo había dejado de ser una amenaza para la sociedad..."

Discurrió mucho Hugo Veille en la soledad de su gabinete, y por fin se puso a escribir. Acababa de firmar su renuncia del puesto que desempeñaba, cuando sonó el timbre del teléfono.

—¿El señor Veille? — preguntó una voz.

—Sí, Veille. ¿Con quién hablo?

—Con el teniente Blake, de la comisaría novena. Ruffo ha muerto; falleció hace diez minutos.

Aunque Veille esperaba el llamado, se sobrecogió.

—Esperaba que me hablaran del hospital — dijo.

—Lo sé — respondió el teniente. — Pero primero me dijeron... Vea, señor, Ruffo tenía dos balas en el pecho. Max Conero lo alcanzó. Debe haber estado casi muerto cuando lo derribó su coche. Me pareció que a usted podría interesarle saber esto.

Veille respiró aliviado y respondió:

—¡Gracias, teniente! Me alegro de saberlo. ¡Buenas noches!

Y ensimismado, casi maquinalmente, el funcionario judicial rompió su renuncia en pedazos muy pequeños.

FIN

HOJEANDO LOS ULTIMOS LIBROS

Comentarios de LUCAS GODOY

ENRIQUE DICKMANN: "FORMAS DE GOBIERNO"

Editorial "La Vanguardia". Buenos Aires.

Para los buenos burgueses — grandes y pequeños — que no hayan frecuentado ni poco ni mucho la literatura política de nuestros días, este libro de Enrique Dickmann debe proporcionar una sorpresa decididamente deliciosa. El socialismo presentado por algunos como un monstruo terrible, devorador de incautos, se convierte en las páginas del diputado Enrique Dickmann en uno de esos corderillos cubiertos de moños que los tiernos pintores de Luis XV ponían casi siempre al pie de sus pastoras.

Enrique Dickmann

Porque ¿cuál de esos burgueses esperaría encontrar en un libro socialista "prudentes" reflexiones y "sensatas" opiniones sobre los estados unitarios o federales, la elección de presidente por el Congreso o la urgencia de censos generales como instrumentos indispensables de gobierno? Sacando esta palabra o substituyendo esta otra, el libro del doctor Dickmann podría ser firmado por Rodolfo Rivarola, González Calderón o cualquier otro académico reposado y grave.

En momentos en que el mundo se estremece, los muros se resquebrajan y aterrados truenos ruedan por el cielo, no deja de ser reconfortante este libro de un viejo "leader" socialista para quien los problemas tratados en su libro "están ahora más que nunca en el tapete de la discusión"...

ROBERTO ARLT: "EL AMOR BRUJO"

Editorial "Actualidad". Buenos Aires.

Aunque el autor anuncia que este libro es sólo el comienzo de una novela más amplia, cuya segunda parte llevará por título "El pájaro de fuego", tiene, sin embargo, la suficiente unidad para ser apreciada en su relativo aislamiento.



Roberto Arlt

Vuelve en ella el señor Arlt a ese naturalismo que le es tan propio, en que el detalle más grosero se codea con la observación más aguda, y en que la prosa elocuente, pretenciosa a veces hasta la ingenuidad, se derrama otras en un torrente fresco y bravío. ¿Cómo dar una idea de esta novela descompasada y basta en que el autor adopta vuelta a vuelta las posturas más distintas: inventariador minucioso, psicólogo prolijo, agitador social, moralista a su modo, pintor de grandes frescos? Por huir del artificio y de lo convenido, el señor Arlt no vacila en recoger de una alcantarilla la metáfora que le parece irreemplazable; pero al lado de tal alarde nos dice que dos "proletarios" sostenían un ropero o que su héroe quería "tenderse como un lebrel" a los pies de la amada...

Páginas felices como las que llevan por título "La obsesión" o las que describen el efecto producido en la imaginación del oyente por las "escamas azules" de "La danza del fuego", alternan con otras en que la necesidad de ofender y chocar y provocar tiene mucho más del muchacho aturdido que simula la hombría que del escritor naturalista auténtico y artístico.

POR QUE ALGUNOS...

(Continuación de la página 16)

bro de intelectual y el de un hombre vulgar. Algunos de estos estudios han sido probados por Franz Gall, en trabajos que publicó en 1810. Aunque los trabajos de Gall no atrajeron la atención de los científicos, dieron mucho que hablar. Después de los estudios de Gall vino el período en que se consideraba el peso del cerebro.

Lord Byron, el famoso poeta inglés, tuvo, es cierto, un cerebro excesivamente pesado; acaso el más pesado que se conozca; pesaba cerca de dos kilos 600 gramos, mientras que el de Anatole France, el gran escritor francés, sorprendió a los científicos por lo liviano: su peso era de alrededor de un kilo; siendo, por consiguiente, más liviano que el cerebro de cualquier hombre rústico.

Otro cerebro pequeño, pero poderoso, fué el de Napoleón. Luis Agassiz, el distinguido naturalista americano, tenía una cabeza relativamente grande, pero su cerebro no podía ser más liviano.

Otro de los investigadores de este problema ha sido Rudolph Wagner, quien hizo el estudio del cerebro de tres eminentes hombres y del de un artesano. Wagner encontró muy poca diferencia entre el de los intelectuales y el del hombre común.

Entre los cerebros de intelectuales estudiados, se han encontrado ejemplos de cerebros, simples y complicados.

El estudio del cerebro ha atraído sobremanera la atención, y está muy de moda el legar su cerebro a un laboratorio para su estudio.

A este respecto hace recordar el profesor Donaldson, que hace unos cincuenta años surgió la necesidad de crear mejores cerebros, y con pocas excepciones estos anatomistas habían trabajado el material de los hospitales, demasiado pobre, y entonces se llegó a creer que si esos cerebros podían ser estudiados en mejores condiciones, los resultados podrían ser muy superiores.

Esto provocó entre los intelectuales la formación de sociedades antropométricas, o grupos similares, cuyos miembros accedieron a facilitar sus cerebros para estudios después de su muerte.

FIN

Lo que LLEVARÁ la



1. — *Vestido para paseo, de lanilla color azul. Luce las solapas y mangas de una blusa interior, confeccionada en seda escocesa a grandes cuadros.*

2. — *Encantador vestido de tarde, de crêpe de Chine rayado, pollera de elegantísimo corte asimétrico, y bata cuyos delanteros cruzados se drapean en el talle.*

3. — *Robe manteau de fina lanilla color gris, cerrado adelante con dos botones, lo acompaña una corbata de seda color coral.*

4. — *Vestido apropiado para cena, de crêpe negro mate, dos grandes godets adornan la pollera, dándole mucha amplitud; la bata ceñida se recorta en su parte superior, sobre una delicada blusa de seda color rosa pálido pointillé de negro, mangas cortas formando volado.*

MUJER ELEGANTE



7. — Muy original este vestido para "Five o' clok" de seda blanca, y corte muy moderno, mangas estrechas terminadas por un puño muy amplio. Lo adorna una gran corbata de color rojo.

8. — Vestido sumamente elegante de seda estampada, bata drapeada e incrustada en la pollera con dos picos irregulares, mangas estrechas en la parte superior, y abullonadas en la parte inferior.

5. — Muy vaporoso este vestido de organdí, color verde claro, amplias mangas cortas, adornadas de flores de terciopelo azul, cinturón y moño de lo mismo.

6. — Conjunto de saco y vestido. El vestido es de seda de color herrumbre, estampado a lunares blancos, mangas cortas abullonadas, terminadas por un puño de seda blanca. Lo recubre un liviano saco de lanilla blanca, de original corte en la parte superior, cinturón de gamuza blanca con hebilla de metal.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

TERBAL. — Lavarse la cabeza con esa infusión no es perjudicial, siempre que no se abuse. El budín de arroz se prepara en la forma siguiente: Se pone a cocer una taza de arroz en dos tazas de caldo; se hace hervir hasta que esté tierno; se añade medio litro de leche tibia, cuatro yemas batidas, dos cucharadas de queso rrallado, miga de pan, dos cucharadas de manteca, perejil, pimienta y sal. Se pone al bañomaría en una budinera preparada con manteca y pan rallado.

● ●

VICENTAURO. VILLA DOLORES (CORDOBA). — Los autores gauchescos o los que se dedican a la narración de carácter campero, escriben indistintamente "petizo" o "petiso". Puede usted adoptar la grafía que quiera. En cuanto al segundo punto de su carta, lamentamos no poder darle referencias sobre esa casa por no estar esto dentro de la índole de nuestra sección.

● ●

APUESTA DE DOS FRANCESITAS. — Lily Pons no tiene ninguna hija de 20 años. Mal puede la misma haber asistido a esa academia que ustedes citan.

Lily Pons

● ●

UNA MAESTRA ESTUDIOSA. — Bardo era el nombre que recibían los poetas celtas. Juglar era el que cantaba, mediante estipendio, ante los reyes y magnates, y ante el pueblo también. El orígen, historia, etc., de estas palabras, así como los datos biográficos, de los numerosos escritores que nos solicita, los encontrará usted en cualquier diccionario enciclopédico. Lamentamos, por falta de espacio, no poder ofrecérselos aquí.

● ●

HALAM BRADO. — Estamos de acuerdo, en lo esencial, con usted. Pero debe tener en cuenta que la navegación a vela permite ampliamente la formación del espíritu marino, pues presenta mayores riesgos y dificultades que la otra. Quizá la circunstancia a que usted se refiere obedezca también a razones de otra índole que no sean las técnicas.

● ●

L. Q. de B. — El Ministerio de Instrucción Pública no reconoce los diplomas de esa "Universidad Femenina".

● ●

FUTURO AVIADOR. — Dirija su consulta a la Dirección General de Aeronáutica, calle Charcas, entre Maipú y Florida.

ESTUDIOSO. VILLA MARIA. — No se trata de que nosotros hayamos interpretado erróneamente su pregunta. Lo cierto es que usted insiste en creer que existe un método para curar "radicalmente" ese mal. Lo más que se ha conseguido hasta ahora es mantenerlo en estado "latente", es decir, crear una especie de "stato quo" que no permite el avance del mal y neutralizar sus efectos nocivos y su transmisión, siempre que se siga racionalmente el tratamiento que usted ya conoce, por otra parte, de acuerdo con los términos de su carta. La noticia en los periódicos que usted ha leído, no ha tenido aún la confirmación de la ciencia médica. Entiéndase, pues, bien. No hay ningún método para la curación radical de ese mal, entendiéndose por curación radical, la curación completa, que no exige tratamiento continuo.

● ●

MARY. — Por fallecimiento de los padres se lleva dos años luto riguroso y un año medio luto. Por fallecimiento del suegro o suegra corresponde que la esposa o esposo del hijo lo acompañen a éste en el término de su luto. Si éste ha fallecido, es suficiente seis meses de luto o medio luto.

● ●

ANGEL VILLALBA. — Hemos respondido a una pregunta análoga, que acaso sea suya, con distinto nombre. Consulte a un médico.

● ●

HIPNOSIS. — En cualquier librería encontrará los libros a que se refiere. No hay escuelas que se dedican a ese género de enseñanza.

● ●

ZOE. — 1º El acta que se va a leer en una reunión, como resultante de lo tratado en otra anterior, debe estar lista, y no hay inconveniente alguno en que el presidente conozca su contenido. Al contrario, es una buena práctica. 2º Como resultado de lo anterior, sólo las otras personas podrían hacer objeciones a la misma, ya que presidencia y secretaría se han puesto de acuerdo, previamente, sobre su redacción.

ESTUDIANTE. — Sus preguntas, por la forma en que están formuladas, corresponden a un ejercicio de palabras cruzadas. Lamentamos, por falta de espacio, no poder satisfacerlas, pues si eligiéramos tan sólo varias de ellas, no tendrían eficacia para el objeto que usted persigue.

● ●

UNA RECHAZADA DE LA SOCIEDAD. — Rechace la idea de que alguien busca su mal. Consulte a un médico.

● ●

ANTONIO MASSA. BRAGADO. — La tuberculosis es un mal que tiene curación. No hay, pues, determinados médicos que conozcan el secreto de su tratamiento ni que logren curarla con procedimientos que no estén al alcance de todos los médicos. El facultativo que usted cita puede ofrecer, naturalmente, y de acuerdo con lo expresado anteriormente, un tratamiento eficaz. Hay organismos que no resisten las consecuencias del mal, y en los cuales, por desgracia, fallan los métodos aplicados satisfactoriamente en otros. Recuerde usted aquello de que no hay enfermedades sino enfermos, lo que vale afirmar que un mismo mal suele presentar en diversos organismos características diversas y reacciones distintas.

● ●

JORGE ANZULOVIC (h.). SANFORD. F. C. C. A. — El título que ofrece ese instituto no es de carácter oficial, vale decir, tratándose de una profesión liberal, no tiene valor para el ejercicio de la misma.

● ●

EL SUFRIENTE. SANTO TOME. — Es necesario que se haga usted ver por un médico. Puede recurrir al hospital de su ciudad. Esa dolencia quizá requiera cuidados especiales para su curación.

DESESPERADA. LOMAS VIEJAS. — Su consulta ya ha sido evacuada en otro número. Ese quiste debe ser operado, de acuerdo, por otra parte, con el informe de su carta. Consulte a un facultativo. Es el único camino.

● ●

RIO SERENADRES. — La carrera de repórter o periodista, en su carácter de tal, no existe entre nosotros. Las verdaderas escuelas son los periódicos mismos, donde se hace él aprendizaje y se adquieren los conocimientos necesarios. Naturalmente que el aspirante debe poseer las condiciones naturales de inteligencia y cultura adquirida, indispensables para ser un buen periodista. Si usted sabe "español, taquigrafía, estenografía y dibujo", es evidente que posee condiciones no muy comunes. Basta saber si tiene "lo que Salamanca no da", y que en este caso es el llamado "instinto periodístico" y vocación.

● ●

L. D. UN AGRADECIDO. LAVALLE. — No somos partidarios de ese género de estudios, por considerarlos ineficaces, al tentar la aplicación práctica de los mismos. Lo mismo decimos a AGRADECIDO, DE ROSARIO.

● ●

FASCISTA. — Las muertes que ocurren en esa cinta, donde se pinta la vida salvaje en Africa, puede ser cierto o el resultado de un truco cinematográfico, incluído para dar animación o dramaticidad a la cinta. No tenemos ningún medio serio para comprobar lo uno o lo otro. Naturalmente que los filmadores, por lo general, afirman que todo lo que ocurre en la pantalla, cuando se trata de películas de ese género, es verídico.

● ●



TOMAS Y PEDRO. — En la ruleta, el pleno paga 35 veces; el semipleno, 17 veces; calle, 11 veces; cuadro, 8 veces; línea, 5 veces; docenas y columnas, 2 veces y chances simples, 1 vez. Las chances simples son: color (colorado o negro), pares o impares y menores, mayores.

● ●

LUIS R. BAHIA BLANCA. — Efectivamente. Existe una dependencia de la armada donde usted puede estudiar radiotelegrafía. Trátase de la Escuela de Radiotelegrafía, Dársena Norte, Buenos Aires. Teléfono 31 Retiro 3065. Escriba a la misma solicitando datos y planes de estudios.

● ●

NOVELISTA. — UN VIEJO LECTOR. — Envíen esas colaboraciones a la dirección de "Mundo Argentino". Oportunamente recibirán noticias sobre las mismas.

DESESPERADO I.—El ponerse colorado por cualquier cosa, al hablar con otras personas, denota cortedad de espíritu, escaso trato social, carácter timorato, etc., etc. Combata esa costumbre, poniendo su voluntad al servicio de ese deseo. Lo suyo es, más que todo, el resultado de un proceso psicológico.

● ●

VIA MAR. JUNIN.—Diríjase a la Prefectura General Marítima, Reconquista 281, Buenos Aires.

● ●

CURIOSO DE BARADERO.—Acerca de la voz cigarrería, Ramón C. Carriego, especializado en el comentario de americanismos y criollismos ha escrito lo siguiente: "En toda América llamamos cigarrería a la tienda destinada a la venta de cigarros. En España, donde el Estado acapara el tabaco, se le llama estanco. No tendría sentido común el que los americanos, por acatamiento al diccionario, empleáramos la misma voz." Dicha opinión —tomada de un folleto suyo —parece ser la transcripción de otra de Ricardo Palma.

● ●

J. Y. C.—Esa cicatriz proveniente de una quemadura, que usted tiene desde hace más de quince años, no desaparecerá bajo la acción de ningún remedio.

● ●

UNA MADRE.—El padrinazgo presidencial no es obligatorio. Trátase de una práctica que ningún primer magistrado ha tenido inconveniente en continuar. Hasta ahora, los padrinazgos han favorecido al séptimo hijo varón cuando no ha habido mujeres antes. Puede usted, no obstante, solicitar el padrinazgo, aunque no se encuentre en este caso. Haber tenido siete hijos varones y varias mujeres nos parece más meritorio que haber tenido siete hijos varones solamente. Puede usted hacer constar esto.

● ●

D. L. O. CASTELLI. —No tenemos el cuento a que usted se refiere.

● ●

E. A. S.—Sí. Existe la Sociedad Argentina de Autores Teatrales, que funciona en el local Santa Fe 1243.

● ●

LECTOR DE "MUNDO ARG[illegible]NO".—La dirección de ese establecimiento es: Banco Provincial de Salta. Salta.

● ●

MAURA KASTKA.—Esas manchas pueden provenir de una enfermedad al hígado, por ejemplo, o de cualquier otra causa. Su carta es tan vaga, que no podemos aconsejarle nada. Consulte con un facultativo.

● ●

MARISCAL. — Escriba al Colegio Militar, en San Martín, a la Escuela Naval en Río Santiago o a la Escuela de Mecánica de la Armada, calle Blandengues 4291.

● ●

LUCIANO. R.—Los habitantes de Filandia se llaman fineses.

¡HOLA!...

¿Con quién hablo?



María Esther.—Yo no creo en Roberto, y eso es lo más importante.
Coca.—¿Y recién te entra la desconfianza? ¿A esta altura del noviazgo?
Esther.—Recién alzo los ojos.
Coca.—¿Por qué detalle?
Esther.—Serían largos de enumerar. Detalles sueltos de nuestras conversaciones, de la intimidad, de infinidad de cosas.
Coca.—¿Por ejemplo?
Esther.—Me resulta extraño el cuestionario a que me sometes. Hace dos años que soy novia de Roberto, diez que eres mi amiga; jamás te has empeñado en adivinarme, y, ahora, de pronto, me buscas los secretos, se diría que con alguna fruición.
Coca.—Tu estado de alma hace que te disculpe la ofensa. No puedo sentir fruición por tu dolor ni por tu desasosiego; busco algo que me oriente para defenderte de ti misma, para aconsejarte.
Esther.—Me defiendo bien y, además, no hay nada de qué defenderse Procedo con reflexión.
Coca.—Es que se te fué el amor, entonces.
Esther.—Quizá tengas razón. Y escucha, tienes que perdonarme, está la modista en casa, y apurada.
Coca.—¿Eso también?
Esther.—Te ruego que comprendas; no lo tomes a mal. Corto y más tarde volveré a llamarte, quizá, en mejor estado de alma y con más deseos de confidencias.
Coca.—Que te vaya bien. *(Se cortan las comunicaciones con cierta tirantez.)*

....

Coca.—Logró ponerme nerviosa.
Roberto.—Haces mal en hurgar.
Coca.—Esta es una situación insostenible.
Roberto.—Que ya se aclarará; no la apresures.
Coca.—El que debe resolverla pronto eres tú
Roberto.—Sabes que te quiero.
(R-r-r-r-r...)
Roberto.—Parece que se abrió la comunicación.
Coca.—¡Por favor, hombre, te molestan hasta las comunicaciones abiertas! Si es verdad que me quieres, si has sabido conquistarme, poco a poco, con arte, con maña, sin hacer caso de mi amistad con Esther, no se qué prejuicio tienes de gritarlo de una buena vez a todo el mundo, de deshacer lo que ya se deshace solo.
Roberto.—Te he prometido, querida, afrontar cualquier situación. Es cuestión...
Una voz (interrumpiendo)—Es cuestión de cobardía, de vivir siempre con antifaz.
Roberto.—¿Ves tú mi prejuicio de la comunicación abierta?
Coca.—Vea usted, desconocida; corte, que no le interesa.
La voz.—Es mi oficio, señorita.
Coca.—¿Qué oficio?
La voz.—Pescar comunicaciones, y con tan buena suerte que siempre son líos amorosos; mujeres que quitan novios o maridos, hombres que quitan amantes, novias o esposas. Como en el caso de ustedes.
Coca.—¿Qué sabe usted del caso nuestro?
La voz.—Esther Campillo, comprometida con Roberto Ruibal y en pasos torcidos con Coca Beagochea.
Roberto.—En pasos derechos, en pasos que da el verdadero amor.
La voz.—No corte, por favor.
Esther.—Te desconozco, Roberto. Tú, que eres un hombre valiente, debes defender tus "pasos derechos", en forma derecha. Es doloroso que después de dos años de noviazgo no pueda quedar ni el recuerdo de una buena amistad.
Roberto.—¿De dónde sales tú?
Esther.—No te aflijas, no sospeches que es una treta en combinación con Coca. Estoy en casa y la voz que los interrumpió es la de mi prima Amalia. Coca me llamó, la traté con dureza, segura de que ustedes se hablarían por teléfono. Conseguí un alma comprensiva que abriera las comunicaciones para cortar de una vez las falsedades, eso es todo. Sigue tranquilo, Roberto; asistí dolorida al derrumbe de tu amor, te vi acercarte a Coca con cautela, enredarte en sus encantos. Tu falta de lealtad fué desatando mi afecto. Sigue tranquilo, Roberto..., la vida..., el dolor..., el destino... *(Corta la comunicación y se oye un sollozo.)*
Coca.—¡Roberto!
Roberto.—Hasta luego, Coca... ¡Hasta luego!...

La TELEFONISTA INDISCRETA

113 KILOS.—Sólo en virtud de la revisión médica respectiva, podrá usted saber si su peso es una causante de excepción al servicio militar. Como usted no nos dice que sea el que figura como seudónimo, no podemos adelantarle nada.

● ●

ELSA. — Lamentamos no poder darle esos informes, de índole privada, sobre la persona a que usted se refiere.

● ●

ADMIRADORA DE JUNIN.—Un primo hermano de su madre viene a resultar tío segundo suyo. Muchas gracias por sus conceptos.

● ●

DON X.—En la república hay cuatro cámaras federales de apelaciones, ubicadas en Buenos Aires, La Plata, Paraná, Córdoba.

● ●

ESTELA. GALVEZ. — No existiendo aún una ley de divorcio entre nosotros, no es posible satisfacer su inquisición.

● ●

MARIA TERESA.—No damos direcciones particulares ni de casas comerciales, ni otros detalles que puedan referirse al usufructo de cualquier actividad.

● ●

TIMIDO. GÜEMES. PROVINCIA DE SALTA.—Su cortedad de ánimo o timidez obedece a causas psicológicas. Debe combatirse por medio de la voluntad y no con remedios. Frecuente la amistad y el trato de las personas. No busque la soledad y lea libros como "El Carácter", de Smiles, que ayudarán a completar su educación espiritual.

● ●

JUAN N. ROBLEDO. SALADILLO.—Escriba a la misma escuela de aviación que usted cita en su carta.

● ●

RAUL.—El Código Penal establece que el embargo de bienes inmuebles no comprende el de sus frutos o rentas, salvo que el juez lo determine expresamente.

● ●

UN LECTOR SALTEÑO.—Recurra a un hospital. El mal que lo aqueja es fácilmente extirpable, es decir, con un tratamiento enérgico.

● ●

ANGELITO.—La espuela fija en el talón de la bota se llama espolín. Su confusión proviene de que cierta tela de seda también recibe ese nombre.

● ●

FANATICO. ROSARIO. — Los nacidos el 28 de septiembre estarán especialmente capacitado para afrontar las luchas por la vida. Pero no deben tener en cuenta para nada el factor suerte.

● ●

JAC.—La palabra que usted transcribe no existe. No debe ser "secelas" sino "secuelas" que significa consecuencia o resulta de una cosa.
Séquito. Sexta. Quizá está empleada en esta última acepción.

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR

ERA EL ÚNICO DE SU ESPECIE EN EL PARAÍSO AFRICANO
¡CHAU, Y QUE EL SOL LES ILUMINE EL CEREBRO!
HE AQUÍ LA CORNAMENTA DE UN PÁJARO SAGRADO
GUÁRDENLO PARA HACER UN RECLINATORIO.

MIRÁ: AHÍ ESTÁ, LA CONTINUACIÓN DE NUESTRA CORNAMENTA MEJOR DICHO, SU IMAGEN Y SEMEJANZA.
TU LENGUAJE ME EMOCIONA MÁS QUE EL HALLAZGO. PARECE UN VERSÍCULO DE LA BIBLIA.

SÍGUENOS, CENTAURETE
AQUÍ LAS TIENES MÁS FRESCAS Y TIERNAS, DE LAS VECINDADES DEL COGOLLO.

¡DICHOSOS TIEMPOS AQUELLOS EN QUE NO HABÍA NI TUYO NI MÍO, COMO DIJO DON QUIJOTE!
MUU-UU-UU-UU

SÍ, PERO MÁS DICHOSOS LOS TIEMPOS EN QUE LOS MONSTRUOS ESTABAN EN VITRINA.
MUU-UU-UUU

¡FUERA DE AQUÍ, DISPENSADOR DE BUSTOS! ¡ESTAMOS CAZANDO GACELAS AL SON DEL CUERNO DE LOS CAZADORES CLÁSICOS!

¡PAZ A LOS SERES DE BUENA VOLUNTAD!
¡YO SÉ LO QUE LE DIGO! ¡NO HABLE MÁS Y DISPARE!

¡DOBLE LA ESQUINA EN SEGUIDA!
ESTO NO ES NUEVA YORK. AQUÍ NO HAY ESQUINAS.

CREO QUE ME VOY A MORIR
¡SI ES ASÍ, MORIRÁ SOBRE EL ESCUDO!
B-Z-Z!

DE VOSOTRAS DEPENDE NUESTRA FELICIDAD.

¿POR QUÉ PONEN ESA CARA? ACASO ESOPO, EL PERÍNCLITO FABULISTA, NO TENÍA FAMA DE FEO? LOS DESEARÍA VER NO TAN BUENOS MOZOS Y AFEITADITOS. HAY QUE CREAR FACCIONES GUERRERAS, COMO LAS DE LAS RAZAS DE BRONCE.

Knerr

UNA CLASE DE...

(Continuación de la página 18)

te en la cera de abejas caliente. La prolija remoción de la miel, seguida por la inmediata reinmersión en la cera caliente, obra como un agente esterilizador.

Se debe limpiar el cutis con una buena crema, que se derrita en cuanto toque la piel. Cuando se ha terminado la limpieza, se debe dar un masaje con una crema alimento, que según el caso particular de cada una, será más o menos largo.

La piel seca está propensa a arrugarse más fácilmente que la normal o grasosa, de modo que se debe prestar atención especial al área alrededor de los ojos, de la boca y de la frente, donde, por lo general, primero se marcan las líneas de los cutis secos.

Cuando se ha terminado el masaje, se debe quitar toda la crema. Los ojos se cubren con pedazos de algodones en forma de huevo, que se hayan empapado en hamamelis o en cualquier loción para los ojos. Estos algodones deben ser lo bastante espesos o gruesos para que ofrezcan una completa protección.

Mientras que el efecto suavizante de los algodones empapados está obrando sobre los ojos, se debe ablandar la máscara (preparada previamente), metiendo y sacando rápidamente los pedazos en agua caliente. Luego se debe untar generosamente cada pedazo con crema de miel (ésta se puede conseguir en cualquier farmacia o instituto de belleza importantes), excepto los dos pedazos que van sobre los algodones de los ojos.

Cuando se ha untado la máscara con crema de miel, se colocan los cuadrados de los ojos de manera que una esquina apunte hacia la frente, otra hacia la nariz, otra hacia la mejilla y la última hacia el fin del ojo. Colocados así ofrecen más protección para los ojos que si fuesen puestos en una posición cuadrada.

El resto de la máscara se coloca en la forma siguiente: el lado untado con crema se aplica directamente sobre la piel, primero, la sección para la frente y ojos; segundo, sección para las mejillas y mentón, y tercero, la banda para el cuello.

Estos pedazos se atan en su lugar para que se mantengan firmes durante la vaporación que sigue a continuación.

Para ello se deben empapar toallas turcas en agua muy caliente, luego escurrirlas y aplicarlas sobre el rostro y el cuello. Las toallas deben reemplazarse por otras en cuanto empiecen a enfriarse, porque el vapor que trabaja a la crema de miel es lo que produce esa textura de piel suave, transparente, que se consigue con este tratamiento. La vaporación debe continuar durante diez minutos. Luego se debe dejar puesta la máscara, por lo menos una media hora o más tiempo, si puede.

Se debe quitar la máscara parte por parte, y librar al cutis de todo vestigio de crema. Luego se aplica y palmea una máscara astringente sobre el rostro. Para esto puede emplearse hamamelis común vertido sobre un gran pedazo de algodón.

Después de quitar la máscara astringente, palmee la piel hasta casi secarla, dejando una leve telilla de hamamelis para que sirva como base para el polvo.

Para reparar los estragos que nos ha causado el verano, debe hacerse este tratamientos dos veces por semana hasta tomar cuatro, luego uno por semana hasta tomar otros cuatro, en total ocho. Éstos serán suficientes para embellecer y aclarar el cutis.

Para darse este masaje en la casa, la única solución es arreglarse con una amiga, dándose cada una a la otra el tratamiento en la forma más parecida a la que acabo de explicarles.

FIN

EL SHA DE PERSIA...

(Continuación de la página 52)

francachelas, pronto lo olvidaron al echarse en busca de otro hueso que roer.

Pero, ¿y los cuatro millones quinientos mil dólares que mientras tanto dormían el sueño del justo en Nueva York? Ahmed Mirza, simplemente, se había olvidado de ellos.

Por fin, en 1930, murió el despilfarrador más espectacular que el mundo haya visto, y el banco neoyorquino, donde el magnate oriental había olvidado un jirón de su fortuna, empezó a distribuirla entre las esposas mencionadas en el testamento.

Entonces los directores del banco se dieron cuenta de que Ahmed Mirza había olvidado mencionar los nombres de dos de sus esposas, y el asunto tuvo que resolverse en los tribunales, sobre la ruidosa protesta de Reza Khan, el nuevo sha, en nombre del pueblo persa.

FIN

LA SPINELLY...

(Continuación de la página 49)

minó el contrato de alquiler, y Mr. Cavendish-Bentinck fué trasladado a Atenas, sin que hasta la fecha la Spinelly haya logrado reunirse con el importe de los alquileres.

La casa de la Spinelly en París es notable por más de un concepto, entre ellos por su bañadera, que más que tal es una verdadera pileta con capacidad para unas veinte personas. Se halla contigua al dormitorio, con su lecho monumental, que tiene tres divisiones. En una de ellas duerme, en la del centro recibe a sus amigos íntimos, y en la tercera, que es la de la derecha, toma su desayuno. Cada división tiene su almohada especial; la del almuerzo recubierta de brocato napolitano; la de dormir proviene de la celda de un monje budista, y la del centro es de encaje de Flandes. Cubre el lecho un paño bordado proveniente de una antigua catedral española.

La Spinelly tiene la ocurrencia de creerse perseguida por la mala suerte, "la guigne". Hace poco le dijo a un periodista:

—¿Por qué no escribe la historia de mi vida? Podría titularla "La dama infortunada". ¿No lo cree usted? Fíjese en esta casa mía. La edifiqué en 1914. Me cuesta un dineral. Lamento haber invertido tanto dinero en forma tan improductiva. Las escaleras de caracol góticas, las ventanas de cristales historiados, el atrio romano sostenido por columnas doradas, los "boudoirs" amueblados con todo el lujo y elegancia imaginables, el baño pompeyano con frisos que representan las escenas más galantes de las "Metamorfosis" de Ovidio, la reproducción de un templo hindú con un gran Buda de bronce, significan gastos fabulosos. Y, sin embargo, desde que tengo esta casa todo marcha mal para mí.

"Entre las primeras celebridades que recibí aquí figuraba un oficial francés de aviación. Era un as. Pocos días después murió heroicamente. ¡Si usted supiera lo que se dijo de mí entonces! Hasta existen personas que creen que porque fuí amiga del rey Fernando de Rumania y de Alfonso XIII, soy responsable de la muerte del primero y el destierro del otro. Jules Claretie tuvo razón cuando dijo que "el teatro era una lotería macabra".

"La desgracia me persigue. En 1926 tuve una contrata en un teatro londinense, pero a mi llegada todo fracasó debido a la gran huelga general de aquel año en Inglaterra. Hace dos años firmé contrato por diez y seis representaciones en Buenos Aires. Apenas pisé tierra estalló una revolución, el presidente fué depuesto, y los diarios, entre broma y broma, me culparon de la caída de Irigoyen. Huí a Brasil, esperando poder actuar en Río de Janeiro, pero me encontré con otra revuelta. El día en que me hice a la vela, el hotel en que me alojaba fué bombardeado. Ahora me veo envuelta en este lío del pleito con ese inglés, y, por las trazas que lleva, me parece que me va a costar tiempo y dinero cobrar lo que me debe. ¡Vea usted si tengo razón de quejarme!"

FIN

EL CONSEJERO DE...

(Continuación de la página 20)

1º LE ACOMPAÑARAN muy bien con ese traje guantes y zapatos negros. Lleve cartera.

2º Si quiere llevar tul acompañando al traje blanco de desposada, éste tendrá que tener un poco de cola; en caso contrario póngase sombrero.

3º Al entrar a la iglesia llevarán puestos los guantes.

4º El ramo de novia puede ser de flores naturales o artificiales, eso es a gusto de la interesada.

Cdo. a "Nucha", de Junín.

DIALOGOS EN LA PELUQUERÍA



—¡Hombre!... Afeité un cliente nuevo anteayer que me contó una cosa que no sabía. Resulta que en la comisión o lo que sea de Giros al Exterior, **también afeitan.**

—*Será un servicio para funcionarios públicos únicamente...*

—Un "flaco servicio", si usted quiere, pero para los que necesitan remitir giros al extranjero. Este señor de que le hablo, ¡hace tres semanas que gestionó permiso para girar un par de miles de pesos a Europa, sin conseguirlo!... En cambio me aseguró que a una compañía cinematográfica le habían prometido autorizarla, mediante el pago de un diez por ciento de comisión.



—*No puede ser, don Giácomo.*

—¿Que no puede ser? ¿Se acuerda usted de los negocios que originó el decreto prohibiendo la exportación de azúcar? Es una situación análoga. Los bancos giraron el mes pasado por valor de 93 millones de pesos.

—*La comisión fiscalizadora obrará con mucha liberalidad.*

—¿Y cómo le va?... Hay comerciantes, como un fuerte importador de vinos, que han recibido la visita de dos señoras ofreciéndoles permiso para girar al extranjero.

—*¿Hasta eso?*

—Ríase de la prohibición. Nuestra señora la coima es todopoderosa. Igualito que con el "affaire" del azúcar. Por eso le decía que ¡si yo fuera diputado!... ¿Cómo me explica usted que no se haya promovido una interpelación?

—*Tengo una idea, don Giácomo. Usted puede salir diputado esta vuelta...*

—¿Cómo?

—*Haciéndose peluquero de señoras. No habrá mujer que se resista a comprometer su voto a cambio de una buena ondulación.*

—Lo que no habrá son mujeres que voten este año ni el que viene.

—*¡Qué me dice!...*

—Por esta cruz. Hacen falta dos millones de pesos por lo menos para costear los gastos de empadronamiento. Por eso el Senado ha encarpetado el proyecto del voto femenino. ¡Qué obstruccionismo ni ocho cuartos!... La cámara se olvidó de hacer el planeamiento financiero de la ley. Los diputados han confundido la libreta electoral con la libreta del almacenero, que no cuesta nada hasta que no se usa.



●●●

—Entre los ex jueces hay uno que, sin haber sido depuesto por el gobierno provisional, quedó automáticamente separado de la magistratura, pues había sido designado "en comisión" por el ex presidente Irigoyen, y no fué confirmado después de la revolución.

"Ultimamente se dijo que *volvería*... Pero he aquí que de la noche a la mañana pierde el pronóstico todo sentido irónico, para convertirse en una de esas *fijas* dignas de cualquier "jockey enmascarado".

"¿Qué sucede?...

"Un ex ministro de Alvear, gran amigo del presidente, se moviliza. De la Casa Rosada sale para el Congreso. Tantea el terreno. Dos senadores están persuadidos. El juez R. O. vuelve. ¡Una fija!...

"Pero... se corre la carrera y... no figura en el marcador de los últimos acuerdos. ¿No lo habrán *anotado*? Sin embargo, el ex ministro, hoy por hoy, es un verdadero Maschio en la Casa de Gobierno."

●●●

—Un diputado que fundó su voto contra la ley de divorcio, el día de la tenida hasta las tres de la mañana, llevó a la cámara la voz de la esposa.

—*¿Cómo lo sabe?*

—Porque es cliente mío. Rigurosamente antidivorcista, amigo. La mujer lo amenazó con acogerse a la ley si se atrevía a votarla. Después lo convenció para que fundara su voto en contra. Me parece que esta vuelta, si se palpita la cachada, pierdo el cliente...

Por

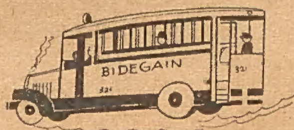
El Viejo Mandinga

●●●

Tanto se ha vituperado a los "políticos profesionales" que una prueba en contrario no viene del todo mal. El ex diputado Bidegain explota — ¡hay que decirlo de algún modo!.. — una compañía de ómnibus.

No puede negarse que don Pedro *está en la vía*. Y mucho menos resistirnos a creer que *la cosa marcha*.

Mas de cuatro de los "políticos profesionales" que pertenecieron al régimen depuesto, quisieran representar en estos momentos... la fuerza electoral — ¡ya me equivoqué!... — *los caballos de fuerza* que el ex diputado representa, maneja y usufructúa.



●●●

El entredicho entre el viejito Matienzo y el otro senador por Tucumán, doctor López Peña, fué para alquilar balcones.

Como los dos fueron elegidos por la misma legislatura, López Peña, que está con el gobierno, le censura a Matienzo estar contra el gobierno. Mutuamente se reprochan sus evoluciones. Sin embargo, la sangre no llegó al río porque López Peña, que está en vísperas de casarse, no quiso darle un sofocón a la novia.

—*Hablando de sofocones* — le digo a don Giácomo, — *¿ha oído algo usted del sofocón que le pronostican a Cantoni?*

—Lo he oído todo. Se lo voy a hacer referir por la manicura, que estaba presente... ¡Señorita Berta!...

Acude la manicura.

—¿Recuerda usted qué decía anoche ese sanjuanino amigo de Aldo Cantoni?

—¡Ah! Sí. Que Aldo se había ido a Europa disgustado por las primeras actitudes de su hermano cuando asumió la gobernación de San Juan, y que ahora su presencia iba a determinar la división del cantonismo. Aprovechando que Conforti y Guerrero, cabezas visibles del radicalismo sanjuanino, promoverían la reorganización con asistencia de los delegados del comité nacional, Aldo Cantoni se pondría al frente de los cantonistas disidentes, buscando la forma de entenderse con aquéllos.

—*Realmente, don Giácomo. Todo un sofocón para don Federico. Ya dice el refrán que no hay peor cuña que la del mismo palo...*

—Mire. Este es un chisme para los sonsos. No lo repita. Un ex gobernador de La Rioja, que conoce bien a los Cantoni, me aseguró que cuando Federico sopla, Aldo no sabe dónde meterse.



SE NON E VERO...

Don Juan B. Castro, el gobernador de Santiago del Estero, antipersonalista por más señas, parece que anda con ganas de refugiarse en el comité de la calle Victoria. El tiempo dirá si al "recao le faltan tientos"...

• •

Lo culpan al ex diputado Bidegain de haber organizado las manifestaciones hostiles al presidente de la república patentizadas en la cancha de San Lorenzo. Si es así, ¿por qué tiene tan buena acogida el caudillo de la sexta en la Intendencia?...



LA PULGA AMAESTRADA

En un gran café de Marsella, un pobre diablo pidió autorización al dueño para exhibir una pulga amaestrada.

El permiso le fué otorgado. El tal sujeto sacó del bolsillo una cajita, la abrió, y ordenó:

— Alina, haz el favor de salir.

Inmediatamente, una pequeña manchita obscura sobre el mármol blanco indicó que la pulga había obedecido.

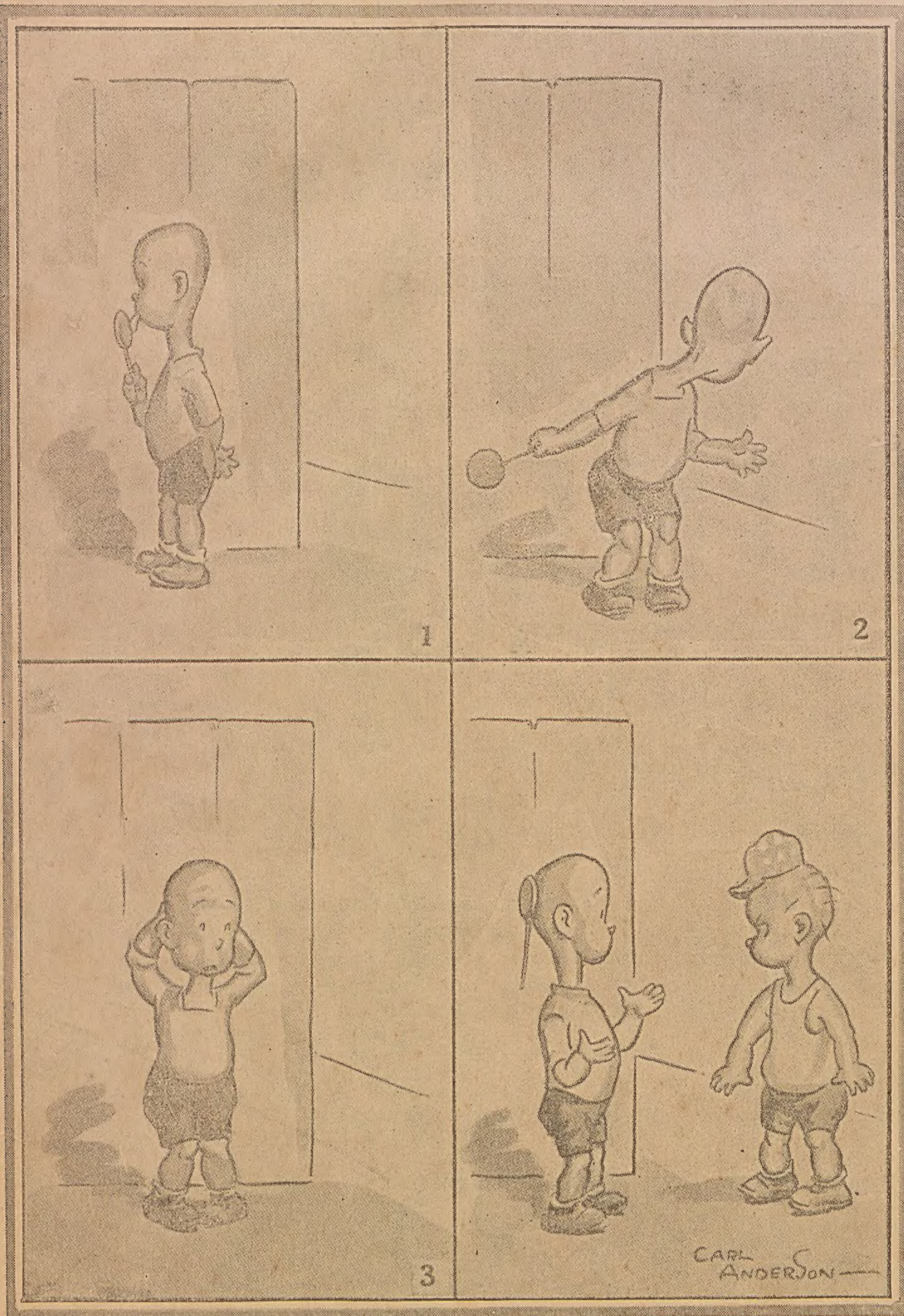
— Alina, — ordenó nuevamente: — salta por encima de tu caja.

Alina cumplió la orden, pero, sin duda calculó mal el impulso, porque fué a caer sobre el brazo de una encantadora joven. Ésta, con una mueca de disgusto, tomó el insecto y lo depositó cerca de la caja.

— Vuelve a entrar en tu caja — ordenó el domador.

Alina no se movió siquiera, ni varias órdenes posteriores lograron arrancarla de su lugar. Entonces el pobre diablo la tomó en la mano y la examinó con atención, después de lo cual declaró, entre las risotadas de la concurrencia:

— ¡Lamento mucho decírselo, señorita, pero esta pulga no es la mía!



EL PELIGRO AGUZA EL INGENIO

(De "Judge", Nueva York)

Curiosidades científicas: EL TELEFONO

El 10 de marzo de 1876, Alejandro Graham Bell, ante el teléfono de su invención, pronunció las siguientes palabras, dirigidas a su ayudante T. A. Watson: "Ven aquí, Watson", y a los pocos minutos se presentó Watson. La orden de Bell había cruzado el alambre con toda claridad.

Aunque esta primera frase recorrió solamente 12 metros, el éxito del teléfono fué inmediato, y para 1878 se habían instalado 1.350 aparatos.

Sin embargo, el teléfono era aún muy imperfecto, y Edison, con las reformas que hizo en el micrófono, le dió la importancia que actualmente tiene, ya que ha llegado a formar parte de nuestra vida diaria.

SALPICON



El niño. — Mamita, ¿este postre es de los que me hacen mal al estómago, o hay suficiente para todos?

(De "Saturday Evening Post", de Nueva York)

CUENTO JUDIO

Cierto judío partió para la guerra como soldado de infantería, y a los pocos días era promovido a sargento por su buena conducta. Entonces escribió a sus padres: "Queridos papás: Ya soy sargento; pero no para ahí mi buena suerte. Con la ayuda de Dios he sido destinado a caballería; el cambio de arma es más que un ascenso. Mándenme dinero para un uniforme y un caballo." La respuesta del viejo israelita fué así: "Querido hijo: Tu madre y yo estamos orgullosos de que sirvas en caballería, y para demostrártelo, ahí te mando el dinero pedido; cómprate el uniforme y el caballo. Pero te suplico qué veas a tu jefe y que le pidas en mi nombre que si te portas bien no te destinen a la marina, porque entonces habría que mandarte dinero para comprar un barco..."

COPLERO

Tengo un vestido guardado
que tiene cuatro colores:
la ilusión y la esperanza,
los celos y los amores.

Salió tu madre y me dijo
que eres tú mejor que yo.
¿En qué libro lo ha leído
o en qué sueño lo soñó?

Tengo un dolor no sé dónde,
nacido de no sé qué;
sanará yo no sé cuándo
si me cura no sé quién.

Yo vivo de lo que como
y bebo lo que me dan;
pero masco muchas cosas
que no las puedo tragar.



El marido. — Ya te he dicho mil veces que Greta Garbo no me interesa personalmente. ¡La admiro como artista, y nada más!

(De "Life", Nueva York)

La anécdota nacional: UN NEGOCIO

Hace algunos años, cuando los empresarios de pompas fúnebres se trabaron en "guerra de tarifas", se encontró un día en el tranvía don Florencio Madero con el dueño de una cochería de pompas fúnebres. Se habló de la lucha en que estaban empeñadas las empresas, y Madero preguntó:

— ¿Ustedes pagan comisión por los entierros que se les lleva? El otro contestó que pagaban el diez por ciento.

— ¿De manera — insistió Madero — que por un entierro de tres mil pesos pagan trescientos?... ¿Y lo pagan al contado o esperan cobrar la cuenta?

— Vea, señor Madero — repuso el otro, "palpitando" un servicio fúnebre de tres mil pesos; — yo pago inmediatamente la comisión si quien lo trae es persona conocida como usted, siempre que medie compromiso formal de los deudos del extinto.

— Bueno — contestó Madero, — entonces mándeme trescientos pesos de comisión porque yo, que seré el extinto, me comprometo formalmente a que usted me haga un entierro de tres mil pesos cuando me muera.

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.